ASESINATO EN EL GRAND NATIONAL

UN MISTERIO DE LADY ELIZABETH HAWTHORNE



OLIVIA ROSE

ASESINATO EN EL GRAND NATIONAL

UN MISTERIO DE LADY ELIZABETH HAWTHORNE

OLIVIA ROSE

Copyright © 2025 Olivia Rose

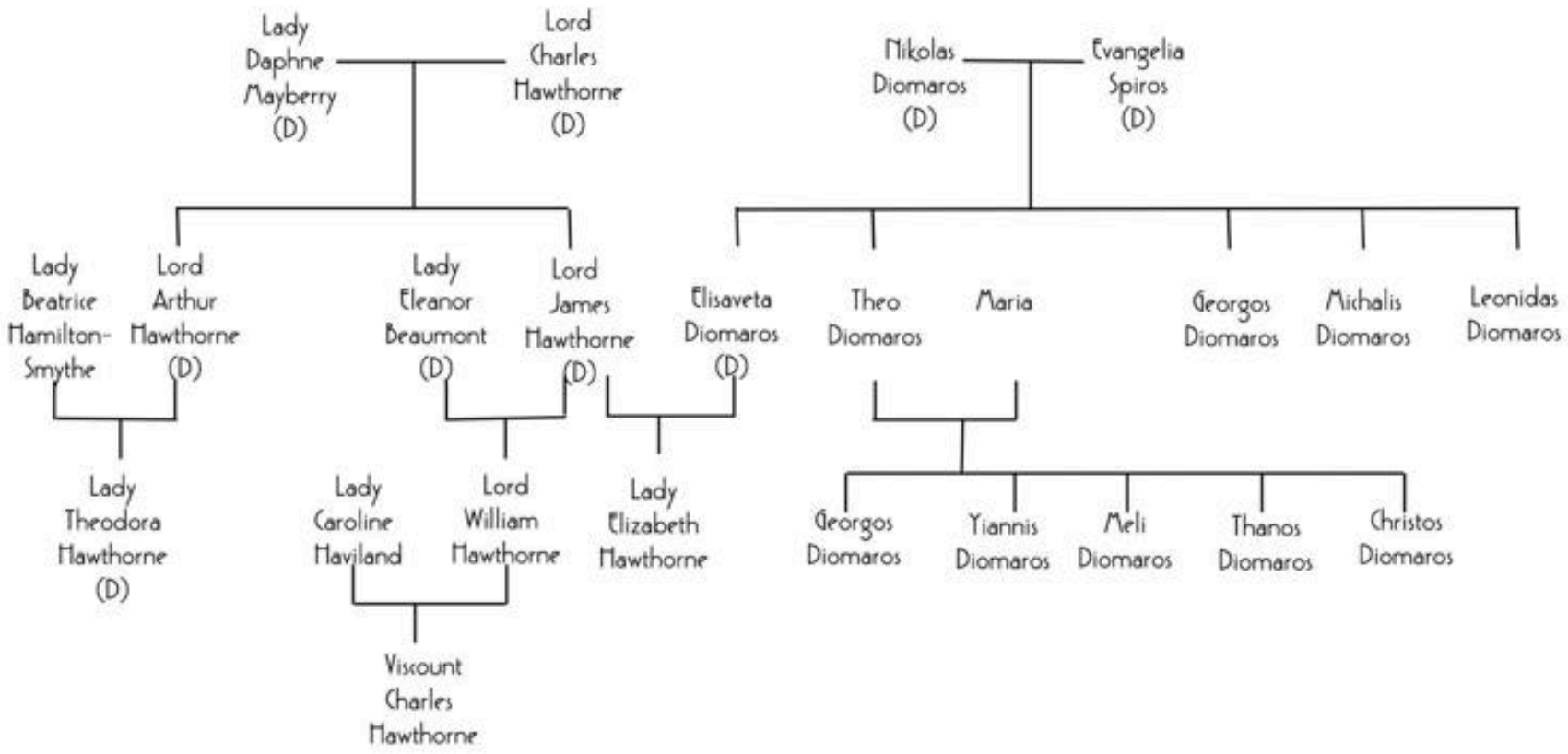
Prima edizione

Tutti i diritti riservati. Nessuna parte di questo libro può essere riprodotta, memorizzata o trasmessa in qualsiasi forma o con qualsiasi mezzo, elettronico o meccanico, inclusi fotocopia, registrazione o altro, senza il permesso scritto dell’autrice, salvo brevi citazioni per recensioni o articoli critici.

Questo romanzo è un'opera di fantasia. Nomi, personaggi, luoghi e situazioni sono frutto dell'immaginazione dell'autrice o usati in modo fittizio. Ogni somiglianza con persone reali, vive o decedute, è puramente casuale.

Autrice: Olivia Rose

Lady Elizabeth Hawthorne - Family Tree



Índice

Capítulo Uno

Capítulo Dos

Capítulo Tres

Capítulo Cuatro

Capítulo Cinco

Capítulo Seis

Capítulo Siete

Capítulo Ocho

Capítulo Nueve

Capítulo Diez

Capítulo Once

Capítulo Doce

Capítulo Trece

Capítulo Catorce

Capítulo Quince

Capítulo Dieciséis

Capítulo Diecisiete

Capítulo Dieciocho

Capítulo Diecinueve

Capítulo Veinte

Capítulo Veintiuno

Capítulo Veintidós

Capítulo Veintitrés

Capítulo Veinticuatro

Epílogo

Dedicatoria

También de Olivia Rose

Sobre la autora



Capítulo Uno

EL TREN SE SACUDIÓ hacia delante, sus ruedas resquebrajando contra las vías de hierro mientras se alejaba de la Estación de Liverpool Lime Street. Elizabeth se inclinó más cerca de la ventana, sus ojos color avellana absorbiendo el paisaje cambiante. La ciudad bulliciosa y densamente poblada se desvaneció, dando paso a los exuberantes y verdes campos de Lancashire rural.

Elizabeth exhaló, sintiendo cómo la tensión de los acontecimientos recientes se iba desvaneciendo poco a poco de sus hombros. El viaje a la Riviera Francesa había sido un torbellino de drama –el secuestro de tía Beatrice, su primo, el Conde de Wexford, falsamente acusado de asesinar a una supuesta princesa italiana. Ahora, mientras el campo desfilaba ante sus ojos, saboreaba este momento de tregua. La oportunidad de relajarse con su familia y apoyar al joven Alfie Tanner se sentía como un bálsamo bienvenido para sus nervios desgastados.

Alfie, un mozo de cuadra de la finca familiar de los Hawthorne en Surrey, siempre había tenido una afinidad con los caballos. El hermano de Elizabeth, Lord William Hawthorne, al detectar su potencial, organizó el traslado del muchacho a Rosewood Park para entrenarse en los establos de carreras que poseían sus buenos amigos Lord Ignatius Iggy Fairfax y Lady Georgia.

Ahora Alfie estaba a punto de competir en el Grand National, la carrera de caballos más prestigiosa de todo el país, e Iggy había insistido en que se alojaran en su gran finca y fueran sus invitados en la carrera.

El paisaje campestre desfilaba, salpicado de vibrantes narcisos y prímulas. Sus tonos soleados complementaban los jóvenes brotes de trigo esmeralda que se mecían con la brisa. Setos en ciernes y los primeros indicios de follaje en imponentes robles enmarcaban el paisaje, proyectando un mosaico de suaves sombras a través del terreno. Delicadas flores silvestres –campanillas, anémonas de bosque y violetas– se asomaban desde la maleza, anunciando la llegada de la primavera. Elizabeth se acomodó contra la lujosa tapicería de terciopelo burdeos, absorbiendo la pintoresca escena. Su ánimo se elevó ante la perspectiva de la semana que tenía por delante.

El tren se balanceó, y el hombro de Meli rozó el de Elizabeth, arrancando una leve sonrisa a su prima. La mirada de Meli revoloteó entre sus tres compañeros de viaje. —¿Qué es exactamente una carrera de obstáculos? —preguntó.

Elizabeth se volvió hacia Meli, su rostro iluminándose mientras explicaba. —Es una carrera en un recorrido lleno de obstáculos –vallas, zanjas, todo tipo de desafíos que los caballos y jinetes tienen que sortear.

—No es para los pusilánimes —intervino William, con una nota de orgullo en su voz—. Requiere una enorme habilidad y valentía... cualidades que Alfie tiene en abundancia. —Se irguió, evidenciando su entusiasmo—. El Grand National es la cumbre de las carreras de obstáculos. Georgia me cuenta que Alfie ha estado trabajando incansablemente durante meses en su preparación.

Caroline extendió la mano y apretó suavemente la de su marido. —No dudo que nos hará sentir orgullosos a todos, independientemente de cómo termine.

Los ojos de Meli se abrieron de par en par, con una sonrisa extendiéndose por su rostro. —¡Suena absolutamente emocionante!

—Se inclinó hacia delante, sus ojos color caramelo bailando con curiosidad—. ¿Son ciertos los rumores sobre Lord Fairfax? ¿De verdad formó parte de la Expedición Discovery con Ernest Shackleton?

Una leve sonrisa asomó a los labios de William. —En efecto, es cierto. —Hizo una pausa—. Le costó dos dedos del pie.

—¿Dos dedos? —Meli jadeó, el sonido casi un trino escandalizado.

—Congelación.

La mirada de Meli revoloteó entre los demás. —¿Compartió alguna vez historias sobre sus aventuras?

Los ojos de William se arrugaron en las comisuras mientras miraba a Elizabeth y Caroline. —Lo hizo, aunque siempre restó importancia a su papel. Decía que un poco de dificultad era un pequeño precio a pagar por formar parte de descubrimientos tan monumentales.

Meli se recostó, con una expresión de admiración sin tapujos. —Lord Fairfax es verdaderamente extraordinario.

Caroline dio un codazo a su marido, con un tono burlón. —Y muy apuesto.

Meli prácticamente vibraba de anticipación. —No veo la hora de conocerlo y escuchar más sobre sus aventuras cuando lleguemos.

William se rió entre dientes. —Seguro que tiene muchas más historias que compartir. Espera a oír sobre sus expediciones en el Amazonas.

—¿El Amazonas? —Meli se volvió hacia Elizabeth, prácticamente zumbando de emoción—. Creo que me habría gustado ser exploradora. ¿Te lo imaginas? Aventurarse en territorios inexplorados, descubriendo cosas y lugares nuevos... —Suspiró con nostalgia—. Aunque no me gustaría perder ningún dedo del pie.

Elizabeth arqueó una ceja, su expresión juguetona. —¿Cómo ibas a bailar el Charleston con tus zapatos de tiras favoritos teniendo solo ocho dedos? —Su mano voló a su pecho con un ademán

melodramático—. Incluso podrías tener que recurrir a... me atrevo a decirlo... llevar unos sensatos Oxfords.

Meli se estremeció visiblemente, arrugando la nariz con disgusto ante la mera idea.

El rostro de Caroline se iluminó mientras se giraba hacia Meli. —Aunque ciertamente encontró su pareja en Georgia. Ella misma es toda una aventurera.

—¿De verdad?

Una cálida risa retumbó en el pecho de William mientras relataba la historia. —El espíritu y la audacia de Georgia son sin duda dignos rivales para Iggy. Una vez sustituyó a su hermano en una carrera de caballos cuando apenas tenía dieciséis años, después de que él se lesionara justo antes de empezar.

—¿Pero se permitía a las chicas competir en aquella época?

—No, pero eso no detuvo a Georgia. Simplemente se puso la ropa de montar de su hermano y corrió bajo su nombre. —Un atisbo de admiración se coló en el tono de William mientras hablaba—. Ganó la carrera... pero fue descalificada inmediatamente cuando se reveló su verdadera identidad.

—Georgia ciertamente parece disfrutar desafiando las convenciones —dijo Caroline con un gesto juguetón de la cabeza.

—Cielos, suena absolutamente extraordinaria. —Meli juntó las manos—. No veo la hora de conocerla.

Elizabeth asintió, con una sonrisa afectuosa en los labios. —Entonces debes prepararte para quedarte encantada, Meli. Lady Georgia Fairfax es, sin duda, una fuerza de la naturaleza y además, muy hermosa.

—¿Y ahora qué? —preguntó Meli—. ¿Siguen viajando por el mundo buscando aventuras en costas extranjeras?

Los hombros de William se hundieron ligeramente. —No... no desde el accidente de Iggy.

—¿Accidente? —La voz de Meli se elevó—. ¿Qué accidente?

Inspiró profundamente, como si se estuviera preparando antes de continuar. —Hace varios años, Iggy se contagió de la fiebre de las

carreras de automóviles. La emoción de la velocidad, el rugido de los motores... le consumía.

Meli se aferró al borde de su asiento, pendiente de cada palabra.

—Hace unos dos años, en el circuito de Brooklands, Iggy intentó batir el récord de velocidad terrestre. —Los nudillos de William se blanquearon mientras agarraba el reposabrazos—. Y su automóvil... simplemente... perdió el control. Tuvo suerte de sobrevivir.

Caroline alargó la mano y apretó la de su marido. —Estuvo entre la vida y la muerte durante bastante tiempo, pero Georgia nunca se apartó de su lado durante todos esos meses. Se negó a dejar que se rindiera, e Iggy sigue jurando que fue el amor de Georgia lo que le salvó.

—Qué tremendamente romántico —murmuró Meli.

—Desgraciadamente, las lesiones que sufrió significaron que ya no podían continuar con su antiguo estilo de vida.

—Qué triste —dijo Meli, con palabras teñidas de pesar.

—En absoluto. Los intereses filantrópicos de Iggy y la finca le mantienen ocupado, y Georgia tiene sus caballos y su nuevo proyecto empresarial.

El tren de vapor entró ruidosamente en la estación de Aintree, cambiando el exuberante paisaje rural por la elegante arquitectura victoriana. Majestuosos edificios de ladrillo con fachadas intrincadas y marquesinas decorativas de hierro enmarcaban el desgastado andén.

Los pistones de la locomotora ralentizaron su traqueteo hasta convertirse en un constante estruendo mientras el tren se detenía. Su silbato perforó el aire con un agudo grito.

El vapor se elevaba desde el motor, silbando y crujiendo a medida que el metal se enfriaba. Los pasajeros se derramaron sobre el andén, sus animadas conversaciones mezclándose con el arrastrar de pies y el estruendo del equipaje.

William se levantó, apretando el hombro de Caroline. —Iré a buscar un mozo para nuestro equipaje. —Se dirigió hacia la salida.

Elizabeth abrió su polvera de oro rosa y escrutó su reflejo. Se aplicó una nueva capa de carmín rosado con precisión experta. Satisfecha, cerró la polvera de golpe y la metió en su bolso. Meli y Caroline recogieron sus pertenencias, listas para desembarcar.

Al pisar el bullicioso andén, la alta figura de William apareció a la vista. Dirigía a dos mozos hacia un reluciente Rolls-Royce Silver Ghost. El exterior gris oscuro del automóvil resplandecía, y su adorno del capó, el Espíritu del Éxtasis, captaba la luz de la tarde.

El chófer, Simmons, se acercó con su pulcro uniforme. Inclinó la cabeza. —Bienvenidos de nuevo, Lord y Lady Hawthorne. Confío en que hayan tenido un viaje agradable desde Londres.

Los labios de William se crisparon en una leve sonrisa. —Extraordinariamente agradable. Gracias, Simmons. —Señaló a Elizabeth y Meli mientras se acercaban—. Mi hermana, Lady Elizabeth, y nuestra prima, la señorita Meli Diomaros.

—Un honor, Lady Elizabeth, señorita Diomaros. —Simmons inclinó la cabeza—. Espero que el viaje no haya sido demasiado agotador.

Elizabeth sonrió cálidamente. —En absoluto, señor Simmons. Estamos deseando ver Rosewood Park. Lady Caroline ha hablado a menudo de los espléndidos jardines.

—En efecto, milady. Los mejores jardines de todo Lancashire —respondió, con orgullo evidente en su voz.

El grupo se acomodó en los lujosos asientos de cuero mientras el automóvil cobraba vida y luego se deslizaba por los sinuosos caminos rurales.

Gradualmente, el paisaje dio paso a escenas pastorales. Campos esmeralda se extendían a ambos lados, salpicados de flores primaverales blancas y amarillas. Árboles en ciernes bordeaban los caminos, sus tiernas hojas nuevas revoloteando en la brisa. Arroyos burbujeantes cortaban el paisaje, sus aguas centelleando bajo el sol de la tarde.

Simmons navegó por el sendero serpenteante que bisecaba la finca de Rosewood Park, con imponentes robles y céspedes perfectamente recortados flanqueando su ruta.

Estallidos de color bailaban entre los árboles que se aclaraban, atrayendo la mirada de Meli como limaduras de hierro a un imán.

De repente, la línea de árboles se abrió, revelando un espectáculo que le cortó la respiración.

Una figura solitaria montada sobre una magnífica yegua alazana venía galopando a través de los campos abiertos, su cabello de fuego ondeando tras ella como un salvaje estandarte carmesí. Con cada zancada, los poderosos músculos del caballo ondulaban bajo su lustroso pelaje, con los cascos golpeando la tierra en un ritmo atronador. La mujer se movía como una sola con el animal, su cuerpo fluyendo con gracia sin esfuerzo mientras sutilmente cambiaba de peso, extrayendo cada onza de velocidad del corcel.

Había un abandono salvaje y despreocupado en su forma de montar, como si ella y el caballo fueran una sola entidad imparable. Meli observó, fascinada, cómo la pareja salvaba un seto bajo, con los cascos delanteros de la yegua apenas rozando la parte superior antes de aterrizar en una nube de polvo.

—¿No es magnífica? —respiró Meli, con la voz apagada por el asombro.

Los labios de Caroline se curvaron en una sonrisa afectuosa. —Esa, mi querida Meli, es Lady Georgia Fairfax. Nuestra anfitriona.



Capítulo Dos

EL ROLLS-ROYCE AVANZABA POR el camino de grava, sus ruedas crujiendo sobre las piedras. La yegua castaña galopaba por los campos abiertos junto a él, sus poderosas patas devorando el terreno en un borrón de movimiento. Con un toque de las riendas, Georgia instó al caballo a un galope completo, el viento agitando sus salvajes rizos pelirrojos mientras corrían junto al elegante automóvil.

Caballo y jinete se movían como uno solo, sobrevolando un pequeño muro de piedra. Durante un instante, quedaron suspendidos en el aire antes de tocar tierra en una ráfaga de tierra y grava. La gran y extensa mansión de Rosewood Park se alzaba en el horizonte, sus majestuosas columnas y ventanas arqueadas dibujando una imponente silueta contra el cielo de la tarde.

A la par del Rolls-Royce, la yegua de Georgia retumbaba por el sinuoso camino, sus cascos golpeando la grava. El motor del automóvil rugía mientras Simmons luchaba por mantener el ritmo. En un último arranque de velocidad, el caballo se adelantó. Georgia refrenó su montura, llevándola a un alto suave y controlado a escasos metros del automóvil que se aproximaba.

Los frenos del Rolls-Royce chirriaron mientras Simmons forcejeaba por mantener el control, la grava salpicando bajo los neumáticos mientras detenía el automóvil.

Georgia pasó la pierna por encima de la silla, la grava crujiendo bajo sus botas al aterrizar. Avanzando con paso decidido, con la fusta metida bajo el brazo, Georgia sonrió radiante mientras sus invitados desembarcaban. Envolvió a William y Caroline en un cálido abrazo. —William, cariño. Y Caroline, estás tan guapa como siempre.

Sus ojos brillaron al volverse hacia Elizabeth. —Elizabeth, es maravilloso verte de nuevo.

Finalmente, su mirada se posó en Meli, ensanchando su sonrisa. —¡Vaya, hola! Tú debes de ser Meli. ¿No eres una monada? —Georgia la estrechó en un cálido abrazo.

Meli parpadeó, momentáneamente abrumada. —Lady Fairfax, yo–

—Llámame Georgia, cielo —le tranquilizó, obsequiando a Meli con una deslumbrante sonrisa—. Sé que tú y yo vamos a ser las mejores amigas.

Las grandes puertas de roble de Rosewood Park se abrieron de par en par. El señor Pritchard, el mayordomo, salió apresuradamente a recibir a los recién llegados.

—Bienvenidos de nuevo, Lord y Lady Hawthorne. —El señor Pritchard hizo una leve reverencia. Sus ojos perspicaces recorrieron al resto del grupo—. Lady Elizabeth, señorita Diomaros, nos complace que hayan podido acompañarnos.

Georgia dirigió al señor Pritchard una sonrisa deslumbrante. —Siempre tan oportuno, Pritchard. —Señaló hacia la casa—. Pritchard y la señora Langley os acompañarán a vuestras habitaciones. —Palmeó el cuello de la yegua castaña—. Llevaré a esta pequeña de vuelta a los establos para que se enfríe y os veré en el salón alrededor de las siete para los cócteles antes de la cena.

Con un último gesto, Georgia condujo su caballo hacia los establos mientras Pritchard acompañaba al grupo al interior.

Elizabeth se estremeció cuando el sol primaveral dio paso al interior sombrío. Oscuros paneles de roble trepaban por las paredes, salpicados por severos retratos de los antepasados de Iggy. Mobiliario antiguo, su madera rica por la edad, bordeaba los límites

del vasto espacio. Al fondo, una gran escalera tallada se elevaba, su ornamentada barandilla desapareciendo en la penumbra superior.

La señora Langley los guió escaleras arriba, la gruesa alfombra burdeos amortiguando sus pasos. En el rellano, Elizabeth sintió el peso de las miradas pintadas siguiendo su avance.

—Lord y Lady Hawthorne, vuestra suite —anunció la señora Langley, señalando una puerta intrincadamente tallada. Se volvió hacia Elizabeth y Meli—. Lady Elizabeth, señorita Diomaros, estaréis justo aquí. Compartiréis baño con Lord y Lady Hawthorne.

Meli entró, su mirada recorriendo rápidamente la habitación mientras cruzaban el umbral. Los mismos paneles oscuros de roble revestían las paredes, hasta el alto techo con vigas de madera expuestas. Dos camas gemelas, adornadas con colchas de terciopelo verde oscuro, se situaban frente a un lavabo compartido con encimera de mármol. Pesadas cortinas de brocado, descorridas, revelaban ventanas que parecían admitir más sombras que luz.

Meli recorrió con los dedos las intrincadas tallas en la mesita de noche de madera oscura. —Esta decoración es bastante... anticuada. —Meli miró a Elizabeth—. Esperaba algo un poco más moderno.

Elizabeth dio un suave apretón al brazo de su prima. —Quizás no sea lo último en moda, pero estoy segura de que estaremos bastante cómodas aquí.

—Es que no puedo imaginar a Georgia contenta en un lugar así. Es tan... rígido y pasado de moda.

Elizabeth colocó pulcramente su abrigo sobre los pies de una de las camas gemelas. —Sé que no es exactamente moderno, pero hay tanta historia aquí. Estos paneles de roble han visto generaciones de Fairfax.

—No me extraña que Lord Fairfax pasara la mayor parte de su vida en el extranjero. Creo que preferiría estar en cualquier otro sitio que en este... mausoleo. —Meli alzó la mirada hacia Elizabeth—. Seguramente Georgia preferiría estar explorando el mundo que atrapada en el campo.

Elizabeth se sentó en el borde de la cama. —Georgia puede ser impetuosa, pero está entregada a Iggy. Estar a su lado durante su recuperación probablemente signifique más para ella que cualquier aventura lejana.

—¿Pero seguro que no echa de menos la emoción y la libertad? —La mirada de Meli se desvió hacia la ventana—. Yo sé que lo haría.

—Estoy segura de que a Georgia le preocupa más el bienestar de su marido que recorrer selvas. Ha encontrado satisfacción en las cuadras de carreras aquí. Su felicidad proviene de su amor por Iggy, no a pesar de él.

Las primas pasaron las horas de la tarde organizando sus pertenencias y lavándose el polvo del viaje. Con el sol acercándose al horizonte, centraron su atención en la velada que se avecinaba.

Elizabeth se situó frente al espejo, ajustando su vestido de noche de seda esmeralda. El vestido sin mangas caía elegantemente desde sus hombros, ciñéndose en la cintura antes de fluir hasta el suelo. Un intrincado bordado de cuentas plateadas adornaba el corpiño, estrechándose hacia las caderas. Se colocó un pasador plateado en su cabello negro como la tinta, su diseño haciendo eco de los adornos del vestido.

Meli giró a su lado, el vestido color champán destellando. Capas de flecos con cuentas de cristal captaban la luz, brillando mientras se arremolinaban a la altura de sus rodillas. Adoptó una pose, con una mano en la cadera, sus ojos color caramelo brillantes de emoción.

Los labios de Elizabeth se curvaron en una sonrisa ante el despliegue de su prima. —Te ves absolutamente encantadora, Meli.

Meli giró más cerca, su sonrisa ensanchándose. —Y tú, Elizabeth, luces positivamente divina.

Sus labios se crisparon, luchando contra una sonrisa. —Y tú eres positivamente incorregible.

Elizabeth se aplicó un pintalabios rosa en los labios y escrutó su reflejo. Satisfecha, guardó el tubo dentro de su bolso de noche con cuentas y agarró su chal. —¿Lista?

Meli se echó un chal vaporoso sobre los hombros y cogió su bolso de mano. —Todo lo lista que puedo estar.

Elizabeth y Meli descendieron la escalera, los ojos pintados de los antepasados de Iggy siguiendo cada uno de sus movimientos. Entraron en el salón, donde la historia rezumaba de cada rincón.

Una solitaria lámpara de araña colgaba del alto techo, su luz reforzada por lámparas de latón estratégicamente colocadas. Sus esfuerzos combinados apenas iluminaban los sofás y sillones de terciopelo verde musgo. Vigas de madera expuestas se cruzaban en lo alto, mientras una descolorida alfombra oriental se extendía por el suelo, sus otrora vibrantes estampados apagados por el tiempo.

Las estanterías dominaban una pared, un gran piano comandaba una esquina, y pesadas cortinas doradas y verdes ocultaban las ventanas, pareciendo encoger la habitación.

Iggy emergió de junto a la chimenea, su bastón golpeando el entarimado al acercarse. Pelo plateado enmarcaba su rostro bronceado, evidencia de las dos décadas que le separaban de Georgia. Sin embargo, sus ojos azules brillaban con el mismo encanto que había conquistado el corazón de su joven esposa.

—Mi querida Elizabeth, perdona mi ausencia anterior —dijo, su rica voz desmintiendo la rigidez de su postura—. Asuntos de magistrado en Liverpool se alargaron. Acabo de regresar.

A pesar de que su brazo izquierdo colgaba cerca de su cuerpo, Iggy presentaba una figura impresionante en su atuendo de noche. Sus anchos hombros y complexión atlética, aunque templados por el tiempo y las lesiones, aún insinuaban al audaz aventurero que una vez fue.

La mirada de Iggy se desplazó hacia Meli. —Ah, y tú debes ser Meli. William me habló de vuestra reciente... implicación en ese sombrío asunto en la Riviera. —Su expresión se volvió sobria mientras volvía a mirar a Elizabeth—. Parece que ambas habéis desarrollado bastante aptitud para desentrañar misterios.

—Lord Fairfax —comenzó Meli, su voz inusualmente vacilante—. Es un honor...

—Por favor, llámame Iggy —interrumpió él, su sonrisa cálida a pesar de la gravedad del tema.

—Iggy —repitió Meli, su habitual confianza resurgiendo lentamente mientras sostenía su mirada.

Elizabeth observó el intercambio, notando la rara visión de su típicamente efervescente prima momentáneamente sin palabras.

La mirada de Iggy se desvió hacia una pareja cerca de la chimenea. —Dejad que os presente a algunos de nuestros invitados.

Un hombre de cabello plateado se levantó con una leve mueca, su esposa siguiendo su ejemplo. Mientras se acercaban, el rostro de Iggy se iluminó con la calidez de una vieja amistad.

—Elizabeth, Meli, permitidme presentaros a Cecil Bentley, mi más antiguo amigo y vecino, y a su esposa, Dolores —dijo Iggy, su mano posándose brevemente sobre el hombro de Cecil.

Los ojos de Cecil se arrugaron en las esquinas. —¿El más antiguo en todos los sentidos, eh, Iggy? —Se dirigió a Elizabeth y Meli, su apretón de manos firme—. Un placer conoceros a ambas.

Dolores, una mujer regordeta con un elegante moño gris acero, sonrió cálidamente. —Hemos oído tanto sobre usted Lady Elizabeth, por parte de Georgia. Es encantador finalmente poner cara al nombre. Y Meli, qué nombre tan bonito. Griego, si no me equivoco.

Las cejas de Meli se dispararon. —Es correcto. Es la forma corta de Melina. ¿Cómo lo sabías?

—Cecil y yo hemos tenido la fortuna de visitar Grecia varias veces. —El rostro de Dolores se iluminó con el recuerdo—. Nos enamoramos del país, la gente y, por supuesto, del idioma. Aunque me temo que mi pronunciación deja mucho que desear.

Iggy se inclinó, con un destello travieso en el ojo. —No te dejes engañar. Dolores es toda una lingüista.

—En absoluto. —Dolores agitó una mano despectiva, aunque las comisuras de su boca se curvaron hacia arriba—. Cecil puede hablarlo mucho mejor que yo.

—Solo lo importante, ¿verdad, Cecil? —Iggy dio un codazo a su viejo amigo—. Como pedir un brandy grande.

Los hombros de Cecil se sacudieron con risa silenciosa. —Me conoces demasiado bien, viejo amigo.

Elizabeth observó la fácil camaradería, notando cómo Iggy y Cecil caían en un ritmo familiar, su historia compartida evidente en cada mirada intercambiada y frase a medias. Sin embargo, no pudo evitar notar cómo Iggy parecía haber conservado una vitalidad que el tiempo había ido sustrayendo lentamente a su viejo amigo.

La atención de Elizabeth se desplazó hacia la chimenea. William estaba con un hombre alto y apuesto, intentando valientemente entablar conversación con él. A pesar de los mejores esfuerzos de William, las respuestas de su compañero eran cortantes, su expresión malhumorada. Los ojos del hombre seguían desviándose hacia el diván cercano, su ceño frunciéndose con cada mirada.

Siguiendo su mirada, Elizabeth vio a Caroline sentada junto a una mujer cuyas mejillas sonrojadas y fuerte risa delataban su embriaguez. La sonrisa de Caroline permanecía fija, pero Elizabeth notó cómo los dedos de su cuñada agarraban el vaso con demasiada fuerza, delatando su incomodidad.

La voz de la mujer ebria de repente cortó el ambiente de la sala. —¡Iggy, querido! ¿Nos honrará Georgia con su presencia esta noche?

Cecil y Dolores se pusieron rígidos, intercambiando una mirada de vergüenza apenas contenida.

Iggy, sin embargo, respondió con suavidad, su tono ligero. —Ya conoces a Georgia, siempre preparando una entrada espectacular.

—Siempre tiene que ser el centro de atención, quieres decir —murmuró la mujer, sus palabras arrastrándose y llevándose más lejos de lo que probablemente pretendía.

Dolores se inclinó hacia Iggy, murmurando: —Lo siento mucho. No deberíamos haber...

Iggy le dio una palmadita en la mano, sin que su tranquilizadora sonrisa flaqueara nunca.

La confusión cruzó el rostro de Elizabeth al sentir la tensión subyacente. Miró a Meli, que alzó una ceja en silenciosa pregunta.

Iggy se aclaró la garganta. —Elizabeth, Meli, permitidme presentaros al señor Dominic Archer —asintió hacia el hombre malhumorado junto a la chimenea— y a la señorita Amelia Stanford. —Señaló a la mujer sentada junto a Caroline.

Mientras la mirada de Elizabeth pasaba entre Dominic y Amelia, no pudo quitarse la sensación de que se había topado en medio de algún asunto sin resolver.

Las puertas del salón se abrieron, y Georgia entró como una exhalación, su vestido Chanel color aguamarina una reluciente cascada de seda y complejas cuentas. Sus rizos pelirrojos, artísticamente recogidos, enmarcaban su rostro, resaltando sus pómulos altos y sus chispeantes ojos.

—Espero no haberos hecho esperar —dijo, dirigiéndose directa hacia su marido.

El rostro de Iggy se suavizó, sus ojos llenos de adoración sin disimular mientras depositaba un beso en la mejilla de su esposa. —En absoluto, querida. Estás absolutamente deslumbrante, como siempre.

La mirada de Amelia recorrió a Georgia, su sonrisa afilada como cristal cortado. —Georgia, querida, por fin. Estaba a punto de sugerir que ensilláramos y te buscáramos en el paddock.

Dolores inhaló bruscamente, sus labios apretándose en una fina línea mientras dejaba su copa con demasiada fuerza.

Iggy se volvió hacia Georgia. —Querida, creo que no conoces al amigo de Amelia, el señor Dominic Archer.

Dominic dio un paso adelante, tomó la mano de Georgia y presionó sus labios contra sus nudillos, su mirada demorándose en su rostro. —Lady Fairfax, es un absoluto placer.

—¿Otro nuevo amigo, Amelia? Estás acumulando todo un establo. —El tono de Georgia era ligero, pero sus ojos contenían un desafío.

Las mejillas de Amelia se sonrojaron, aunque si era por el alcohol o la irritación, era imposible decirlo. —Hablando de amigos, espero que no os importe, pero he invitado a alguien a unirse a nosotros... un conocido mutuo.

—Amelia, me dijiste que ya habías hablado con Georgia sobre tu invitado no solicitado —espetó Dolores.

La mano de Amelia revoloteó con desdén. —Oh, Georgia e Iggy son demasiado hospitalarios para molestarse por un invitado extra. Y como Reggie es tan buen amigo de Georgia, sabía que estaría encantada de volver a verle.

Una sombra cruzó el rostro de Georgia, desvaneciéndose antes de que Elizabeth pudiera descifrar su significado. En un parpadeo, la compostura de Georgia volvió a su sitio, su sonrisa inquebrantable.

—Por supuesto que no, Amelia —ronroneó Georgia, su voz suave como la seda—. Cuantos más, mejor.



Capítulo Tres

UN DISCRETO GOLPE PRECEDIÓ la llegada de Pritchard. —Disculpe la interrupción, Lady Fairfax, pero el señor Black ha llegado.

La sonrisa de Georgia vaciló, un destello de inquietud cruzó su rostro antes de que rápidamente controlara su expresión. Levantó la barbilla, esbozando una sonrisa radiante, aunque ligeramente tensa. —Hágale pasar, Pritchard.

La animada charla disminuyó hasta convertirse en un murmullo cuando Reggie Black irrumpió en la sala con toda la pompa y arrogancia de un matador entrando en el ruedo. Se detuvo en el epicentro, sus ojos oscuros recorriendo la reunión con un brillo depredador mientras se pasaba una mano por el cabello despeinado, deleitándose con la atención. La sonrisa que jugaba en las comisuras de su boca se ensanchó mientras saboreaba la alteración que su llegada había causado.

Georgia titubeó por un brevísimo instante antes de recuperarse. —Señor Black, me alegro de que haya podido acompañarnos.

—Siempre es un placer, Georgie —ronroneó, inclinándose para darle un beso en cada mejilla.

Elizabeth captó el breve retroceso en la postura de Georgia, su incomodidad imposible de ocultar.

Iggy cruzó la habitación hasta el lado de Georgia, con una copa de champán fresca en la mano. —Querida —murmuró, sus dedos rozando los de ella mientras le pasaba la copa. Se situó entre ella y Reggie, sus nudillos blanqueándose mientras agarraba la parte superior de su bastón—. Black —dijo, con tono medido—, creo que no conoces a todos. —Señaló hacia los Hawthorne—. William, Caroline, permitidme presentaros al señor Reggie Black. —La mano de Iggy se posó en la cintura de Georgia, una tranquila seguridad—. Señor Black, Lord William Hawthorne y su esposa, Lady Caroline.

Elizabeth observó cómo Reggie se abalanzaba sobre la mano de Caroline, sus labios permaneciendo un momento demasiado largo sobre sus nudillos. La ceja de Caroline se arqueó ligeramente, su mirada dirigiéndose a Elizabeth en un silencioso intercambio de divertida incredulidad. Reggie luego se volvió hacia William, estrechando su mano con un vigor excesivo.

—¡Lord Hawthorne! —La voz de Reggie resonó por toda la habitación—. Supongo que ha venido para la gran carrera del sábado.

William retiró su mano del agarre de Reggie, flexionando discretamente los dedos. —Sí, un joven de nuestra finca va a competir. Alfie Tanner.

El rostro de Reggie se torció en una mueca de desprecio. —Debería haberse ahorrado el viaje. El viejo Tommy ha perdido la cabeza, poniendo a ese crío en el Nacional.

Meli se erizó, sus dedos apretándose alrededor de su copa de champán. —¿Crío? —replicó con voz afilada—. Alfie tiene diecisiete años.

La mirada de Reggie recorrió a Meli, sus labios curvándose en una sonrisa lobuna. —Tranquilícese, señorita…

Elizabeth puso una mano restrictiva en el brazo de Meli, su voz suave como la miel. —Supongo que el camino de cada jinete tiene su amanecer y su ocaso.

La sonrisa de Reggie vaciló por un momento, sus ojos entrecerrados mientras observaba a Elizabeth. Abrió la boca para

hablar antes de que Iggy interviniese. —Reggie, no creo que hayas conocido a Lady Elizabeth Hawthorne y a su prima, la señorita Meli Diomaros.

—Vaya, vaya —dijo Reggie con voz arrastrada, enderezándose—. Es usted un hombre afortunado, Hawthorne. —Su mirada recorrió a las mujeres, deteniéndose de manera inapropiada—. Rodeado de tan … bellas damas.

William dio un paso adelante, con la mandíbula tensa. La calidez en sus ojos se había enfriado hasta convertirse en hielo. —Quizás deberíamos ceñirnos a hablar de la próxima carrera, señor Black —dijo, con voz baja y controlada.

Amelia atravesó la habitación, su vestido carmesí abrazando sus curvas y coqueteando con el escándalo. El escote pronunciado provocaba, mientras que una atrevida abertura mostraba fugaces vislumbres de sus piernas bien torneadas con cada paso.

Reggie saludó a Amelia con una sonrisa pícara, tomó su mano y rozó sus labios contra sus nudillos. —Amelia, tan cautivadora como siempre.

Sus ojos perfilados de kohl se clavaron en Reggie. Presionó sus labios contra su mejilla, dejando una marca de carmín. —Llegas tarde. Empezaba a pensar que me habías dejado plantada —murmuró, pasando su pulgar por la mancha.

Los labios de Reggie se curvaron en una media sonrisa. —Tenía que ver a un hombre por un asunto. —Se encogió de hombros, con un gesto perezoso, casi descuidado—. ¿Sabes cómo es esto, no?

La sonrisa de Amelia vaciló, la tensión endureciendo sus facciones. —Estoy segura de que sí. —Sus palabras salieron bajas y afiladas.

Dominic observaba el intercambio desde el otro lado de la habitación, su pulido barniz fracturándose. Removió el whisky en su vaso, sus ojos glaciales fijos en la mano de Reggie en la parte baja de la espalda de Amelia.

Meli se inclinó hacia Elizabeth, su aliento cálido contra el oído de su prima. —Pensaba que el señor Archer era el novio de la señorita

Stanford.

La mirada de Elizabeth se movió entre Dominic y la pareja. Inclinó la cabeza hacia el hombre furioso, con voz baja. —Eso parece que también pensaba el señor Archer.

El agudo tintineo del vaso de Dominic golpeando la mesa atrajo miradas curiosas. Su sonrisa, un corte a través de su rostro, tenía un borde peligroso. Su mirada, imperturbable desde Reggie y Amelia, hablaba de un depredador evaluando a su presa. Los músculos de su mandíbula palpitaban mientras daba un paso medido hacia adelante, el aire a su alrededor crepitando con una silenciosa amenaza.

Los invitados se movían incómodos, sus risas demasiado altas, sus sonrisas demasiado brillantes mientras todos los ojos se movían entre Dominic y la pareja ajena.

Justo cuando el pie de Dominic se levantaba para dar otro paso, Pritchard se materializó en la puerta. —Perdone la intrusión, Lady Fairfax, pero la cena está servida.

El suspiro colectivo de alivio fue casi audible. Los invitados se apresuraron hacia el comedor, agradecidos por la oportuna interrupción. Dominic se quedó congelado a medio paso, su rostro una máscara de furia apenas contenida. Inspiró profundamente, flexionando los dedos a sus costados, antes de forzar una sonrisa quebradiza y seguir a los demás. Sin embargo, sus ojos nunca abandonaron la espalda de Reggie mientras salían de la habitación.

Georgia e Iggy condujeron a sus invitados al comedor. El espacio exudaba el mismo aire sombrío y anticuado, al igual que el resto de la casa. Los paneles de madera oscura absorbían gran parte de la luz de la imponente lámpara gótica que colgaba sobre sus cabezas.

Las caderas de Amelia se balanceaban con encanto felino mientras se dirigía hacia la mesa del comedor. —Ya que tu plan de asientos está desbaratado, simplemente tenemos que acomodar a Reggie junto a mí.

Elizabeth captó la mirada entrecerrada de Georgia y la oyó murmurar: —¿Y de quién es la culpa?

Georgia se recompuso rápidamente y anunció con forzada alegría: —Por supuesto, todos, por favor, sentaos … donde queráis.

Mientras los invitados se acomodaban, Elizabeth observó a Amelia lanzar una rápida mirada a Dominic desde debajo de sus pestañas bajas. Su mano se demoraba en el brazo de Reggie mientras se reía, el sonido un poco demasiado fuerte. La mandíbula de Dominic se tensó, sus ojos nunca dejando a la pareja. La tensión anterior, brevemente disipada por el cambio de escenario, comenzaba a filtrarse de nuevo.

Inclinó su cabeza hacia Dominic, intentando romper el silencio incómodo. —He oído que el señor Black es el favorito para la carrera del sábado. Ciertamente ha ganado bastante seguidores, si hemos de creer a los periódicos.

La mano de Dominic se cernió sobre su cuchara de sopa. —Reggie Black ciertamente tiene un don para ganar, pero sus métodos son … digamos … cuestionables.

Ella hizo una pausa, con su propia cuchara a medio camino de sus labios. —¿Cuestionables? ¿A qué se refiere?

—Digamos simplemente que el señor Black no es un hombre que juegue según las reglas y su elección de compañías deja mucho que desear.

—Ah, ya veo. —La mirada de Elizabeth pasó entre Dominic y la pareja al otro lado de la mesa, susurrando y riendo como si no tuvieran preocupación alguna—. Y supongo que eso no le sienta bien, dada su … conexión con la señorita Stanford. Sus atenciones hacia ella deben ser motivo de preocupación.

Reflexionó sobre las palabras de Dominic, su mirada desviándose hacia Amelia y Reggie. Amelia se deleitaba con la atención de Reggie, su coqueteo descarado y desinhibido a pesar de la presencia de Dominic al otro lado de la mesa. Su desconsideración casual por el decoro hablaba por sí sola.

Con el Grand National en el horizonte, Reggie era indudablemente el hombre del momento, el centro de cada

conversación. Y Amelia, al parecer, estaba más que feliz de bañarse en el reflejo de su fama.

Sus ojos se desplazaron hacia el otro extremo de la mesa, donde William, Caroline y Meli estaban sentados con Iggy. Aunque sus voces eran bajas, podía sentir la incomodidad subyacente. La postura normalmente impecable de William se había calcificado, sus nudillos sin sangre alrededor de su copa de vino. La sonrisa de Caroline, aunque presente, nunca alcanzaba sus ojos, un destello de tensión manchaba su compostura. Meli, típicamente efervescente, ahora jugueteaba con su servilleta, su mirada moviéndose entre sus primos como si buscara tranquilidad. Incluso la habitual afabilidad de Iggy parecía haberlo abandonado, un músculo en su mejilla temblando mientras miraba de reojo a la pareja.

El aire pendía pesado con una tensión no expresada, una frágil capa de cortesía amenazando con romperse en cualquier momento.

Dominic se puso de pie de un salto, las patas de su silla raspando con fuerza contra el suelo de madera. Las cabezas giraron, sobresaltadas por la brusquedad de su movimiento. Sin dirigir una mirada a nadie, arrojó su servilleta sobre la mesa.

—Necesito tomar aire —murmuró, con la voz tensa, antes de girarse sobre sus talones y dirigirse hacia la puerta.

Los ojos de Elizabeth lo siguieron, pero fue la reacción de Amelia lo que captó su atención. La mirada de Amelia estaba fija en la espalda de Dominic mientras abandonaba la habitación, su atención completamente en él, no en Reggie. La puerta se cerró de golpe tras él.

Amelia parpadeó, su mirada volviendo a Reggie, pero la naturalidad en su sonrisa parecía forzada ahora, su coqueteo menos animado que antes.

Cuando la puerta se cerró de golpe tras Dominic, la risa de Amelia rompió el breve silencio, más fuerte que antes, aunque hueca. Su coqueteo con Reggie continuó, pero había perdido su entusiasmo anterior; sus gestos eran más contenidos, su mirada ocasionalmente derivando de vuelta a la puerta. Reggie, ajeno al

cambio, continuó con su habitual fanfarronería, mientras al otro lado de la mesa, Dolores Bentley se inclinó hacia Georgia, su susurro demasiado marcado para ser completamente privado pero lo suficientemente bajo como para ser discreto.

—Oh, Georgia, lo siento tanto. Deberíamos haber dejado a Amelia en casa. Ha estado imposible toda la semana. Sé que no se debe hablar mal de la familia … pero me alegraré cuando vuelva a Londres. —Los dedos de Dolores se tensaron alrededor de su copa de vino.

Los ojos de Georgia se desviaron hacia Amelia antes de volver a Dolores. —Estas cosas pasan. Difícilmente es culpa tuya.

—Pero uno no puede evitar sentirse responsable. Lo hemos intentado todo desde que sus padres fallecieron, de verdad, pero Amelia siempre ha sido tan…

—Testaruda —completó Cecil, con la mirada fija en su plato—. Como siempre hemos dicho, el dinero nunca es un buen sustituto de la atención, especialmente cuando se trata de niños.

Dolores frunció los labios. —Es su peor enemiga. Siempre persiguiendo la siguiente emoción, y con su riqueza…

—Hay muy poco fuera de su alcance —terminó Cecil, señalando sutilmente a un lacayo cercano para que le rellenara la copa.

Georgia se inclinó ligeramente hacia Dolores. —¿Es serio lo suyo, lo de Amelia y el señor Archer?

Dolores se movió en su asiento, echando una rápida mirada a Amelia antes de volver a Georgia. —Con Amelia, es difícil decirlo. Pero él ha durado más que la mayoría.

Los últimos platos del postre desaparecieron de la mesa, aparentemente por sí solos; los movimientos de los lacayos tan practicados y discretos que apenas se notaban.

La risa de Amelia atravesó una vez más la conversación forzada, pero Elizabeth notó que sus ojos se dirigían a la puerta por la que Dominic había salido furioso antes. En la superficie, Amelia parecía tenerlo todo: belleza, riqueza y hombres compitiendo por su atención. Sin embargo, mientras Elizabeth observaba la forzada

alegría y las miradas inquietas de la heredera, no podía evitar preguntarse si todo lo que relucía en el mundo de Amelia no era más que una jaula dorada y solitaria.

Una corriente subterránea de tensión siguió al grupo mientras se trasladaban de nuevo al salón. La mirada de Elizabeth se dirigió a Dominic en el momento en que entraron. Su agarre de nudillos blancos en el vaso casi vacío revelaba su furia apenas contenida.

—Georgia, querida, ¿podríamos retirarnos? —preguntó Dolores, presionando sus dedos contra su sien—. Esta jaqueca… —Sus ojos se dirigieron significativamente hacia Amelia, que reía ante las palabras susurradas de Reggie.

Iggy siguió la mirada de Dolores y asintió. —Por supuesto. Haré que Simmons traiga el coche. Más rápido que llamar a vuestro propio chófer.

El cristal se encontró con el mármol con un agudo tintineo cuando Dominic dejó su vaso. —Creo que también es hora de que nos marchemos, Amelia.

—Pero me lo estoy pasando tan bien.

Iggy se aclaró la garganta. —De hecho, estábamos pensando en dar la velada por terminada. Nuestros invitados deben estar listos para retirarse después de un viaje tan largo.

—Pero quiero quedarme —protestó, con el labio inferior sobresaliendo como una niña enfurruñada.

La sonrisa de Reggie se ensanchó, lanzando una rápida mirada a Dominic. —¿Y si continuamos en Adelina's? ¿Qué dices?

Los ojos de Amelia brillaron de emoción. —¡Oh, sí, adoro Adelina's!

La voz de Dominic se bajó, con un toque de acero bajo la calma. —Basta de tonterías —espetó—. Nos vamos ahora.

Los labios de Reggie se crisparon mientras enderezaba los hombros. —Seguramente esa es una decisión de Amelia, ¿no?

Elizabeth observó cómo la mirada de Amelia bailaba entre los dos hombres, con satisfacción brillando en sus ojos.

Dominic se volvió hacia Reggie, con el ceño fruncido y los puños apretados. —Esto no te concierne, Black. Mantente al margen.

—¿O qué? —Reggie dio un paso más cerca.

William se lanzó hacia delante, tratando de interponerse entre ellos. —Caballeros, esto no es–

El puño de Dominic salió disparado, golpeando a Reggie directamente en la mandíbula.

Las exclamaciones estallaron mientras Reggie retrocedía tambaleándose, su cabeza golpeando contra la mesa lateral antes de estrellarse contra el suelo con un golpe nauseabundo.



Capítulo Cuatro

MELI CLAVÓ LA ÚLTIMA horquilla en sus oscuros rizos, asegurándolos en un elegante falso bob. Giró alejándose del espejo, mientras su vestido de día color crema se mecía alrededor de sus piernas. —No puedo creer cómo se comportaron el señor Black y la señorita Stanford anoche. Y delante de todos. No es de extrañar que el señor Archer le diera un puñetazo en la nariz.

Elizabeth abrochó el último botón de nácar de su vestido de día verde esmeralda. —Gracias a Dios que William y el señor Bentley intervinieron o sabe Dios qué podría haber pasado.

—Bueno, creo que el señor Black se lo merecía —declaró Meli, colocando las manos en sus caderas—. ¿Y viste la cara de la señorita Stanford? Parecía regocijarse positivamente con todo el drama.

Elizabeth se levantó de la cama, alisando el encaje de sus puños. —No estoy segura de que alguien saliera bien parado de esa situación. Espero que no empañe el ambiente de todo el fin de semana.

Meli resopló, sus ojos color caramelo recorriendo la habitación. —Si algo va a empañar el ambiente, es este lúgubre y viejo mausoleo. Incluso en una mañana de primavera tan brillante, parece que nos han transportado a la edad oscura.

—Oh, Meli —Elizabeth soltó una risita, negando con la cabeza—. No todo el mundo anhela las últimas modas como tú. Algunas personas encuentran consuelo en la tradición.

Meli sacudió la cabeza mientras se ponía sus zapatos de tacón con correa en T. —¿Sabes? Cuando conocí a Iggy por primera vez, pensé: "¡Cielos, es antiquísimo!" Pero luego comenzó a contar sus historias, y de repente era tan gallardo como cualquier héroe romántico de una novela.

Elizabeth alcanzó su sombrero de ala ancha y lo aseguró cuidadosamente sobre su cabello perfectamente peinado. Una leve sonrisa se dibujó en sus labios. —Iggy ciertamente tiene una manera de cautivar a su audiencia.

—¿Sabes? No puedo evitar sentir un poco de lástima por la señorita Stanford.

Elizabeth levantó la mirada, ajustando su sombrero en el espejo. —¿Por qué?

—Bueno, con todo ese dinero, ¿cómo puede estar verdaderamente segura de que alguien la quiere por sí misma? Al menos Iggy no tiene ese problema con Georgia —se mordió el labio, vacilando—. ¿Crees que el señor Archer solo está con la señorita Stanford por su fortuna?

—Es difícil decirlo. No muchos hombres tolerarían las extravagancias de anoche, pero si sus inclinaciones son románticas o financieras, es difícil saberlo —suspiró, encontrando la mirada de Meli en el espejo—. Algunos tienen un talento para enmascarar su verdadero ser y sus motivaciones, que es imposible distinguir dónde termina la verdad y comienza la mentira.

Elizabeth echó un rápido vistazo al reloj. —Tenemos que darnos prisa.

—Oh, Dios mío, tienes razón. No queremos llegar tarde —Meli recogió sus pertenencias mientras Elizabeth se ponía los guantes.

Bajaron las escaleras y encontraron a Georgia y Caroline esperando en el vestíbulo de entrada.

—Pero mirad qué dos —la voz de Georgia tenía un tono burlón, con las manos firmemente plantadas en sus caderas—. ¿No sois una delicia para la vista?

Meli, con un brillo en los ojos, hizo una exagerada reverencia. —Muchas gracias, Lady Fairfax —bromeó, mostrando una sonrisa juguetona.

Georgia se rio, negando con la cabeza. —¿Qué tal si nos ponemos en marcha, señoras?

Fuera, el Vauxhall 30-98 color marfil de Georgia esperaba en la entrada.

La mirada de Caroline se detuvo en el asiento del conductor, frunciendo ligeramente el ceño. —¿No nos llevará Simmons?

—Hoy no —respondió Georgia, dando unas palmaditas al capó del coche—. Seré vuestra chófer.

—¡Qué emocionante! —Meli juntó sus manos.

Georgia se volvió hacia ella. —¿Te gustaría venir delante conmigo, querida?

—¡Oh, me encantaría! —dijo Meli, ampliando su sonrisa.

Elizabeth se deslizó en el asiento trasero junto a Caroline. Los dedos de su cuñada se aferraban al borde de su asiento. Elizabeth captó la mirada de Caroline, ofreciéndole una sonrisa tranquilizadora. Si Georgia manejaba un automóvil con el mismo entusiasmo que mostraba a caballo, les esperaba un viaje bastante movido.

Georgia soltó el embrague, y el Vauxhall se lanzó hacia delante. El campo pasó volando en un torbellino de prados verdes y setos floridos mientras ella navegaba por los sinuosos caminos con la misma confianza que mostraba a caballo.

Elizabeth miró a su cuñada. Caroline estaba sentada rígida, con los ojos firmemente cerrados, los labios moviéndose en silenciosa oración. En contraste, Meli se inclinaba hacia adelante en su asiento, bebiendo el paisaje con ojos maravillados.

—¡Esto es absolutamente estimulante! —gritó Meli sobre el ruido del viento, con sus rizos escapando de las horquillas.

Mientras el Vauxhall rugía por los caminos rurales, Elizabeth reflexionaba sobre cómo el accidente de Iggy había remodelado su vida aventurera y la de Georgia. Para los observadores casuales, Lady Fairfax parecía estar en paz con su nueva normalidad. Sin embargo, Elizabeth no podía evitar preguntarse: ¿podría Georgia, una mujer que alguna vez persiguió emociones fuertes a través de continentes, encontrar realmente satisfacción en actividades más tranquilas como montar a caballo y paseos en automóvil?

Cuando el Vauxhall marfil atravesó las puertas de hierro forjado, apareció a la vista el Aintree Gentlemen's Club. El imponente edificio eduardiano de ladrillo rojo y hiedra se erguía orgullosamente, sus ventanas arqueadas y su entrada exudando un aire de exclusividad.

Georgia detuvo el automóvil y le entregó las llaves a un aparcacoches que esperaba con un elegante uniforme azul marino. —Gracias —dijo con una cálida sonrisa. Enganchó su brazo con el de Meli y las guio hacia las pesadas puertas de roble.

El vestíbulo de entrada las recibió con oscuros paneles de madera y suelos relucientes. Retratos de caballeros de rostro severo cubrían las paredes, sus ojos pintados pareciendo evaluar a las recién llegadas. Una gran escalera se curvaba hacia arriba, su balaustrada intrincadamente tallada.

Georgia se movió por el vestíbulo con confianza, asintiendo a varias damas elegantemente vestidas al pasar. —Señoras, qué encantador verlas —dijo, su voz resonando por toda la sala. Hizo un gesto hacia sus acompañantes—. Permitidme presentaros a mis queridas amigas: Lady Caroline Hawthorne, su cuñada, Lady Elizabeth, y la señorita Meli Diomaros.

La mano de Dolores Bentley se agitó en el aire, captando la atención de Georgia desde el otro lado del comedor. —Gracias a Dios que estáis aquí —dijo, asintiendo hacia su acompañante. Sus palabras estaban impregnadas de exasperación.

Amelia se desplomaba en su silla, aferrándose a un vaso de cristal, con sus ojos inyectados en sangre apenas abiertos. Llevó el vaso a sus labios, haciendo una mueca cuando la espesa mezcla de

tomate tocó su lengua. Un escalofrío la recorrió, y bajó el vaso después de apenas un sorbo.

Elizabeth y sus acompañantes tomaron asiento en la mesa, mientras un lacayo se mantenía cerca, con una bandeja de copas de champán lista. Ella rechazó la suya con una educada sonrisa, su atención atraída hacia Amelia, con los recuerdos de la noche anterior inundando su mente.

La risa de Amelia había resonado, haciéndose más fuerte con cada copa de champán que consumía. Se había colgado del brazo del señor Black, sus dedos recorriendo su brazo mientras el señor Archer observaba. La velada terminó prematuramente cuando el puño de Dominic conectó con la mandíbula de Reggie, enviándolo al suelo.

Amelia se hundió en su silla, su mirada desenfocada fija en algún punto distante. A su lado, los ojos de Dolores saltaban de mesa en mesa, su boca tensándose con cada mirada. Se acercó más a Amelia, su susurro, afilado. —Siéntate derecha, por el amor de Dios. La gente está mirando.

Los hombros de Amelia se elevaron ligeramente, un intento a medias de sentarse recta. —¿Contenta ahora? —refunfuñó, con voz áspera. Levantó su vaso, haciendo una mueca mientras se obligaba a tomar otro sorbo de la mezcla roja.

Los labios de Dolores se apretaron en una línea exangüe, un suave "tsk" escapando mientras se apartaba.

Elizabeth se aclaró la garganta, ansiosa por romper la tensión. —¿Y qué hay del señor Bentley y el señor Archer? ¿Cuáles son sus planes para esta tarde? ¿Se unirán a vosotras más tarde?

Al mencionar a Dominic, la mano de Amelia se sacudió, el líquido rojo salpicando peligrosamente cerca del borde del cristal. Haciendo una mueca, agitó su mano libre desdeñosamente. —Lo más probable es que Dominic esté enfurruñado —murmuró—. Le compraré unos gemelos nuevos o quizás un reloj. Eso suele animarle.

La mirada de Elizabeth encontró la de Meli, la verdad no expresada pero entendida. Quizás la naturaleza de la relación entre la señorita Stanford y el señor Archer era, de hecho, más transaccional que tierna.

La mirada de Elizabeth recorrió el comedor. Los clientes cercanos intercambiaban miradas furtivas, sus susurros apenas ocultos tras manos levantadas.

—Es una tarde tan agradable. Quizás podríamos continuar nuestro almuerzo en el balcón.

Los ojos de Dolores se dirigieron a una mesa donde dos mujeres desviaron rápidamente sus miradas. Se volvió hacia Elizabeth, una sonrisa agradecida jugando en sus labios.

Los ojos de Caroline se encontraron con los de Elizabeth, un destello de comprensión pasando entre ellas. —Una excelente sugerencia. Algo de aire fresco sería muy bienvenido.

Georgia levantó su mano, captando la atención de un lacayo que pasaba. Se levantó de su silla. —Nos está resultando un poco... sofocante aquí. Por favor, organice nuestro almuerzo para que sea servido en el balcón.

Siguieron a Georgia hasta el balcón, intercambiando el aire sofocante de decoro del comedor por el calor de la tarde primaveral. Eligieron una mesa con una vista clara del hipódromo de Aintree, su extensión esmeralda desplegándose ante ellas.

La famosa pista serpenteaba por el paisaje, cada curva y recta prometiendo la emoción de la gloria o el aguijón de la derrota en el próximo Grand National.

El aire fresco pareció levantar el ánimo. Incluso Amelia se animó cuando el camarero llegó con el primer plato.

Georgia entrecerró los ojos, inclinándose sobre la balaustrada. Se puso de pie, protegiéndose los ojos del sol. —Creo que esos son Tommy y el joven Alfie allá abajo. Parece que están inspeccionando la pista para la gran carrera.

La cabeza de Amelia se alzó de golpe, sus ojos recorriendo la extensión verde. —¡Reggie! —chilló, medio levantándose de su silla.

Los dedos de Dolores se clavaron en el brazo de Amelia, tirando de ella hacia abajo. —Amelia, por favor —siseó entre dientes apretados, sus mejillas sonrojándose carmesí. Lanzó miradas de disculpa a las mesas cercanas, donde otros clientes habían pausado sus conversaciones para mirar.

Imperturbable, Amelia se sacudió el agarre de Dolores y agitó salvajemente la mano. —¡Aquí, cariño!

La cabeza de Reggie se inclinó hacia arriba. Con un ademán dramático, presionó sus dedos contra sus labios y lanzó un exagerado beso hacia el cielo.

Dolores se desplomó en su silla, una mano cubriendo sus ojos.

Tommy se unió a un grupo de hombres cerca de las vallas, sus gestos animados puntuando su conversación. Alfie se mantenía en la periferia, con las manos enterradas en sus bolsillos, su mirada fija en el suelo mientras golpeaba el césped con la punta de su bota.

—Pobre Alfie —suspiró Caroline—. Parece tan... fuera de lugar.

Los ojos de Georgia se suavizaron mientras observaba al joven jinete. —Es el nuevo en la ciudad. Llevará tiempo que sea aceptado. Pero Tommy cuidará de él.

Reggie atravesó el campo, dirigiéndose hacia Alfie. Se detuvo a centímetros del hombre más joven, sus labios moviéndose rápidamente. Los hombros de Alfie se encorvaron, su cuerpo girándose lejos de Reggie.

La mano de Reggie salió disparada, su dedo conectando con el hombro de Alfie. Alfie pivotó, dando rápidos pasos en dirección opuesta, pero Reggie mantuvo el ritmo.

—¡Eh, chaval! —el grito de Reggie resonó por el campo. Su mano se cerró sobre el brazo de Alfie, haciéndole girar.

Meli inspiró bruscamente, su cuerpo tensándose. —Alguien necesita detenerle.

El dedo de Reggie se clavó en el pecho de Alfie. La mano de Alfie se elevó, apartándolo mientras se erguía en toda su estatura.

La cabeza de Tommy se alzó de golpe, su conversación olvidada. Los hombres convergieron desde todas las direcciones, sus pasos

apresurados levantando pequeñas nubes de polvo.

Mientras Reggie preparaba su puño, Tommy se interpuso entre los jinetes, con los brazos extendidos. Dos hombres se materializaron detrás de Reggie, cada uno agarrando un brazo y tirando de él hacia atrás. La boca de Tommy se movía rápidamente, su mirada fija en Reggie antes de girarse, dirigiendo a Alfie lejos con una mano en su hombro.

La mirada de Meli siguió la figura de Alfie alejándose. —¿Realmente creéis que tiene alguna oportunidad en el Grand National?

Una risa áspera escapó de los labios de Amelia. —¿Contra Reggie? Ni una esperanza en el Hades.

Los ojos de Dolores se estrecharon. —Amelia —siseó, su tono afilado.

El hombro de Amelia se alzó en un gesto despreocupado mientras levantaba su copa de champán. —¿Qué? Es la verdad. A menos que Reggie Black caiga muerto a mitad de la carrera, ese chico no tiene ninguna posibilidad.



Capítulo Cinco

LA HIERBA HÚMEDA CHAPOTEABA bajo sus pies mientras Elizabeth y Meli cruzaban los terrenos de Rosewood Park. El cielo se cernía bajo y gris, insinuando la posibilidad de lluvia más tarde en el día.

Al acercarse a los establos, el familiar aroma a heno y caballos llenaba el aire, mezclándose con el intenso olor del cuero. Los sonidos de los mozos trabajando y los caballos moviéndose inquietos llegaron hasta ellas, un recordatorio de los preparativos para la próxima carrera.

—Espero que Alfie esté de mejor humor hoy. Ese horrible señor Black fue simplemente despiadado con él en el club ayer.

—William mencionó que Alfie parecía desanimado anoche —la mirada de Elizabeth recorrió las figuras que se agitaban frente a ellas, recordando el intercambio del día anterior entre Alfie y Reggie. La memoria del comportamiento de Reggie aún le dejaba un sabor amargo—. Estoy segura de que le alegrará ver caras amistosas.

Elizabeth examinó el patio de los establos, sus ojos pasando de caballo a mozo. El aire vibraba de actividad: el susurro de los cepillos, el tintineo del metal, los ocasionales resoplidos de los caballos. Se detuvo al divisar una figura familiar.

Elizabeth dio un codazo a Meli e inclinó la cabeza hacia el extremo más alejado del patio.

—Ahí está Alfie.

El joven jinete trabajaba metódicamente, su cepillo deslizándose por el pelaje de una yegua alazana. Su frente relajada, con un atisbo de sonrisa jugando en las comisuras de su boca.

Meli hizo ademán de avanzar. La mano de Elizabeth salió disparada, agarrando la muñeca de su prima.

—Espera —su mirada se había fijado en algo más allá de Alfie.

Meli siguió su línea visual, conteniendo un grito ahogado. Reggie Black había aparecido, pavoneándose entre los puestos. Su habitual sonrisa burlona contrastaba con el moretón púrpura que florecía alrededor de su ojo.

Sin decir palabra, las primas se escondieron tras la puerta de un establo cercano.

Elizabeth y Meli espiaban desde detrás de la puerta mientras la mirada de Reggie recorría a Alfie. La comisura de su boca se crispó hacia arriba, sus ojos brillando con malicia.

—¿No deberías estar en algún sitio limpiando establos?

La mano de Alfie se congeló a medio trazo, el cepillo suspendido sobre el pelaje de la yegua. Sus hombros se tensaron, los nudillos blanqueándose alrededor del mango del cepillo. Su rostro permaneció impasible, pero una vena pulsaba en su sien.

Reggie se acercó, bajando la voz a un susurro teatral.

—Supongo que esto es lo que pasa cuando dejas que una mujer dirija las cosas. Vivir aquí en medio de la nada con ese lisiado que tiene por marido le ha hecho perder la cabeza. Es decir, ¿en qué estaba pensando al poner a un crío en el Nacional?

La mandíbula de Alfie se tensó, un músculo saltando bajo su piel. Sus ojos, fijos en el flanco del caballo, se estrecharon hasta convertirse en rendijas.

—Cuida tu boca, Black —dijo, cada palabra recortada y dura—. No te atrevas a hablar así de Lady Fairfax.

Reggie echó la cabeza hacia atrás y se rio, el sonido agudo y burlón.

—¿Lady Fairfax? Créeme, chico, no es ninguna dama. Y diré lo que me dé la gana.

La puerta del establo gimió bajo el agarre de Elizabeth.

—Deja en paz al muchacho.

Tommy apareció a grandes zancadas, sus botas levantando pequeñas nubes de polvo. Las líneas de su rostro se profundizaron mientras miraba con severidad a Reggie.

Una segunda figura se movía tras Tommy. La camisa del hombre se pegaba a su piel húmeda, formando manchas oscuras bajo sus brazos. Se secaba la frente con un pañuelo arrugado, sus ojos moviéndose nerviosamente entre Alfie y Reggie.

La boca de Reggie se cerró de golpe, su sonrisa burlona vacilando. Giró para enfrentarse a los recién llegados, su ojo amoratado ahora completamente visible.

Los dedos de Alfie se desprendieron del cepillo, uno por uno. Su pecho subía y bajaba en respiraciones medidas.

Elizabeth se acercó más a la rendija de la puerta.

La mirada de Reggie se deslizó hacia el hombre de rostro pálido.

—¿Qué le pasa, doctor? ¿Todavía no ha tenido su dosis matutina?

Los ojos del Dr. Franklin saltaban entre los demás. Su mano se dirigió a su cuello y tiró del cuello de la camisa como si de repente le apretara demasiado.

Tommy dio un paso adelante, cruzando los brazos sobre el pecho. Sus ojos se estrecharon hasta convertirse en rendijas.

—Lárgate de aquí, Black, antes de que yo mismo te eche.

Una sonrisa burlona tiró de las comisuras de la boca de Reggie.

—Tranquilo, Tommy, viejo amigo. No querrás sufrir un ataque al corazón ahora, ¿verdad?

La mirada de Reggie recorrió a Alfie una vez más. Su labio superior se curvó.

—Un consejo, chico. Las sedas elegantes no ocultarán para siempre el hedor de una rata de establo.

El color inundó el rostro de Alfie, sus manos cerrándose en puños a los costados. Se abalanzó hacia delante, pero el brazo de Tommy

salió disparado, formando una barrera sólida a través de su pecho.

—Tranquilo, muchacho —murmuró Tommy, cada palabra recortada y baja. El pecho de Alfie se agitaba mientras miraba fijamente la espalda de Reggie que se alejaba, pero permaneció clavado en el sitio.

La mirada de Tommy se dirigió al Dr. Franklin. Se aclaró la garganta.

—Doctor, ¿tiene un momento? Starlight no está bien.

El Dr. Franklin se sobresaltó. Sus ojos saltaron entre Tommy y la salida del establo. Cambió el peso de un pie a otro.

—Yo... bueno, supongo que podría dedicar unos minutos.

Tommy asintió y giró sobre sus talones. El Dr. Franklin le seguía, sus pasos inseguros.

Las orejas de Starlight se movían hacia atrás y hacia delante cuando se acercaron a su puesto. La yegua escarbaba el suelo, sus fosas nasales dilatándose.

El Dr. Franklin se acercó más, sus movimientos rígidos y desarticulados. Sus manos pasaron por la pata de Starlight, un ligero temblor visible en sus dedos.

El veterinario alcanzó su bolsa. El broche se le escapó de los dedos una vez, dos veces. Un pequeño vial se cayó de la bolsa abierta y se rompió en el suelo del establo.

El Dr. Franklin se agachó, sus dedos arañando los fragmentos.

—Reggie tenía razón. Debería haber tomado esa dosis matutina... de café.

Sus manos temblaban mientras entregaba los viales restantes a Tommy.

—Quizás sería mejor que lo hiciera usted. Vigílela. Si hay algún cambio, hágamelo saber inmediatamente.

El Dr. Franklin se enderezó, sacudiéndose las rodillas. Su mirada revoloteaba por el establo mientras guardaba su equipo, sus movimientos nerviosos e inseguros.

—Yo... eh... volveré esta tarde. Solo para asegurarme.

El rostro de Tommy permaneció impasible.

—Bien, doctor. La vigilaremos de cerca.

Los pasos del Dr. Franklin eran mesurados pero apresurados mientras salía del establo. Tommy dirigió su atención a la jeringa, sus movimientos expertos y seguros mientras administraba la inyección a Starlight.

Tommy tapó la jeringa con un suave clic y luego pasó su mano por el flanco de Starlight. Alfie estaba junto a la puerta del puesto, con los hombros encorvados y las manos cerradas en puños a los costados.

—Black es puro alarde y fanfarronería. No dejes que te afecte, muchacho.

Los puños de Alfie se desapretaron lentamente. Su barbilla se alzó una fracción, pero su mirada permaneció fija en el suelo cubierto de heno.

Los pasos de Tommy se desvanecieron, el sonido de su retirada puntuado por los suaves relinchos de los caballos. El silencio se asentó sobre el establo, roto solo por los ocasionales resoplidos de Starlight.

La puerta del establo crujió al abrirse. Elizabeth se estremeció, congelándose a medio paso. Meli chocó con ella desde atrás, un amortiguado «uf» escapando de sus labios. La cabeza de Alfie se alzó de golpe, sus ojos abriéndose al verlas emerger de su escondite.

Los hombros de Alfie se enderezaron al ver a Elizabeth y Meli. Sus dedos se detuvieron en el ala de su gorra plana, una sonrisa arrugando las comisuras de sus ojos.

—Lady Elizabeth. ¿Qué hace usted aquí?

Elizabeth vaciló, el rostro burlón de Reggie destellando en su mente. ¿Debería mencionar sus altercados con Reggie? ¿Preguntarle si estaba bien? Sus ojos se dirigieron a su rostro, buscando señales de angustia. Parecía estar bien, pero ¿solo estaba aparentando valentía? Sopesó las opciones, dividida entre su deseo de ofrecer apoyo y su reticencia a avergonzarlo. Al final, decidió no hacerlo.

—Pensamos que podrías necesitar algo de apoyo —dijo, señalando a Meli—. Mi prima, la señorita Diomaros.

Alfie inclinó la cabeza, el ala de su gorra retorciéndose entre sus dedos mientras un rubor se extendía por sus mejillas.

—Señorita Diomaros.

La yegua alazana se movió inquieta, su cola golpeando contra las paredes de madera del puesto.

—Es preciosa —murmuró Meli, extendiendo la mano hacia el hocico aterciopelado de la alazana.

Las cejas de Alfie se alzaron.

—Cuidado, señorita. Ella...

Los dientes de la yegua chasquearon, apenas fallando los dedos de Meli. Ella retrocedió tambaleándose con un grito ahogado.

Los labios de Alfie se crisparon, sus ojos bailando con diversión no expresada.

Elizabeth se aclaró la garganta.

—Alfie, sobre tus padres... —su mano se hundió en su bolsillo—. Querían estar aquí, pero la pierna de tu padre... —se interrumpió, sacando un pequeño paquete envuelto.

Las manos encallecidas de Alfie acunaron el regalo. El papel cayó, revelando un cordón de cuero y un amuleto de metal de forma irregular. Su garganta trabajó en silencio.

—Tu padre lo hizo para la buena suerte. Puede que no estén aquí, pero te acompañan en espíritu —le dedicó una sonrisa reconfortante—. Y los Hawthorne te estarán animando.

La mandíbula de Alfie se tensó, sus ojos fijos en el amuleto. Tragó con dificultad, los dedos cerrándose a su alrededor mientras luchaba por controlar sus emociones.

—¡Eh, Alfie! ¡Sir Gallant necesita ser cepillado antes de su ejercicio de la tarde!

La cabeza de Alfie se alzó bruscamente. Guardó el amuleto cuidadosamente en su bolsillo.

—Será mejor que me ponga a ello.

Elizabeth tocó ligeramente su brazo.

—Por supuesto. Mucha suerte para la carrera de mañana.

—Te estaremos animando.

Las mejillas de Alfie se sonrojaron mientras tiraba del ala de su gorra.

—Gracias, Lady Elizabeth, señorita Diomaros. Haré todo lo posible para que se sientan orgullosas.

Los dedos de Elizabeth descansaron brevemente en su hombro.

—Solo haz lo mejor que puedas. Nadie puede pedir más.

Dejando a Alfie con su trabajo, Elizabeth y Meli salieron de los establos, deteniéndose ante la visión del Dr. Franklin desplomado en el asiento del conductor de un automóvil, con la cabeza caída hacia atrás.

Elizabeth se acercó al coche.

—¿Dr. Franklin?

Los ojos del doctor se abrieron de golpe, grandes y vidriosos. Sus dedos arañaron la manga enrollada, desplegándola apresuradamente sobre su antebrazo.

—Eh... sí —murmuró, su mirada saltando entre Elizabeth y Meli —. Solo estaba... descansando los ojos. Noche larga con una yegua pariendo.

Los ojos de Elizabeth se estrecharon mientras observaba su tez pálida.

—¿Está seguro de que se encuentra bien?

La boca del Dr. Franklin se torció en lo que podría haber sido una sonrisa. Su mano tembló mientras miraba su reloj.

—Perfectamente bien. Pero llego tarde a mi próxima cita. Si me disculpan...

Mientras él forcejeaba con el encendido, Elizabeth se inclinó más cerca.

—Dr. Franklin, hay sangre en su manga.

Su brazo se sacudió hacia atrás, golpeando contra el volante.

—No es nada —su voz se quebró—. Un riesgo profesional. Ahora, si me perdonan...

El motor cobró vida con dificultad. El Dr. Franklin tiró de la palanca de cambios y el coche avanzó bruscamente y se alejó.

La boca de Meli se abrió mientras veía el automóvil desaparecer por el camino.

—Qué extraño.

Los labios de Elizabeth se apretaron en una fina línea, su mirada aún fija en la nube de polvo que el Dr. Franklin dejaba a su paso.

—Ciertamente lo fue, Meli. Ciertamente lo fue.



Capítulo Seis

EL RELOJ DIO LAS cuatro cuando Elizabeth sujetó el último mechón de su melena oscura en su sitio. Alisó su vestido esmeralda, con sus bordados de enredaderas sutiles sobre la seda. En el espejo, captó el reflejo de Meli, su prima ya vestida en gasa coral, con un collar de perlas colgando de sus dedos.

Meli giró frente al espejo, sus dedos alisando la seda de su vestido.

—Me pregunto si habrá jóvenes apuestos en la reunión de hoy —reflexionó—. Quizás encontremos algunos caballeros encantadores que puedan despertar incluso tu interés, Elizabeth.

Elizabeth ajustó sus mangas, con una sonrisa irónica curvando sus labios.

—Siento decepcionarte, pero la velada de esta tarde tiene más de negocio que de placer. Caroline mencionó que Georgia espera encontrar inversores para su empresa de carreras.

Los ojos de Meli se agrandaron mientras se le escapaba un pequeño jadeo involuntario.

—¿Pero por qué necesitarían inversores? —Bajó la voz—. ¿No pensarás que están en apuros económicos, verdad? Eso explicaría por qué esta casa es tan anticuada y huele a humedad.

Elizabeth se aplicó el pintalabios con mano firme, encontrándose con el reflejo de su prima en el espejo.

—No, en absoluto. Pero parece que Georgia quiere demostrar que puede gestionarlo por sí misma, sin depender del dinero de Iggy.

El alivio inundó el rostro de Meli.

—Debo admitir que admiro el espíritu independiente de Georgia.

Los labios de Elizabeth se curvaron hacia arriba.

—Por lo que he oído, tiene talento para alborotar las plumas de los tradicionalistas.

—No puedo evitar preguntarme —dijo Meli, ajustando el broche de su pulsera—, si la señorita Stanford hará acto de presencia. ¿Y a cuál de sus pretendientes favorecerá? ¿Al señor Archer o al señor Black?

Elizabeth dejó su cepillo sobre el tocador.

—El señor Black no se atrevería a aparecer por aquí. No después de aquel desagradable asunto con el señor Archer —cogió su vaporizador de perfume, con la mirada distante—. La señorita Stanford, sin embargo, parece llevar el escándalo como un accesorio de moda.

Meli se aplicó un coral vibrante en los labios, el tono combinando perfectamente con su vestido.

—Pobre señora Bentley —dijo, volviéndose hacia Elizabeth—. Estaba completamente horrorizada con las payasadas de la señorita Stanford en la pista ayer. No puedo entender qué ve en el señor Black, ¿sabes? Puede que domine en las carreras, pero fuera de ellas, es un completo sinvergüenza.

—No podría estar más de acuerdo —Elizabeth cogió su bolso de mano, sus ojos encontrándose con los de Meli en el espejo—. ¿Lista?

—Todo lo que puedo estarlo.

Bajaron las escaleras, mientras el sonido de los invitados que llegaban para la velada de Georgia se filtraba por las ventanas abiertas. La mente de Elizabeth vagó hacia los acontecimientos de la mañana en los establos: las burlas de Reggie, la determinación de Alfie de no defraudar a nadie, el extraño comportamiento del Dr.

Franklin. Apartó esos pensamientos. Por ahora, al menos, tenían una fiesta a la que asistir.

—Vaya por Dios, he olvidado mi chal —Elizabeth se detuvo a mitad de la escalera, con la mano apoyada en la barandilla—. Adelántate, Meli. Me reuniré contigo en un momento.

Mientras el vestido coral de Meli desaparecía de su vista, Elizabeth subió las escaleras. Se detuvo ante un retrato, sus ojos atraídos por la placa debajo. El lienzo capturaba a un caballero apuesto —el abuelo de Iggy—, sus ojos brillando con un toque de picardía que parecía ser de familia.

Voces alzadas llegaron hasta el descansillo: el tono profundo de Iggy y el inconfundible acento americano de Georgia. Elizabeth se detuvo, con la mano aún en la barandilla. Dudó un momento y luego se acercó sigilosamente a la puerta entreabierta del despacho de Iggy.

—No entiendo esta insistencia en involucrar a extraños, Georgia —dijo Iggy, su tono teñido de exasperación—. Ya te he dicho que estoy encantado de proporcionar los fondos yo mismo.

—Pero ese es precisamente el problema, Iggy —replicó Georgia, sus palabras afiladas por la frustración—. Quiero hacer esto por mí misma, sin depender de tus dádivas.

La respuesta de Iggy llevaba un tono de incredulidad.

—¿Dádivas? Querida, eres mi esposa. Prefiero darte el dinero yo antes que tener a alguien como Enzo Bellini involucrado.

El tono cortante de Georgia atravesó el aire.

—¿Qué tienes contra él? El dinero de Enzo es tan bueno como el de cualquiera.

—Difícilmente —respondió Iggy, su voz cargada de desaprobación —. Sabes qué tipo de hombre es, en qué asuntos anda metido. No puedo creer que lo hayas invitado aquí, a nuestra casa.

Una risa seca escapó de Georgia.

—Simplemente no lo entiendes, ¿verdad? ¿Crees que no sé lo que la gente dice de mí, lo que siempre han dicho?

—No me importa eso. Deja que hablen.

—Pero a mí sí, y por eso necesito hacer esto por mí misma.

—Entonces déjame darte el dinero. Puedo ser un inversor silencioso. Nadie tiene por qué saberlo.

—Yo lo sabría... —la voz de Georgia se suavizó momentáneamente antes de endurecerse de nuevo—. Mira, no tengo tiempo para esto. Tengo invitados que atender.

El repentino chirrido de una silla contra el suelo sobresaltó a Elizabeth. Unos pasos se acercaron a la puerta, cada vez más fuertes. Su corazón latía contra sus costillas mientras buscaba una vía de escape. El tapiz colgante, su única esperanza. Se deslizó detrás de él, presionándose contra la pared. La tela pesada le arañaba la cara, su olor a humedad picándole la nariz mientras contenía la respiración, esforzándose por oír por encima del latido de la sangre en sus oídos.

Los pasos se alejaron, su eco desvaneciéndose en el silencio. Elizabeth esperó un momento más, su pulso disminuyendo gradualmente. Salió con cuidado de detrás del tapiz, haciendo una mueca cuando la áspera tela se enganchó en su vestido. El olor se le adhirió mientras alisaba su falda, su mente girando con preguntas.

Las voces de Iggy y Georgia se repetían en su cabeza, su habitual calidez reemplazada por una tensión desconocida. Elizabeth frunció el ceño, desconcertada por la discordia que había presenciado entre la pareja que siempre había parecido tan feliz. ¿Quién era este Enzo Bellini que podía causar tal tensión? ¿Y por qué Iggy estaba tan decidido a mantenerlo alejado del proyecto empresarial de Georgia?

Elizabeth regresó a su habitación, su mente todavía dándole vueltas al acalorado intercambio que había escuchado. Cogió su chal y se lo echó sobre los hombros, luego bajó las escaleras.

Aromas florales la envolvieron al entrar en el invernadero, su mirada recorriendo el elegante mobiliario: sillas y mesas de mimbre y baldosas de mármol adornadas con alfombras de diseños art déco. Paneles de cristal ornamentados cubrían el techo abovedado, filtrando la luz suave y apagada del cielo nublado. Enredaderas

colgantes y flores fragantes aportaban una sensación de tranquilidad, un respiro bienvenido de la decoración formal y anticuada del resto de la casa.

Sus ojos vagaron por la habitación, posándose en William y Caroline, enfrascados en una conversación con los Bentley. Cerca, Meli parecía estar intentando valientemente entablar conversación con una Amelia Stanford visiblemente desinteresada.

Elizabeth compuso sus facciones, dejando a un lado su curiosidad sobre la discusión mientras se acercaba para unirse a los demás.

Amelia giró sobre sus talones en el momento en que Elizabeth llegó, dirigiéndose directamente hacia un hombre que parecía rezumar insinceridad. Meli agarró el codo de Elizabeth, sus ojos abiertos con exasperación.

—¿Qué te ha entretenido tanto? Empezaba a pensar que tendría que fingir un desmayo para provocar algún tipo de respuesta de la señorita Stanford.

Los dedos de Elizabeth juguetearon con su chal.

—Lo siento, me entretuve.

Al otro lado de la habitación, la risa tintineante de Amelia se elevó por encima del murmullo general. Meli puso los ojos en blanco.

—Me consuelo pensando que la falta de interés de la señorita Stanford tenía más que ver con mi género que con la calidad de mi conversación.

Observó cómo Amelia se inclinaba hacia su acompañante, susurrando algo que provocó otra ronda de risitas.

—Parece que tiene un tipo definido, ¿no crees?

Caroline captó la mirada de Elizabeth, haciéndoles señas a ella y a Meli para que se unieran a su círculo.

—Elizabeth, Meli, venid a uniros a nosotros. Los señores Bentley nos estaban deleitando con historias de su reciente viaje a Egipto, y les he informado de vuestra afinidad por todo lo egipcio.

Elizabeth abrió la boca para hablar justo cuando Georgia se acercó con un apuesto desconocido a su lado.

Las conversaciones se interrumpieron bruscamente cuando la mano de Georgia revoloteó hacia los Bentley.

—Claro, ya conocéis a este par de sinvergüenzas.

El desconocido dio un paso adelante y estrechó firmemente la mano del señor Bentley.

—Un placer volver a verlos a ambos —se volvió hacia la señora Bentley, llevando sus dedos a sus labios.

Las mejillas de la señora Bentley enrojecieron mientras el desconocido se enderezaba y se enfrentaba al resto del grupo.

Georgia señaló a cada persona por turnos mientras hacía las presentaciones.

—Y este es Lord William Hawthorne, su esposa, Lady Caroline, la señorita Meli Diomaros y, por último, pero no menos importante, Lady Elizabeth Hawthorne —puso una mano en el brazo del desconocido—. A todos, permitidme presentaros al señor Enzo Bellini.

Así que este era el famoso Enzo Bellini. El hombre responsable de la tensión entre Georgia e Iggy. Su apretón de manos se prolongó cuando llegó a Elizabeth, su piel erizándose mientras sus oscuros ojos se clavaban en los suyos.

—Un placer conocerla —la voz de Enzo acarició las palabras, su mirada sin abandonar la de Elizabeth.

—¿Bellini? —William se enderezó, mostrando reconocimiento en sus ojos—. ¿El importador de *Isotta Fraschini*?

Los labios de Enzo se curvaron en una sonrisa satisfecha.

—El mismo. Me complace que mi reputación me preceda.

—Sin duda lo hace —respondió William, con su interés despertado—. He oído cosas extraordinarias sobre los modelos *Isotta Fraschini*. El motor de ocho cilindros en línea, en particular, dicen que es bastante impresionante.

—Tiene buen oído para la excelencia automovilística, Lord Hawthorne —Enzo sacó una tarjeta de su bolsillo del pecho—. Quizás estaría usted interesado en experimentarlo de primera mano. Estaría encantado de organizarle una prueba de nuestro nuevo Tipo

8A. Una notable mejora respecto a su automóvil actual, estoy seguro.

Caroline se inclinó más cerca, dando un golpecito en la mano de William con un brillo juguetón en sus ojos.

—Se lo ruego, señor Bellini, ni una palabra más sobre automóviles o estaremos aquí hasta el amanecer.

—En ese caso, me temo que debo robarme al señor Bellini —la mano de Georgia se posó en el brazo de Enzo—. Le he prometido un recorrido por los establos, y odiaría que la ingeniería italiana le distrajera de nuestros preciados purasangres.

William inclinó la cabeza, escapándosele una risita.

—En otra ocasión, entonces, para el Tipo 8A.

—Lo espero con interés, Lord Hawthorne.

Elizabeth observó cómo Georgia se llevaba al señor Bellini. Había algo en él que a la vez la intrigaba y la inquietaba. Su encanto era innegable, pero bajo él acechaba una dureza que no podía ubicar del todo.

Como un hermoso automóvil con un motor que ronroneaba con demasiada suavidad... ¿qué secretos podría estar ocultando bajo su reluciente capó?

Como si sintiera su escrutinio, se detuvo en la puerta. Se giró, mirando por encima del hombro, sus ojos oscuros encontrando los de ella a través de la habitación. Durante un latido, sus miradas se cruzaron, y Elizabeth sintió una sacudida de... algo.

Pero antes de que pudiera nombrarlo, él ya se había ido.



Capítulo Siete

LA FIEBRE DEL DÍA del Grand National transformó Rosewood Park en un hervidero de actividad. El Rolls-Royce Silver Ghost y el Vauxhall 30-98 color marfil de Georgia estaban listos para transportar a los Hawthorne y los Fairfax al venerado césped del hipódromo de Aintree.

Georgia se ajustó los guantes de conducir, acomodándose tras el volante de su Vauxhall. —¿Listos para ponernos en marcha? ¡El tiempo y el Grand National no esperan a nadie, ni siquiera si su abuela era prima de la reina Victoria! —Lanzó una mirada juguetona a su marido mientras este se acomodaba en el asiento del copiloto, con su bastón descansando sobre el regazo.

—¿Iggy está realmente emparentado con la reina Victoria? —preguntó Meli, acomodándose en su asiento mientras Simmons cerraba la puerta del coche.

William arqueó una ceja, con un atisbo de diversión en su rostro. —Creo que sí. Aunque me atrevería a decir que Iggy preferiría recorrer el Amazonas antes que tomar el té con el Rey.

El Vauxhall de Georgia salió disparado por el camino de entrada en un borrón marfil, dejando tras de sí una estela de polvo y a Simmons.

Simmons puso el Rolls-Royce en marcha con suavidad. William miró la nube de polvo que se alejaba. —No me extraña que Iggy no deje que se acerque a su Aston Martin.

Los setos pasaban a toda velocidad mientras Simmons conducía el Rolls-Royce por sinuosos caminos rurales. Elizabeth estiró el cuello, buscando un atisbo de la pintura marfil, pero el Vauxhall de Georgia seguía siendo esquivo.

La tranquilidad pastoral se desvaneció al acercarse a Aintree. Un desfile de automóviles y carruajes atascaba las carreteras, sus pasajeros lucían un tumulto de sombreros coloridos y elegantes trajes. Una charla animada se filtraba por las ventanas abiertas, salpicada por el ocasional relincho de un caballo nervioso.

La tribuna de Aintree se alzaba ante ellos, su ladrillo rojo y herrajes exhibían la grandeza de la arquitectura victoriana. Banderas con el logotipo del hipódromo ondeaban en lo alto de la estructura, añadiendo toques de color a la escena.

Simmons detuvo el Rolls-Royce con suavidad mientras Iggy se acercaba cojeando, su bastón marcando un ritmo staccato sobre la grava. —Ah, aquí estáis todos —llamó, su barítono rico llevando un matiz de reproche juguetón—. Estaba a punto de enviar un grupo de búsqueda.

Los ojos de William se arrugaron con diversión. —Por la forma en que Georgia salió disparada, cualquiera pensaría que pilotaba uno de esos nuevos Sopwith Snipe. Me sorprende que Simmons no nos perdiera en su estela.

La sonrisa de Iggy vaciló. Cambió el peso de su cuerpo, con los nudillos blancos alrededor de su bastón. —Sí... mi esposa tiende a tener poco respeto por las normas de circulación.

—¿Dónde está Georgia? Pensaba que estaría contigo —Caroline cambió de tema como si percibiera el cambio en el estado de ánimo de Iggy.

La mirada de Iggy se dirigió hacia los establos. —Con Tommy — Su mandíbula se tensó—. Discutiendo tácticas de última hora, sin duda —Cambió el peso de su cuerpo, con los nudillos blancos

alrededor de su bastón—. Insistió en que os esperara aquí, pero creo que al joven Tanner le vendrán bien algunas caras conocidas.

Elizabeth notó la rigidez en los hombros de Iggy, un marcado contraste con el ambiente jubiloso que les rodeaba.

Meli tiró de la manga de Elizabeth, con los ojos brillantes. —¿No es esto simplemente emocionante? ¡Apenas puedo esperar a que comience la carrera!

Las comisuras de los labios de Iggy se levantaron, pero la sonrisa no llegó a sus ojos. Golpeó con su bastón contra la grava. —Venid. Veamos cómo le va a nuestro joven jinete.

Iggy se dirigió hacia los establos, con William caminando a su lado.

Los mozos de cuadra se movían entre los compartimentos mientras se acercaban a los establos. Los caballos pisoteaban y resoplaban, sus cascos repiqueteando contra los suelos de madera. Los arneses tintineaban mientras los mozos ajustaban bridas y sillas. El agudo relincho de una yegua cortó el estruendo de las instrucciones gritadas y las conversaciones murmuradas.

Iggy navegó por el estrecho pasillo, su bastón deslizándose ligeramente sobre el suelo húmedo, cubierto de paja. William y Caroline mantuvieron su ritmo a su lado, mientras Elizabeth y Meli se quedaban atrás. Los ojos de Meli se agrandaron ante el alboroto, arrugando la nariz cuando la mezcla penetrante de caballo y estiércol asaltó sus sentidos. Elizabeth tocó el codo de su prima, guiándola más allá de un montón de paja fresca.

Iggy apuntó con su bastón hacia una figura delgada con un conjunto de indumentaria de carreras color verde azulado y dorado que cepillaba a un elegante castrado bayo. —Ah, ahí está nuestro joven Tanner.

La cabeza del chico se levantó de golpe, con los ojos muy abiertos. Inclinó la cabeza en un tímido gesto. —Lord Hawthorne, señor. Lady Hawthorne. Lord Fairfax.

William dio un paso adelante, con los ojos arrugándose. —Tus padres te envían sus mejores deseos, Alfie. Al igual que mi tía, Lady

Beatrice.

Un rubor subió por las mejillas de Alfie. —G-gracias, señor. Haré todo lo posible para que todos se sientan orgullosos —Su mirada saltaba entre ellos y el caballo.

La mano de William se posó en el hombro de Alfie con una suave palmada. —Estoy seguro de que lo harás.

—Y ten mucho cuidado —dijo Caroline, frunciendo el ceño—. Especialmente en Becher's Brook. He oído que ha desmontado incluso a los jinetes más experimentados.

—No se preocupe, Lady Hawthorne —La mano de Alfie se movió al hombro del castrado—. Tommy nos ha hecho practicar a mí y a Sir Gallant día y noche para ese salto.

Los dedos de Meli se estiraron hacia el hocico del caballo. —¿Sir Gallant? ¿Ese es su nombre? —Su mano se echó hacia atrás de repente.

—Estás bien con este, señorita —Los labios de Alfie se curvaron en una pequeña sonrisa—. Es manso como un cordero. No hay peligro de que te muerda.

La ceja de Iggy se arqueó. —Ah, entonces has conocido a Tempest.

Meli miró los compartimentos con cautela. —Sí, casi me da un buen mordisco.

—Otra pelirroja fogosa... justo como su dueña —La mandíbula de Iggy se tensó por un momento, una sombra pasando por sus rasgos.

—Y hablando de mi esposa, ¿ha pasado Lady Fairfax a verte ya? —La voz de Iggy se alivianó, cualquier rastro de inquietud anterior se suavizó.

Los ojos de Alfie se iluminaron. —Sí, señor. Estuvo aquí hace no media hora. Vino a desearme suerte para la carrera.

La mano de Iggy se posó en el hombro de Alfie. —Bueno, no te mantendremos alejado de tus preparativos, muchacho. Solo haz lo mejor que puedas ahí fuera. Es todo lo que cualquiera puede pedir.

Una sonrisa nerviosa se extendió por el rostro de Alfie. —Gracias, Lord Fairfax, señor. Lo haré.

William dio un paso adelante, su mirada cálida sobre Alfie. —Y recuerda, Tanner, todos estamos apoyándote.

Mientras el grupo se despedía de Alfie, se dirigieron de vuelta hacia la tribuna. La multitud en Aintree aumentaba a su alrededor, los gritos excitados mezclándose con el ritmo atronador de los cascos golpeando el césped y los gritos distantes de los corredores de apuestas pregonando las probabilidades.

Elizabeth se encontró alejándose de William, Caroline e Iggy, con el brazo de Meli firmemente asido al suyo.

Se detuvo cerca de los puestos de apuestas, tratando de orientarse. Su mirada se deslizó por el mar de rostros, posándose en la figura familiar de Reggie Black.

La voz de Reggie se elevó por encima del ruido, su sonrisa casual. —¡Eh, Doc, por qué no nos dices en qué caballo has puesto tu dinero! ¡Ahórranos a todos apostar por un perdedor!

Los ojos de Elizabeth siguieron la línea de visión de Reggie hasta la rígida figura del Dr. Edward Franklin. El color desapareció de su rostro, sus rasgos retorciéndose.

La sonrisa de Reggie se ensanchó antes de darse la vuelta y dirigirse hacia los establos.

Un rico acento italiano cortó la cacofonía del hipódromo. —¡Lady Elizabeth, señorita Meli, qué delicia!

Elizabeth giró sobre sí misma, sus ojos posándose en Enzo Bellini. Presentaba una figura elegante con su traje gris carbón, abriéndose paso entre la multitud con la gracia de una pantera. A su lado caminaba un rostro familiar que hizo que el aliento de Elizabeth se entrecortara: Jonathan Ashcroft.

Bellini tomó sus manos, presionando sus labios en sus nudillos uno por uno con un ademán teatral. —Comenzaba a pensar que Aintree había perdido su encanto, pero aquí estáis, demostrándome gloriosamente lo contrario.

Elizabeth liberó su mano, forzando una sonrisa educada. —Señor Bellini, qué sorpresa.

—Permitidme presentaros a mi socio, el señor Jonathan Ashcroft —Bellini hizo un gesto.

Los ojos de Jonathan se encontraron con los de Elizabeth, un destello de algo ilegible pasando entre ellos. —Lady Elizabeth. Señorita Meli. Un placer.

La brusca inspiración de Meli provocó una rápida mirada de advertencia de Elizabeth. Inclinó la cabeza, siguiendo el juego de la supuesta falta de familiaridad de Jonathan. —Señor Ashcroft.

—Tengo curiosidad —la mirada de Jonathan saltó entre Elizabeth y Bellini—, ¿cómo cayeron dos damas tan encantadoras en compañía de este bribón? —Un toque de acero subyacía en su tono ligero.

La risa de Bellini resonó. —¡Mi querido Ashcroft, me hieres! Lady Elizabeth, no le hagáis caso. Solo está celoso de mi carisma natural.

—Nos conocimos en Rosewood Park —Los ojos de Elizabeth nunca dejaron el rostro de Jonathan—. Una velada organizada por Lady Fairfax. Y usted, señor Ashcroft, ¿conoce a los Fairfax?

Un músculo se crispó en la mandíbula de Jonathan. —He tenido el placer de la compañía de Lady Fairfax en alguna ocasión. La reputación de Lord Fairfax le precede, aunque aún no nos hemos conocido.

—Un descuido fácilmente remediable —la sonrisa de Bellini se volvió depredadora—, especialmente ahora que Georgia y yo vamos a ser socios comerciales.

Los dedos de Meli se clavaron en el brazo de Elizabeth. —Mirad, William nos está llamando. La carrera debe estar a punto de comenzar.

Elizabeth miró por encima de su hombro, viendo los gestos urgentes de su hermano. —Así es. Caballeros, si nos disculpáis.

—Por supuesto —Bellini se quitó el sombrero con un floreo—. Hasta la próxima vez, señoras. Sospecho que nos veremos mucho más, ahora que Rosewood Park y yo tenemos... intereses mutuos.

Mientras Meli la alejaba, lanzó una última mirada a Jonathan. Su rostro era una máscara indescifrable, pero sus ojos ardían con una intensidad que la dejó tanto inquieta como intrigada.

Elizabeth y Meli subieron las escaleras, la multitud debajo agitándose como un mar inquieto. Un destello de oro y verde azulado captó la atención de Elizabeth. Alfie, con sus colores de jinete inconfundibles, estaba cara a cara con Reggie Black cerca de un grupo de árboles. Las sedas rojo y blanco de Reggie resplandecían en contraste.

Los puños de Alfie se cerraron, su cuerpo enroscado como un muelle. En un borrón de movimiento, se abalanzó hacia delante, empujando con fuerza a Reggie. El jinete mayor se tambaleó hacia atrás. Antes de que Reggie pudiera recuperarse, Alfie dio media vuelta, abriéndose paso entre la multitud.

El corazón de Elizabeth se aceleró mientras observaba la furiosa retirada de Alfie. Chocó contra una enorme pizarra, haciendo que se estrellara contra el suelo. Una nube de polvo de tiza blanca se elevó, los espectadores dispersándose con gritos sobresaltados. Alfie siguió adelante, desvaneciéndose entre la muchedumbre mientras varios hombres se apresuraban a enderezar el panel caído.

Luchando contra la marea de cuerpos, Elizabeth y Meli finalmente llegaron a su palco privado.

La voz de Iggy resonó por encima del estruendo. —¡Por fin! Temía que las masas os hubieran engullido por completo.

La sonrisa de Elizabeth vaciló. —Un giro equivocado. Gracias al cielo por los ojos agudos de Meli.

Se acomodaron en sus asientos, maniobrando con sus prismáticos.

—Me preocupaba que nos perdiéramos el inicio.

Caroline se inclinó, su contacto estabilizando las manos de Meli. —Justo a tiempo. Mirad, ya se están alineando.

La mirada de Iggy recorrió la tribuna, su mandíbula tensándose cuando Georgia apareció.

—¿Dónde has estado? —La irritación impregnó sus palabras.

Georgia se deslizó y sus labios rozaron la mejilla de Iggy. —Cariño, ya conoces estos eventos. Siempre elegantemente tarde —Se deslizó en el asiento a su lado.

Los dedos de Iggy encontraron los suyos, la tensión en sus hombros derritiéndose.

Al unísono, el grupo levantó sus prismáticos. En la pista de abajo, los caballos se alineaban en la línea de salida.

El dedo de Meli apuñaló el aire. —¡Ahí está Alfie!

Cerca de la puerta, un caballo negro se encabritó y brincó, rompiendo el campo cuidadosamente alineado.

Los ojos de Elizabeth se estrecharon. —¿Qué demonios?

Los labios de Georgia se afinaron. —Diablo, el caballo de Reggie Black. Siempre el showman.

Los mozos rodearon al inquieto Diablo, persuadiéndolo para volver a la fila. La multitud contuvo la respiración mientras la bandera del juez de salida se elevaba, y luego caía.

Los cascos retumbaron, el rugido de la multitud aumentando mientras treinta caballos cargaban hacia el Primer Obstáculo. A través de sus prismáticos, Elizabeth observó cómo los músculos se tensaban y se liberaban con cada potente zancada.

La forma de ébano de Diablo surgió junto al flanco bayo de Sir Gallant, empujándose por el liderazgo. Volaron sobre el obstáculo, los jinetes agachados, las sedas ondeando.

En Becher's Brook, el grupo se estiró. El aliento de Elizabeth se cortó mientras las firmes manos de Alfie guiaban a Sir Gallant sobre la engañosa caída.

La segunda vuelta se intensificó. Los caballos de Reggie y Alfie surgieron cuello a cuello sobre The Canal Turn y Valentine's Brook. El corazón de Elizabeth latía al ritmo de los cascos atronadores.

Diablo se acercó más a Sir Gallant. El codo de Reggie golpeó el hombro de Alfie. El joven jinete luchó por mantener a su caballo estable mientras Reggie presionaba, los codos empujando.

Acercándose al último obstáculo, Diablo viró bruscamente hacia la trayectoria de Sir Gallant. Los codos de Reggie se clavaron en Alfie, desesperado por desmontar a su rival. El enfoque de Alfie permaneció inquebrantable, su caballo igualándolo zancada a zancada.

En The Elbow, los caballos avanzaron lado a lado. Reggie se inclinó, su codo rozando el costado de Alfie. En un instante, Sir Gallant se adelantó. Reggie, desequilibrado, se cayó de Diablo justo antes del giro crucial.

Alfie aprovechó su oportunidad, instando a Sir Gallant a avanzar. Los atronadores cascos del bayo los llevaron a través de The Elbow directamente hacia la línea de meta.



Capítulo Ocho

EL RUGIDO DE LA multitud se expandió por la tribuna de Aintree, una ola atronadora de vítores que hizo que el corazón de Elizabeth latiera aceleradamente. Observaba, con los ojos muy abiertos, cómo los jubilosos espectadores alzaban a Alfie, sus colores turquesa y dorado destacaban como una mancha brillante en medio del mar de rostros.

Los dedos de Meli se clavaron en el brazo de Elizabeth, con los ojos muy abiertos y la voz entrecortada. —¡Oh, Elizabeth! ¡Alfie ha estado sencillamente magnífico!

—Desde luego que sí, Meli. No creo que ninguno de nosotros dudara de él ni un momento.

La risa de William retumbó mientras daba una palmada en el hombro de Iggy. —Tanner nos ha hecho sentir orgullosos a todos hoy.

Iggy se irguió, su sonrisa igualaba a la de su amigo. —Ciertamente, lo ha hecho.

—La actuación de Alfie pasará a la historia —los labios de Caroline rozaron la mejilla de su marido, sus palabras llenas de orgullo.

Georgia se volvió hacia ellos, sus rizos cobrizos formaban un halo de fuego. Rodeó a Iggy con sus brazos, casi levantándolo del suelo.

—¡Sabía que ese chico lo llevaba dentro!

Elizabeth y Meli se abrieron paso entre la multitud que vitoreaba, esforzándose por mantener el ritmo del resto del grupo mientras se dirigían al recinto del ganador. Georgia avanzaba con determinación, sus largas zancadas devoraban la distancia, decidida a reclamar su victoria.

Los simpatizantes les rodearon, ralentizando su avance. La voz de Georgia se alzó por encima de la multitud, su emoción acentuaba su acento tejano mientras saludaba a viejos amigos y aceptaba sus elogios. Iggy estrechaba manos con vigor, aceptando fuertes palmadas en la espalda de viejos conocidos.

Meli agarró el brazo de Elizabeth. —Nunca me di cuenta de que los Fairfax conocían a tanta gente aquí.

Elizabeth se volvió hacia su prima. —La familia de Iggy ha vivido en Rosewood Park durante generaciones. Y como descubrimos antes, su influencia y conexiones van mucho más allá de Aintree.

Al acercarse al recinto, Elizabeth divisó a Alfie en medio de un mar de periodistas. El joven jinete permanecía erguido, con la barbilla levantada mientras respondía a las preguntas con una renovada confianza. Georgia aceleró el paso, dirigiéndose directamente hacia Sir Gallant.

A medida que se acercaban al recinto, los vítores se desvanecieron, siendo reemplazados por un silencio inquietante.

Los dedos de Meli se clavaron en el brazo de Elizabeth. —¿Qué está pasando?

Elizabeth siguió la mirada de su prima. Cerca de la recta final, un grupo de oficiales con trajes oscuros y personal médico con batas blancas se aglomeraban alrededor de algo en el suelo. La multitud, antes jubilosa, ahora permanecía completamente inmóvil, con rostros pálidos y afligidos.

Iggy redujo el paso. —Dios mío —murmuró, mientras el color desaparecía de su rostro.

La sonrisa de Georgia se desvaneció.

Al acercarse más, Elizabeth notó una figura inmóvil sobre una camilla, cubierta con una manta.

Se le cortó la respiración, un nudo frío de terror se instaló en la boca de su estómago. —No —la palabra escapó de sus labios en un susurro incrédulo.

La noticia de la muerte de Reggie se extendió entre la multitud de Aintree. Los periodistas se abalanzaron, sus rostros mezclaban conmoción y urgencia profesional mientras competían por conseguir entrevistas. Algunos corrieron hacia los teléfonos, mientras otros se apresuraban a marcharse, garabateando en sus libretas mientras corrían para dar la primicia.

—Dicen que se rompió el cuello —murmuró un periodista a otro.

Alfie permaneció clavado en el sitio, olvidada ya su victoria en el Grand National. Sus hombros se desplomaron, el peso de la tragedia era visible en su postura. Tommy apareció junto al joven jinete y colocó una mano en el brazo de Alfie.

Tommy miró a Iggy y William, las líneas alrededor de sus ojos se profundizaron. —Yo llevaré al muchacho a casa.

La boca de Iggy se tensó, el triunfo del día ahora eclipsado. La mandíbula de William se crispó al encontrarse con la mirada de su amigo, ambos hombres compartiendo la pérdida.

—Pobre muchacho —murmuró Iggy.

William asintió, y sin más discusión, los Hawthorne y los Fairfax partieron hacia Rosewood Park, abandonando cualquier idea de celebración.

Susurros apagados y rostros cabizbajos les siguieron mientras se dirigían a los automóviles. Una vez instalados, Simmons puso en marcha el Rolls-Royce, uniéndose al sombrío goteo de vehículos que abandonaban el hipódromo.

Elizabeth miraba por la ventana, el paisaje que pasaba era un borrón de verdes y grises apagados. El bullicio anterior de los asistentes a la carrera había desaparecido, reemplazado por un pesado silencio que colgaba sobre los caminos rurales.

Dentro, reinaba el silencio. La mandíbula de William permanecía tensa, su mano firmemente entrelazada con la de Caroline. Meli se sentaba inusualmente quieta, su habitual parloteo silenciado.

Delante, el Vauxhall de Georgia avanzaba a un ritmo insólitamente pausado. La nube de polvo que había dejado tras ellos en su viaje a Aintree estaba notablemente ausente.

Cuando Rosewood Park apareció a la vista, su grandiosa fachada parecía más bien amenazante que acogedora. Los automóviles se detuvieron, y Elizabeth observó cómo salía Iggy, sus movimientos rígidos y trabajosos.

Por un momento, se quedaron en silencio a los pies de las escaleras como si no supieran cómo proceder.

—No sé vosotros —la voz de Georgia cortó el silencio—. Pero yo necesito un buen trago ahora mismo.

Pritchard se materializó en la entrada y tomó sus abrigos con una leve reverencia mientras se dirigían al salón.

William e Iggy gravitaron hacia la chimenea, mientras Georgia se dirigía directamente al mueble bar.

—¿Whisky para todos? —preguntó Georgia, ya alcanzando la licorera de cristal—. Todos podríamos usar un poco de ánimo.

Elizabeth aceptó el vaso de Georgia y se hundió en un sillón. A su lado, Meli bebió un sorbo de su bebida, haciendo una mueca cuando el líquido se asentó en su lengua, y rápidamente lo dejó a un lado.

William rompió el silencio, su voz baja. —Todavía no puedo creerlo.

Iggy asintió en señal de acuerdo, su mirada fija en las llamas parpadeantes.

—Este deporte no está exento de riesgos —comentó Georgia, vaciando su vaso—. Incluso los mejores jinetes no pueden controlarlo todo.

Elizabeth cruzó la mirada con Caroline. Las cejas de su cuñada se arquearon, reflejando su propia sorpresa ante la evaluación tan directa de Georgia.

La cabeza de Iggy se levantó de golpe. —Por el amor de Dios, Georgia, un hombre ha perdido la vida hoy.

El agarre de Georgia se tensó alrededor de su vaso, pero no levantó la mirada al dejarlo sobre la mesa. —Lo sé... estaba allí, ¿recuerdas?

Los ojos de Iggy se entrecerraron, el músculo de su mandíbula palpitaba mientras sus miradas se cruzaban.

—Sí, es triste, pero todos esos jinetes saben en lo que se están metiendo —sus hombros se desplomaron mientras exhalaba, su voz adquiriendo un tono áspero mientras continuaba—. Pero créeme, si Reggie Black hubiera podido elegir su forma de irse, habría sido esta.

El pecho de Iggy se expandía en ráfagas cortas y controladas, su postura anormalmente rígida y los ojos fijos en Georgia.

El silencio se extendió tenso como una cuerda de piano demasiado afinada.

La mirada de Elizabeth se movía entre Iggy y Georgia. Abrió la boca cuando un breve golpe en la puerta atrajo la atención de todos.

Pritchard cruzó la habitación con rápida precisión y se inclinó para susurrar al oído de Iggy. El cambio en el ambiente fue instantáneo: los hombros bajaron, las mandíbulas se relajaron. Momentos después, la puerta se abrió de par en par, y entró a grandes zancadas un hombre fornido de mediana edad, flanqueado por dos agentes de policía.

—Inspector Jefe Wainwright, ¿a qué debemos este inesperado placer? —El tono dulzón en la voz de Georgia hizo poco por disimular su disgusto.

—Solo algunas pesquisas rutinarias, Lady Fairfax —las palabras de Wainwright fueron cortantes, su bigote temblando.

Los ojos de Georgia destellaron. —Seguramente puede esperar. El pobre muchacho apenas ha tenido tiempo de recuperar el aliento desde... desde que ocurrió.

—Un hombre está muerto, Lady Fairfax —la voz de Wainwright se endureció—. Y mi trabajo es averiguar por qué.

—Reggie Black se cayó de su caballo. Simple y llanamente —la voz de Georgia se elevó, sus manos gesticulando enfáticamente—. Cientos de espectadores lo vieron ocurrir.

La mirada de Wainwright se deslizó hacia Iggy, su tono cambiando a uno de razonabilidad ensayada. —Con todo respeto, Lady Fairfax, la ley exige una investigación exhaustiva, independientemente de... conexiones —hizo una pausa, permitiendo que sus palabras calaran—. Como magistrado, Lord Fairfax, usted comprende la importancia de la imparcialidad. No querríamos que nadie pensara que se está... obstaculizando la justicia.

La mandíbula de Iggy se tensó, atrapado entre su esposa y sus deberes oficiales. —Por supuesto —respondió, sus ojos encontrándose con la mirada desafiante de Georgia.

—¿Dónde está el muchacho ahora? ¿En los establos? —Los ojos de Wainwright se entrecerraron, ya moviéndose hacia la puerta.

Iggy dio un paso adelante. —Sí. Te mostraré el camino.

—Mejor no, Lord Fairfax —el tono de Wainwright fue firme—. Su posición como magistrado... no querríamos comprometer la investigación, ¿verdad?

Elizabeth cruzó la mirada con William. —Quizás Lord Hawthorne debería acompañaros en su lugar. Después de todo, Alfie y su familia tienen fuertes conexiones con nuestra finca familiar.

—Totalmente de acuerdo —asintió William, su voz llevando un tono de autoridad—. Y Lady Elizabeth nos acompañará para llevar un registro de los procedimientos.

El labio de Wainwright se curvó. —Esto no es una visita social, Lord Hawthorne. Mis agentes son perfectamente capaces de tomar notas.

William se irguió. —Como magistrado, he comprobado que a menudo ayuda tener un registro imparcial.

La mandíbula de Wainwright se tensó. —Muy bien, Lord Hawthorne. Si usted y su secretaria están listos, soy un hombre muy ocupado.

Elizabeth se erizó ante la condescendencia de Wainwright. —Secretaria, por supuesto —murmuró, poniéndose al paso de su hermano.

Los labios de William se contrajeron con el fantasma de una sonrisa mientras guiaban el camino hacia los establos, con Wainwright y sus agentes siguiéndoles de cerca.

Tommy levantó la mirada desde su desgastado sillón cuando entraron en su modesto espacio de trabajo.

—¿Dónde está Tanner? —ladró Wainwright antes de que Tommy pudiera siquiera ponerse en pie.

Elizabeth se estremeció ante el tono del inspector, pero Tommy pareció imperturbable. —Pensé que sería mejor mantener ocupado al muchacho, señor. Está abajo en los establos, cuidando de los caballos.

Sin siquiera un gesto de reconocimiento, Wainwright giró sobre sus talones y marchó hacia los establos. Elizabeth intercambió una rápida mirada de desaprobación con William antes de seguirle, dejando a Tommy hundirse de nuevo en su sillón con un suspiro de cansancio.

Elizabeth notó que Alfie se ponía a la defensiva en cuanto vio a Wainwright. El cepillo de limpieza en su mano se detuvo, con el pelaje de Sir Gallant medio acicalado mientras Alfie se giraba para enfrentarse al Inspector Jefe.

La mirada de Wainwright recorrió a Alfie, desde sus botas salpicadas de barro hasta su pelo despeinado. —Menuda carrera la de hoy, ¿verdad, Tanner? Debes sentirte muy satisfecho contigo mismo.

La mirada de Alfie se dirigió a William, y luego de vuelta a Wainwright. Sus dedos se apretaron alrededor del cepillo. —Supongo…

—Debes estarlo —insistió Wainwright, acercándose más. El acre olor a tabaco le precedía—. ¿Vencer al gran Reggie Black? Eso no es una hazaña pequeña para un novato como tú.

El encogimiento de hombros de Alfie hizo poco por disimular la tensión en sus hombros. Sus dedos se flexionaron alrededor del mango del cepillo.

—Dime, Tanner —la voz de Wainwright adoptó un filo cortante—, ¿tú y Black os llevabais bien? Imagino que había cierta rivalidad entre vosotros dos.

La bota de Alfie golpeó la paja, su mirada fija en el suelo del establo. —No le conocía demasiado bien.

Elizabeth seguía cada movimiento de Wainwright, cada palabra y gesto alimentaba su silencioso análisis.

Los ojos de Wainwright brillaron mientras rodeaba a Alfie, su voz baja y amenazante. —Black tenía bastante reputación. Irritaba a la gente, ¿no es así? Imagino que eso te molestaba.

Los nudillos de Alfie se volvieron blancos alrededor del cepillo. —No prestaba atención a lo que decía.

—Vamos —Wainwright se acercó más, una mueca torciendo sus labios—. Un campeón como Black debía ser frustrante para un joven como tú, desesperado por demostrarse a sí mismo.

—No era así —la mandíbula de Alfie se tensó, un músculo pulsando bajo su piel.

Wainwright continuó presionando, su voz elevándose. —Los celos son algo poderoso, Tanner. ¿Es de eso de lo que estabais discutiendo? ¿Es por eso que le hiciste ese moratón en el ojo?

—Inspector Jefe —interrumpió Elizabeth, su tono afilado como el cristal cortado—. La lesión del Sr. Black fue el resultado de una disputa con el Sr. Archer, no con Alfie. Tenemos varios testigos que pueden confirmar esto.

—Respaldo la palabra de mi hermana, Wainwright —intervino William, su tono no admitía discusión—. Quizás sería más prudente seguir esa línea de investigación en su lugar.

El bigote de Wainwright se crispó mientras se volvía hacia Elizabeth, entrecerrando los ojos. —Parece que ha olvidado su libreta, Lady Elizabeth.

Elizabeth sostuvo su mirada sin pestañear, con un atisbo de sonrisa en sus labios. —Así es. Pero no se preocupe, mi memoria me sirve lo suficientemente bien, Inspector Jefe.

El Inspector Jefe se volvió hacia Alfie, sus ojos taladrando al joven jinete. —Tengo testigos que te vieron dando codazos a Black durante la carrera. ¿Quieres explicar tu conducta antideportiva?

La compostura de Alfie finalmente se quebró, su voz elevándose por la frustración. —¡Yo no... Reggie empezó! No dejaba de empujar a Diablo contra Sir Gallant, intentando descabalgarme. Tuve que detenerle.

El silencio cayó sobre el establo, roto solo por el suave relinchar de los caballos y el crujido de la paja bajo los pies. Elizabeth contuvo la respiración, el aire denso con acusaciones no pronunciadas.

—¿Empujaste deliberadamente a Reggie Black de su caballo, Tanner? —las palabras de Wainwright cortaron el aire como el chasquido de un disparo.

Alfie dudó, sus ojos moviéndose entre Elizabeth y William.

Las palabras de Wainwright cayeron como un toque a muerto. —Alfred Tanner, le arresto bajo sospecha del asesinato del Sr. Reginald Black.

La habitación pareció inclinarse, las palabras haciendo eco en el atónito silencio.

Alfie se tambaleó hacia atrás, el color desapareciendo de su rostro. Sus ojos encontraron los de Elizabeth, amplios y desesperados, mientras los agentes se acercaban.



Capítulo Nueve

LOS OJOS DE ALFIE, abiertos de par en par por la conmoción, saltaron entre Elizabeth y William mientras las palabras de Wainwright rebotaban en las paredes del establo. El joven jinete trastabilló hacia atrás, y su cepillo para caballos cayó al suelo con estrépito. —No —logró articular con voz ahogada. Los agentes se movieron con sombría eficiencia mientras se acercaban. Se estremeció, intentando apartarse, pero las manos de los agentes se cerraron sobre sus brazos, tan inflexibles como grilletes de hierro.

El confiado joven jinete que había cruzado la línea de meta del Grand National a toda velocidad había desaparecido. En su lugar había un muchacho aterrorizado, cuyos ojos se clavaron en William. —Lord Hawthorne, señor, tiene que creerme —suplicó Alfie, con las palabras saliendo atropelladamente en un desesperado torrente.

Elizabeth fijó su mirada en la cruel mordedura del metal contra las muñecas de Alfie. —Inspector Jefe, seguramente esto no es necesario.

El bigote de Wainwright se crispó mientras se volvía hacia ella. —El asesinato es un delito grave, Lady Elizabeth. No podemos arriesgarnos.

—Por el amor de Dios, Inspector Jefe. —La respiración de Elizabeth se entrecortó al hablar—. ¡No es un asesino! Apenas es

poco más que un niño.

Las fosas nasales de Wainwright se dilataron mientras se le escapaba una risa amarga. —Dígaselo a Harry Thornton.

—¿Harry Thornton? —repitió William.

—El dueño de la casa de empeños Thornton en el pueblo. —Wainwright señaló a Alfie con un dedo—. Este niño le atacó durante un robo. Le golpeó por la espalda, como un cobarde. El viejo Harry no supo qué le había golpeado.

La mirada de Alfie permanecía obstinadamente fija en el suelo, su cuerpo en tensión. Elizabeth lanzó una rápida mirada a William, arqueando ligeramente la ceja en señal de interrogación.

—Iremos justo detrás de vosotros a la comisaría. —William puso una mano en el hombro de Alfie, con un agarre firme—. Llegaremos al fondo de este asunto, Tanner. Tienes mi palabra.

Wainwright marchó hacia la casa, con la espalda rígida. Alfie caminaba arrastrando los pies detrás, con un agente a cada lado.

William tocó el brazo de Elizabeth. —Le preguntaré a Iggy si puede prestarnos un automóvil. No hay necesidad de molestar a Simmons.

Elizabeth asintió. —Iré a buscar mi bolso y mi abrigo.

Pasaron unos minutos antes de que un Aston Martin A3 azul marino doblara la esquina y se detuviera.

—El maldito Rolls tiene un pinchazo. —William salió, dejando escapar un silbido bajo y apreciativo mientras pasaba la mano sobre el elegante capó—. Iggy dijo que podíamos coger su pequeño, pero me advirtió que lo tratara como las joyas de la corona.

—¿No es una preciosidad? —La mano de Elizabeth flotó sobre el cromado mientras dirigía a su hermano una sonrisa persuasiva—. Por favor, William. Seré extremadamente cuidadosa, lo prometo. Iggy nunca lo sabrá.

La mirada de William pasó de los ojos suplicantes de Elizabeth al pulido salpicadero. —Muy bien —murmuró—. Pero por el amor de Dios, recuerda que estos caminos rurales no son Brooklands.

—De verdad, William, cualquiera pensaría que no confías en mí al volante. —Se deslizó en el asiento del conductor y sus dedos acariciaron el volante forrado en cuero.

El motor rugió mientras el coche avanzaba, la grava dispersándose bajo los neumáticos mientras seguían al Inspector Jefe. Los dedos de William se aferraron al borde de su asiento mientras el paisaje se desdibujaba en un vertiginoso torrente.

El Aston Martin se detuvo suavemente, el motor ronroneando mientras se asentaba. Elizabeth lanzó a William una mirada juguetona. —Ya puedes abrir los ojos.

William se alisó el cabello despeinado por el viento, con una sonrisa reticente dibujándose en su rostro. —Te juro que me dejarás completamente canoso antes de mi próximo cumpleaños.

Elizabeth se rio mientras subían las escaleras hacia la comisaría. —Llevas diciendo eso desde que tuve mi primer automóvil.

El sargento de guardia les observó un momento antes de desaparecer por un pasillo.

Elizabeth sintió la impaciencia de William a su lado, sus dedos tamborileando contra el mostrador mientras esperaban.

Tras lo que pareció una eternidad, el sargento regresó, su expresión indescifrable. —El Inspector Jefe está ocupado, pero os atenderá cuando pueda. Podéis esperar o volver mañana.

—Gracias, Sargento. —Miró a su alrededor, el espacio escueto y utilitario —los duros bancos de madera, las ventanas con barrotes—, el aire cargado con el aroma de tinta y tabaco rancio que le hizo arrugar la nariz.

Guiando a William hacia uno de los bancos, se inclinó hacia él, bajando la voz. —Sospecho que al Inspector Jefe no le agrada que los forasteros le digan cómo hacer su trabajo.

El ceño de William se frunció mientras se acomodaba en la tira de madera. —En efecto, ciertamente parece ser así.

La puerta del despacho de Wainwright se abrió de golpe. El detective salió, con el rostro contraído en una mueca de enfado. —

Lord Hawthorne, Lady Elizabeth. —Su voz era baja y áspera—. Todavía aquí, por lo que veo.

Entregó un montón de papeles a un agente, volviendo su atención hacia ellos. —Con todo el respeto, Lord Hawthorne. Sé por qué estáis aquí, pero quiero ser claro. No permitiré que un par de aristócratas de Londres piensen que pueden entrometerse en mi investigación o decirme cómo hacer mi trabajo.

Elizabeth se irguió, su sonrisa fría y serena mientras sostenía la mirada de Wainwright. —Por supuesto que no, Inspector Jefe. Un hombre con su experiencia no necesita instrucciones. —Sus ojos color avellana permanecieron firmes—. Pero los padres de Alfie han trabajado para nuestra familia durante años. Les debemos asegurarnos de que sea tratado con justicia.

La mandíbula de Wainwright se tensó, con un destello de irritación en sus ojos. —Muy bien. —Su voz sonó tensa—. Pero no penséis ni por un momento que vuestro rango cambiará el resultado.

A su lado, William se movió, con la tensión ondulando a través de su postura. Antes de que pudiera hablar, Elizabeth colocó una mano ligera sobre su brazo, su voz suave como la seda. —No se nos ocurriría, Inspector Jefe. Estamos aquí como observadores, nada más.

Los ojos de Wainwright se entrecerraron, su mandíbula crispándose, pero tras una pausa, inclinó la cabeza hacia el despacho. —Entonces seguidme.

Los hermanos intercambiaron una mirada rápida, cargada de palabras no pronunciadas, antes de seguir al detective.

Wainwright abrió bruscamente la puerta de la sala de interrogatorios. Elizabeth se deslizó tras él, con William pisándole los talones. Sus ojos se dirigieron rápidamente hacia Alfie, su figura menuda encorvada sobre la mesa marcada, con un agente acechando cerca.

Bajándose a la silla frente a Alfie, Wainwright dirigió una mirada hacia Elizabeth y William, y luego espetó al agente: —Sillas.

—Bien, Tanner. —La voz de Wainwright fue directa al grano—. Hablemos de tu historia con Black.

Los dedos de Alfie se retorcieron juntos, con los nudillos blancos mientras su mirada permanecía fija en la mesa. —Él siempre... siempre iba a por mí. No paraba de decir... que no valía nada. Me dijo... me dijo que me largara, que volviera de donde había venido. —Sus ojos se desviaron hacia William antes de bajar de nuevo—. Dijo... dijo que solo estaba aquí porque algún noble se apiadó de mí. —Tragó saliva con dificultad—. Sin ofender, Lord Hawthorne.

William inclinó la cabeza, su rostro sin revelar nada.

La silla de Wainwright crujió mientras se inclinaba hacia delante, taladrando a Alfie con la mirada. —¿Y durante la carrera? Los testigos dicen que estabas empujando a Reggie.

Los dedos de Alfie se curvaron en puños. —Eso no es... No fue así, señor. Reggie no dejaba de forzar a Diablo contra Sir Gallant. Se apoyaba en mí, intentando descabalgarme.

—No es lo que dijeron mis testigos. —La voz de Wainwright cortaba como un cuchillo.

—Están mintiendo —replicó Alfie, apretando la mandíbula.

Las cejas de Wainwright se arquearon. —¿Todos ellos? ¿Por qué harían eso?

—¿Y yo qué sé? —La voz de Alfie se quebró—. Pero eso no es lo que pasó.

—Así que me estás diciendo —las palabras de Wainwright goteaban sarcasmo— que toda esta gente está mintiendo y que tú no empujaste a Reggie Black?

—No... sí... —tartamudeó Alfie, con la cara enrojecida.

Wainwright se lanzó, elevando la voz. —¿Sí? ¿No? ¿Qué es? ¿Sí, empujaste a Reggie Black de su caballo? ¿No, los testigos no mienten?

—No... no puedo... —Los ojos de Alfie recorrieron frenéticamente la habitación, su respiración entrecortada—. Me está confundiendo.

Elizabeth contuvo la respiración. Sus ojos se desviaron hacia William, encontrando su mandíbula apretada, su expresión

inescrutable. Pobre Alfie, estaba hundiéndose ante el ataque de Wainwright.

—¿Te resulta difícil mantener la coherencia en tus mentiras, Tanner? —El labio de Wainwright se curvó. Agitó la mano, descartando las palabras de Alfie.

—No estoy mintiendo. —El puño de Alfie se golpeó contra la palma de su mano—. Ya le dije, Reggie me estaba empujando, forzando a su caballo contra Sir Gallant... Fue él, no yo.

Wainwright se inclinó hacia delante, su voz baja y amenazante. —Admítelo. Reggie tenía razón: estabas fuera de tu elemento. ¿Un chico como tú montando en el National? ¿Dijo algo que te hizo perder los estribos, que te hizo empujarle?

—No, yo...

—Ahórratelo. —Wainwright le interrumpió—. Tienes motivo, medios y oportunidad para deshacerte de Reggie, para ganar la carrera. Todas las piezas encajan.

Mientras Wainwright continuaba presionando, los hombros de Alfie se tensaron, sus ojos destellaron con desafío. —Le estoy diciendo que no lo hice...

Los dedos de Elizabeth se clavaron en el brazo de William, sus ojos suplicándole silenciosamente que interviniera.

—Inspector Jefe, el chico claramente necesita un descanso.

—¿Para inventar más mentiras? Esto es una investigación por asesinato, Lord Hawthorne, no un té de la tarde.

Un golpe seco silenció la sala. —¡Adelante! —ladró Wainwright.

Un agente entró y se inclinó para susurrar al oído del detective. Los ojos de Wainwright se iluminaron, una sonrisa lobuna se extendió por su rostro mientras arrebataba un montón de papeles de las manos del agente.

Los dedos de Wainwright volaron a través de los documentos, su mirada saltando entre ellos. Con un gruñido satisfecho, los golpeó sobre la mesa, extendiéndolos para que todos los vieran.

Elizabeth contuvo la respiración. Fotografías. Imágenes claras e incriminatorias de Sir Gallant presionando contra Diablo, el brazo de

Alfie extendido hacia Reggie.

—Vaya, vaya, Tanner. —La voz de Wainwright rezumaba satisfacción. Clavó un dedo nudoso en las fotografías—. ¿Te importaría explicar estas?

La mirada de Alfie saltó de Elizabeth a William, su cara drenada de todo color. El estómago de Elizabeth se retorció mientras las condenatorias fotos le devolvían la mirada.

—Alfred Tanner, quedas arrestado por el asesinato de Reginald Black —dijo Wainwright fríamente, sus ojos duros. Un rápido asentimiento al agente—. Lléveselo abajo.

—¿Es realmente necesario encerrarlo, Inspector Jefe? Seguramente puede quedarse bajo la supervisión de Lord Fairfax mientras la investigación procede. No hay necesidad de esto.

Wainwright apenas le dedicó una mirada, su expresión dura. —Esto no es un cargo menor, Lord Hawthorne. Usted, más que nadie, debería saberlo. El muchacho está acusado de asesinato, no de allanamiento. Se queda donde puedo vigilarle.

—Resolveremos esto, Tanner... aguanta ahí.

El agente sujetó a Alfie, pero sus ojos desesperados nunca dejaron a Elizabeth. Ella intentó hablar, pero las palabras no salieron. Todo lo que pudo hacer fue observar cómo se lo llevaban.

Sacudiéndose la sensación de hundimiento, Elizabeth volvió su atención a las fotos esparcidas sobre la mesa. Su mirada se detuvo en las imágenes. —Estas fotos no prueban nada. —Señaló una, con voz tensa—. Diablo está fuera de control, forzando a Sir Gallant a salirse de su rumbo en varias de ellas. Si algo causó la caída del señor Black, yo diría que fue Diablo.

El bolígrafo de Wainwright flotaba, golpeando ligeramente el borde de su bloc de notas. —Tanner es un problema. Era solo cuestión de tiempo antes de que acabara tras las rejas. —Dejó el bolígrafo, lenta y deliberadamente—. Y si ciertas personas no se hubieran entrometido, ya estaría encerrado por lo que le hizo al viejo Harry Thornton, y Black seguiría vivo.

—¿Harry Thornton? —Elizabeth mantuvo su voz uniforme—. Me temo que no conocemos ese nombre, Inspector Jefe.

La mirada de Wainwright se clavó en ella. —No me sorprende. Lady Fairfax parecía bastante interesada en mantenerlo en secreto. —Se inclinó hacia delante, con voz baja—. Hace unos meses, Tanner entró a robar en la casa de empeños de Thornton. El viejo Harry le pilló, y el chico le golpeó por detrás antes de escapar.

El agarre de William se tensó en el borde de la mesa. —¿Y el estado del señor Thornton?

Los labios de Wainwright se apretaron en una fina línea. —Pasó unos días en el hospital, pero podría haber sido mucho peor si su hijo no lo hubiera encontrado.

Los labios de Elizabeth se entreabrieron con sorpresa. —Eso no suena como Alfie. ¿Está seguro de que su testigo no se equivocó?

—Sam Thornton le vio claro como el día. Le conoce de los establos de Fairfax —replicó Wainwright.

—Si estaba tan convencido de la culpabilidad de Alfie, ¿por qué no le acusó? —preguntó William.

Los ojos de Wainwright se desviaron hacia las fotos sobre la mesa. —Presiones desde arriba. Me dijeron que lo dejara correr.

El ceño de Elizabeth se arrugó. —¿Está insinuando que Lord y Lady Fairfax tuvieron algo que ver con esto?

Wainwright se encogió de hombros, apenas mirándola. —Interprete lo que quiera. —Se puso en pie, su expresión ilegible—. Ahora, si me disculpan, algunos tenemos trabajo de verdad que hacer.

El bullicio de la comisaría se desvaneció cuando salieron, el peso de las palabras de Wainwright flotando entre ellos.

Sin decir palabra, Elizabeth se dirigió al lado del pasajero del Aston Martin, con los hombros caídos. William se deslizó tras el volante, el suave ronroneo del motor llenando el silencio.

—¿Qué pasa con Alfie ahora?

El agarre de William se tensó en el volante. —Se quedará aquí hasta que se reúnan las Assizes de Liverpool.

—¿Cuándo será eso? —Elizabeth se volvió hacia su hermano, escudriñando su rostro.

—Una semana, más o menos. Depende de su agenda.

Continuaron en silencio, los caminos rurales pasando inadvertidos para Elizabeth mientras las acusaciones de Wainwright resonaban en su mente. La voz de William interrumpió sus pensamientos.

—Haré algunas llamadas telefónicas por la mañana. Necesitamos planear la defensa de Alfie y encontrar un buen abogado. —Sus ojos se desviaron hacia Elizabeth.

Ella se volvió hacia él. —¿Qué opinas de las afirmaciones de Wainwright sobre Alfie y ese señor Thornton?

—Iggy mencionó que Alfie tuvo problemas para adaptarse cuando llegó por primera vez. Pero después de que Tommy le tomara bajo su protección, pareció encontrar su camino.

Elizabeth recordó la mandíbula apretada de Alfie y su mirada feroz cuando se enfrentó a Reggie en los establos. —¿Realmente crees que Alfie entraría a robar en una tienda y atacaría al dueño?

—Normalmente, diría que no. —Exhaló lentamente—. Pero viendo cómo reaccionó al interrogatorio de Wainwright, supongo que si Alfie se sintiera acorralado, podría haber respondido violentamente.

El estómago de Elizabeth se retorció. Alfie no era violento por naturaleza, pero atrapado, podría actuar precipitadamente. ¿Habría sido ese el caso durante la carrera?

Mientras Rosewood Park se alzaba ante ellos, Elizabeth contemplaba el paisaje que pasaba, su mente bullendo con preguntas. Cada una la acercaba más a una inquietante posibilidad: ¿sería Alfie culpable?



Capítulo Diez

EL SILENCIO CUBRÍA COMO una manta el saloncito de Rosewood Park, interrumpido solo por el ocasional tintineo de una cucharilla de plata contra una taza de porcelana. La mirada de Elizabeth recorrió los rostros sombríos alrededor de la mesa del desayuno, un sombrío recordatorio de cómo la muerte de Reggie y el posterior arresto de Alfie habían trastocado su mundo.

Las tostadas sin tocar se enfriaban en platos con bordes dorados, y los arenques a medio comer se habían congelado, con su aroma antes tentador ahora rancio y poco apetitoso. Incluso Meli, cuya energía vibrante solía infundir calidez a cualquier habitación, estaba sentada rígidamente en su silla. Sus hombros se encorvaban hacia delante mientras jugueteaba distraídamente con una servilleta, con la mirada fija en algún punto distante más allá de la mesa. Frente a ella, la mandíbula de William se tensaba y destensaba mientras miraba sin ver su desayuno abandonado, mientras que las manos de Caroline se aferraban con fuerza a su taza de té, su mirada pasando ansiosamente entre su marido y los demás.

El pesado silencio se prolongó, roto solo por una tos discreta desde la puerta que atrajo la atención de todos. Pritchard se mantenía firme como una vara, su rostro habitualmente impasible dejaba entrever un atisbo de disculpa por la interrupción.

—Mi señor —se dirigió a William, con voz baja y mesurada—. Hay una llamada telefónica para usted, señor. El interlocutor insistió en que era muy urgente.

La expresión de William se endureció. Miró a Caroline antes de apartar su silla. —Muy bien, Pritchard. Voy enseguida.

Al pasar, la mano de William apretó brevemente el hombro de su esposa, un gesto fugaz de tranquilidad. Elizabeth observó cómo se retiraba su hermano, notando la ligera inclinación de su postura habitualmente impecable, que revelaba la tensión de los acontecimientos recientes.

La puerta se cerró tras él, dejando la habitación en un estado de inquietud aún más pronunciado. Elizabeth cruzó la mirada con Meli al otro lado de la mesa, viendo sus propias preguntas reflejadas en la mirada preocupada de su prima. ¿Quién podría estar llamando a esta hora? Su mente se dirigió inmediatamente a Alfie. ¿Le habría pasado algo?

Como si leyera sus pensamientos, Iggy se inclinó ligeramente hacia delante. —Estoy seguro de que es algo relacionado con el trabajo de William. Probablemente algún asunto judicial urgente que requiere su atención. Con la tensión económica después de la guerra, el crimen ha ido en aumento, dejando a los magistrados particularmente ocupados.

Elizabeth asintió. —Seguro que tienes razón, pero no puedo evitar preocuparme por Alfie. —Su mirada recorrió los rostros en la mesa—. El Inspector Jefe Wainwright parece tener tal aversión por cualquiera con título que no estoy segura de si nuestra intervención podría ser más un estorbo que una ayuda.

Las cejas de Iggy se alzaron. —¿Tú también lo has notado, verdad? Pensaba que solo era a mí a quien había cogido manía.

—Oh, no eres solo tú, cariño —intervino Georgia, con sus ojos verde mar brillando—. Ese hombre parece tener un verdadero complejo con todo. No permita el cielo que alguien haya tenido la osadía de nacer en un entorno privilegiado... o de ser mujer, ya puestos.

Los hombros de Elizabeth se hundieron mientras exhalaba, su aliento cargaba con el peso de sus preocupaciones. —No es solo su desdén por la aristocracia lo que me preocupa. —Su mirada recorrió los rostros alrededor de la mesa—. Me inquieta más su prejuicio contra Alfie. Me temo que está viendo juego sucio donde no existe.

Se inclinó hacia delante. —¿Sabéis qué ocurrió entre Alfie y el señor Thornton? Wainwright parece convencido de que Alfie le atacó durante un robo, pero si eso fuera cierto, ¿no habría sido encarcelado Alfie?

Iggy exhaló lentamente, fijando su mirada en algún punto distante más allá de la ventana. —Wainwright visitó Rosewood Park para interrogar a Alfie sobre el incidente. Pero como no hubo consecuencias, supuse que carecía de pruebas creíbles. —Hizo una breve pausa—. O quizás Sam Thornton había retirado su declaración.

Georgia dejó escapar un suave resoplido. —Yo no daría demasiado crédito a nada de lo que diga Sam Thornton. —Miró a Elizabeth—. La reputación de ese hombre es más turbia que la arboleda de olmos detrás de nuestros establos. No me sorprendería que se hubiera dado cuenta de su error una vez que se le pasó la borrachera.

Las cejas de Elizabeth se arquearon ante la franca evaluación de Georgia. —¿Crees que podría haber estado intoxicado cuando hizo la acusación?

—No sería la primera vez —respondió Georgia con naturalidad—. Sam Thornton tiene cierta reputación por excederse en la taberna local, si entiendes a lo que me refiero.

Elizabeth se quedó inmóvil, asimilando las palabras de Georgia. Las piezas del rompecabezas comenzaron a moverse en su mente, proyectando las acciones de Wainwright bajo una nueva luz. Su afirmación de haber recibido presiones desde arriba para abandonar la investigación de Thornton ahora sonaba hueca. ¿Podría ser que el Inspector Jefe simplemente careciera de pruebas? Dado lo que Georgia acababa de revelar sobre los hábitos de bebida de Sam

Thornton y su cuestionable fiabilidad, parecía más probable que Wainwright simplemente no hubiera tenido suficientes evidencias para proceder.

El pensamiento la inquietaba. Si Wainwright había tergiversado sus razones para abandonar esa investigación, ¿qué más podría estar retorciendo para encajar en su narrativa? ¿Estaba tratando de presentar el accidente de Black como un asesinato para incriminar a Alfie porque no había logrado asegurar una condena por el ataque a Harry Thornton?

Frunció el ceño al considerar las implicaciones. Parecía haber muchas más preguntas en torno a ambos casos de lo que inicialmente había creído.

La puerta crujió al abrirse, y William reapareció, con los hombros tensos bajo su chaqueta. Elizabeth notó la tensión en su mandíbula y cómo sus dedos tamborileaban contra su muslo —señales reveladoras de su inquietud.

Caroline alisó su servilleta, sus ojos escrutando el rostro de su marido. —¿Está todo bien, William?

—Me temo que me han llamado de vuelta a Londres por un asunto judicial urgente. —Suspiró, pellizcándose el puente de la nariz—. Parece que hay un caso bastante complejo que requiere atención inmediata.

—Ah, las exigencias del deber. No esperan a nadie, desafortunadamente. —Iggy ofreció a William una sonrisa comprensiva—. Estoy seguro de que no te habrían llamado si no fuera absolutamente necesario.

—Seguro que tienes razón.

—¿Cuándo te marcharás? —preguntó Georgia.

—En el próximo tren, me temo. Ya le he pedido a Pritchard que haga los preparativos necesarios.

Poniéndose de pie, Elizabeth se volvió hacia Georgia. —Quizás una de las doncellas podría ayudar con el equipaje.

William levantó una mano. —En realidad, Elizabeth, preferiría que te quedaras hasta que este asunto con Alfie se resuelva. Y Meli

también, por supuesto. —Sus ojos se encontraron con los de ella, transmitiendo una súplica no expresada—. Estoy seguro de que a Iggy y Georgia no les importará.

Elizabeth dudó, mirando entre Iggy y Georgia. —No quisiéramos imponernos.

—Tonterías, ambas sois bienvenidas a quedaros todo el tiempo que necesitéis. Tenemos habitaciones de sobra. ¿No es así, querida? —preguntó Iggy.

La sonrisa se desvaneció brevemente de los labios de Georgia antes de que rápidamente se recompusiera. —Claro... por supuesto, cariño.

Elizabeth captó el titubeo en la sonrisa de Georgia, una ondulación momentánea en la cálida hospitalidad de Rosewood Park. Guardó esa observación mientras Caroline se levantaba de su silla.

La mirada de Caroline pasó de William a los demás. —Debería preparar nuestra partida. Elizabeth, Meli, ¿os importaría ayudar?

Elizabeth asintió, respondiendo por ambas.

Cuando se acercaban a la puerta, William se aclaró la garganta. —Iggy, ¿podría usar tu teléfono? Tengo algunas llamadas que hacer antes de irnos.

Iggy hizo un gesto hacia el pasillo. —Sírvete tú mismo.

El grupo se dispersó, pero los dedos de William rozaron el codo de Elizabeth mientras salían de la habitación.

—¿Una palabra? —murmuró, con expresión grave.

Elizabeth miró a Meli y Caroline. —Id vosotras. Me uniré en breve.

Meli arqueó una ceja interrogante antes de continuar escaleras arriba con Caroline.

William la guió a un rincón apartado, con la postura rígida. —La situación de Alfie...

—No te preocupes, me aseguraré de que Wainwright lleve a cabo una investigación justa. Pero hay algo más que me preocupa... Según Georgia, el testigo del Inspector Jefe en la agresión a

Thornton no es particularmente creíble, lo que me hace cuestionar si Alfie estuvo realmente involucrado.

Una arruga se formó entre las cejas de William mientras consideraba sus palabras. —Quizás podrías investigarlo mientras estoy fuera. —Hizo una pausa antes de dejar escapar un suspiro—. Espero que este caso ocupe la mayor parte de mi tiempo, pero si necesitas algo, envíame un mensaje. Te ayudaré como pueda.

Elizabeth inclinó la cabeza en señal de acuerdo. —Tienes mi palabra.

William puso una mano en su hombro, su mirada firme y seria. —Sé que te estoy pidiendo mucho, Elizabeth. El mundo de las carreras puede ser un lugar peligroso, lleno de personajes desagradables y actividades ilícitas. Solo prométeme que tendrás cuidado.

Una sonrisa irónica tiró de las comisuras de los labios de Elizabeth. —¿Acaso no lo soy siempre?

William rió suavemente, sacudiendo la cabeza. —Puede que sí, pero los problemas parecen tener una habilidad especial para encontrarte.

El resto de la mañana transcurrió en un torbellino de actividad mientras William y Caroline se preparaban para su viaje de regreso a Londres.

Elizabeth abrazó a Caroline y luego a William, las palabras de precaución de su hermano aún resonando en sus oídos. Con un último saludo del grupo reunido, su hermano y su cuñada subieron al Rolls-Royce. Todos observaron cómo Simmons dirigía el vehículo por el largo camino de entrada, la carrocería plateada pronto desaparecía tras una hilera de robles centenarios.

Mientras regresaban al interior, la mente de Elizabeth se dirigió a la investigación que tenía por delante, las palabras de Georgia sobre Sam Thornton persistían en sus pensamientos.

—Meli —dijo, enlazando su brazo con el de su prima mientras subían las escaleras—, ¿estarás bien aquí sola esta tarde? Necesito hacer una visita a la comisaría.

—Por supuesto —aceptó Meli—. Y además, Georgia se ha ofrecido a enseñarme a montar a caballo.

Elizabeth asintió, su mente ya anticipándose a su visita a la comisaría. Una vez de vuelta en el dormitorio, Elizabeth ajustó su sombrero cloche color melocotón frente al espejo antes de asegurarlo con un alfiler con punta de perla. Sus ojos se encontraron con su reflejo, determinación de acero brillando bajo el ala bordada.

Alisó los pliegues de su vestido de día con cintura baja, un crepé de lana ligera en un suave verde salvia que resaltaba los destellos verdes en sus ojos avellana.

Meli se tumbó sobre la cama, con la barbilla apoyada en sus manos. —¿Estás segura de que no quieres que te acompañe a la comisaría?

—Creo que es mejor que vaya sola esta vez —dijo Elizabeth, sus ojos encontrándose con los de Meli en el espejo mientras aplicaba cuidadosamente un toque de pintalabios color rosa.

Meli se incorporó en la cama. —¿Estás segura? Podría posponer mi clase de equitación. Estoy segura de que Georgia lo entendería.

Elizabeth se volvió hacia su prima con una sonrisa agradecida. —Es muy amable por tu parte ofrecerte, pero creo que es mejor que vaya sola. Por lo que he visto del Inspector Jefe Wainwright, su aversión hacia las mujeres parece estar a la par de sus sentimientos hacia la aristocracia.

Tapó su pintalabios, captando el reflejo de Meli. La emoción había desaparecido del rostro de su prima. —¿Meli? ¿Qué ocurre?

Meli se mordió el labio. —¿Crees que la tía Beatrice estará terriblemente enfadada por el arresto de Alfie?

Elizabeth hizo una pausa para reflexionar sobre la pregunta de su prima antes de deslizar su pintalabios dentro de su bolso de mano de cuero crema. —Estará molesta por el escrutinio público, ciertamente. Pero la tía Beatrice ha capeado su buena parte de temporales a lo largo de los años. —Cerró el bolso con un chasquido decisivo—. En última instancia, creo que estará más preocupada por

el destino de Alfie y la inquietud que debe estar causando a sus pobres padres.

—Al menos Caroline estará con ellos en un día o dos para ofrecer su apoyo —dijo Meli, su rostro iluminándose.

Elizabeth asintió, sus ojos se suavizaron al mencionar a su cuñada. —Muy cierto, y Caroline tiene un don para saber exactamente qué hacer en momentos difíciles. Estoy segura de que su presencia será un gran consuelo tanto para la tía Beatrice como para los Tanner.

Ajustó el pañuelo de seda anudado suavemente en su garganta, su diseño una mezcla de tonos salvia y melocotón en un motivo art decó de moda. Con una última mirada al espejo, Elizabeth se dirigió hacia la puerta.

—Meli —llamó Elizabeth, con la mano en el pomo de la puerta—. Disfruta de tu clase de equitación e intenta no meterte en problemas mientras estoy fuera.

La risa de Meli resonó, brillante y clara. —¡Haré lo posible, pero no prometo nada!

Elizabeth sacudió la cabeza, una sonrisa tiraba de sus labios a pesar de sus preocupaciones. Respiró hondo, preparándose para la tarea que tenía por delante.



Capítulo Once

ELIZABETH DETUVO SUAVEMENTE EL Aston Martin de Iggy frente a la comisaría de Aintree. Cuando el motor se silenció, el bullicio de Aintree se hizo notar: los cascos de los caballos repiqueteaban sobre los adoquines, los vendedores de periódicos voceaban titulares y un tren de vapor silbaba en la distancia. Elizabeth ajustó su sombrero cloche en el espejo retrovisor, se aplicó una nueva capa de pintalabios y alcanzó la manilla de la puerta.

Arrugó la nariz ante el hedor a humo de tabaco rancio al entrar en la comisaría. Los olores penetrantes de tinta y sudor impregnaban la neblina. Las máquinas de escribir traqueteaban con un ritmo impaciente. Los estridentes timbres de los teléfonos perforaban el aire, compitiendo con las bruscas órdenes de un sargento.

Se acercó al mostrador de recepción. Un corpulento agente montaba guardia, con los ojos fijos en una pila tambaleante de papeles, aparentemente ajeno al clamor de los teléfonos que sonaban y las conversaciones apagadas que llenaban la comisaría.

Miró el reloj de pared, cuyo constante tictac subrayaba su urgencia.

La cabeza del hombre se levantó bruscamente. —¿Puedo ayudarla, señorita?

Elizabeth encontró su mirada. —Buenas tardes, agente. Me gustaría ver al señor Alfie Tanner, si es tan amable.

El ceño del agente se arrugó, con un músculo crispándose en su mandíbula. —Me temo que eso no será posible, señorita. Las instrucciones del inspector jefe Wainwright fueron claras: ninguna visita para el muchacho.

Elizabeth sopesó sus opciones rápidamente. Necesitaba hablar con Alfie, pero enemistarse con este hombre no le ayudaría. Se inclinó ligeramente, bajando la voz. —Lo entiendo, pero es bastante urgente. Seguramente podríamos hacer una excepción, ¿no cree?

El agente dudó, tamborileando con los dedos sobre el escritorio. Sus ojos se desviaron de Elizabeth al pasillo y de vuelta. —Yo... no estoy seguro de poder...

—Le prometo que no me quedaré mucho tiempo —insistió Elizabeth, sin apartar la mirada de su rostro.

La lucha interna del hombre se reflejó en su cara. Finalmente, suspiró, inclinándose hacia ella. —Cinco minutos. Por la parte trasera. Que nadie la vea.

Elizabeth salió discretamente, con pasos rápidos pero medidos mientras se dirigía a la parte trasera de la comisaría. La quietud del callejón la inquietaba después del clamor del interior, cada momento que pasaba parecía más largo que el anterior.

Esperó, aguzando el oído: una risa lejana, el rugido de un automóvil que pasaba. Justo cuando la duda comenzaba a invadir su mente, un chirrido metálico rompió el silencio.

La puerta se abrió una rendija. El agente atisbó, sin rastro de su anterior bravuconería. —Cinco minutos —murmuró, haciéndola pasar con una rápida mirada por encima de su hombro.

El agente condujo a Elizabeth por un pasillo corto y tenuemente iluminado. El aire se volvía más fresco y húmedo mientras descendían por una estrecha escalera, intensificándose el olor a moho y sudor con cada paso.

Al llegar al fondo, entraron en una pequeña sala con tres celdas de barrotes de hierro. Una única bombilla proyectaba una pálida luz

sobre el suelo gris, apenas alcanzando los rincones sombríos. De una de las celdas provenía el suave sonido de alguien moviéndose sobre un banco de madera.

El agente se detuvo frente a la celda del medio, con un tintineo de llaves mientras abría la puerta. —Recuerde, cinco minutos —murmuró, abriéndola de par en par.

La cabeza de Alfie se levantó de golpe, con los ojos muy abiertos. —Lady Elizabeth. —Una sonrisa momentánea cruzó su rostro, relajando visiblemente sus hombros encorvados.

Ella se acomodó en el banco frente a él, observando su ropa arrugada y las oscuras manchas bajo sus ojos. Sus dedos jugueteaban con el borde deshilachado de su jersey, delatando su ansiedad.

—¿Cómo lo estás llevando, Alfie? —preguntó Elizabeth con suavidad.

La mirada de Alfie se dirigió hacia la puerta antes de volver a ella. Se encogió de hombros, con una sonrisa forzada que no llegaba a sus ojos. —Ya me conoce, Lady Elizabeth. Duro como el acero, yo. —Su mirada se deslizó por encima del hombro de ella, escudriñando el espacio detrás.

—¿No está Lord Hawthorne con usted?

Elizabeth negó con la cabeza. —Me temo que tuvo que regresar a Londres esta mañana por un asunto urgente.

Alfie pareció encogerse ante sus ojos.

—Pero no te preocupes —añadió Elizabeth rápidamente—. Te aseguro que seguimos haciendo todo lo posible para limpiar tu nombre. Y Lord Hawthorne está a solo una llamada telefónica de distancia, si lo necesitamos.

Él tragó saliva, delatándose por la sutil tensión en su cuello.

El corazón de Elizabeth se encogió mientras lo estudiaba. Apenas era más que un muchacho, esforzándose tanto por actuar como un hombre. Pero su falsa bravuconería no podía ocultar del todo el miedo en sus ojos o el temblor en sus manos. ¿Entendía realmente lo que estaba en juego?

Apartó ese pensamiento sombrío, negándose a dejar que su mente vagara por ese oscuro sendero.

Se acercó más, fijando su mirada en la de él. —Alfie, necesito que me cuentes de nuevo la carrera.

Los hombros de Alfie se hundieron, pero antes de que pudiera protestar, Elizabeth continuó, con voz suave pero firme. —Sé que debe ser tedioso seguir repasándolo, pero hasta el detalle más pequeño podría resultar crucial.

Alfie respiró hondo, con la mirada fija en una mancha del sucio suelo. —Empezó bastante bien. Luego Reggie comenzó a acorralarme, empujando a Diablo justo contra Sir Gallant.

Hizo una pausa. El sudor perlaba su frente. —Los caballos estaban todos muy apiñados. No había mucho espacio para moverse. Seguí buscando un hueco... para liberarme del grupo.

Elizabeth se removió en el banco, con el ceño fruncido mientras escuchaba.

—Pero Reggie no cedía. —La voz de Alfie se tensó—. Seguía viniendo hacia mí, empujando... tratando de derribarme. Intenté alejarlo... pero seguía acercándose.

La mirada de Alfie se encontró con la de Elizabeth, sus ojos distantes por el recuerdo. —Finalmente me alejé de él. Diablo pareció retrasarse un poco. Yo... miré por encima de mi hombro. —Exhaló temblorosamente—. Todo sucedió tan rápido... pero él no cayó por mi culpa. De verdad, no fue por mí.

Elizabeth reflexionó sobre el relato de Alfie. Su descripción pintaba un claro panorama de un trágico accidente, no de un asesinato. Se preguntaba por qué el inspector jefe Wainwright parecía tan decidido a llevar adelante este caso contra Alfie. Tenía que haber algo más.

—Alfie, ¿se te ocurre alguna razón por la que el inspector jefe esté tan en tu contra? —preguntó, con voz baja para que el agente no la oyera.

Alfie se removió. —Es por lo que pasó en la tienda de Thornton.

Elizabeth ladeó la cabeza. —¿La tienda de Thornton? ¿Puedes contarme qué ocurrió?

Alfie hizo una pausa, sus dedos jugueteando con el puño de su manga.

Elizabeth se acercó más. —Alfie, si voy a ayudarte, tienes que decirme la verdad.

Inspiró profundamente. —Wainwright está convencido de que entré a robar y agredí al señor Thornton. Pero le juro que no fui yo, Lady Elizabeth.

—Cuéntame qué pasó —le animó Elizabeth.

—A veces ayudo al señor Thornton con trabajos ocasionales —explicó Alfie—. Esa noche estaba allí hasta tarde, moviendo algunas cosas que Sam, su hijo, había encargado. —Sus hombros se movieron ligeramente, un destello de vacilación cruzando su rostro —. Luego... a la mañana siguiente, Wainwright irrumpió en Rosewood Park. Afirmó que un testigo me había visto salir corriendo de la tienda, y que el señor Thornton fue encontrado dentro, golpeado.

Elizabeth asimiló la nueva información. —¿Y qué hay de Sam Thornton? ¿Qué sabes de él?

La expresión de Alfie se agrió. —Sam no es más que problemas. Siempre está peleando con su padre por dinero.

—¿Alguna vez estas peleas han llegado a los golpes? —indagó Elizabeth.

Los labios de Alfie se separaron para responder, pero la voz del agente interrumpió. —Se acabó el tiempo, señorita.

Mientras se ponía de pie, Elizabeth dio un último apretón reconfortante al hombro de Alfie. Sus dedos se aferraron a los de ella por un momento, sus ojos suplicándole silenciosamente que no se fuera.

Elizabeth inclinó la cabeza, su mirada tranquilizadora. —Mantén la barbilla alta, Alfie. Pronto llegaremos al fondo de esto, te lo prometo.

Elizabeth emergió a la tarde, el aire fresco barriendo el persistente hedor que había impregnado cada rincón de la celda

policial. El metálico estruendo de los cerrojos tras ella subrayaba la urgencia de su tarea.

El relato de Alfie aún pesaba mucho en su mente mientras se dirigía calle abajo, con la vista puesta en la casa de empeños de Thornton.

La desaliñada fachada de la Casa de Empeños y Curiosidades Thornton saludó a Elizabeth en la concurrida calle principal. Los polvorientos escaparates mostraban una ecléctica variedad: un viejo gramófono, un juego de té de plata deslucido y antiguos relojes de bolsillo que captaron su atención. Un descolorido cartel dorado sobre la entrada insinuaba la diversidad de mercancías en el interior.

Elizabeth empujó la puerta, y una campanilla tintineó sobre su cabeza. Los olores a madera añeja y tejido viejo la envolvieron en cuanto entró. El desorden bombardeaba su visión. Estanterías y vitrinas abarrotaban las paredes, rebosantes de una mezcla ecléctica de artículos. Joyas ornamentadas brillaban junto a cuberterías de plata deslucidas. Libros encuadernados en cuero desgastado se apretujaban con peculiares baratijas. El puro volumen de objetos abrumaba los sentidos.

Su mirada recorrió la disposición caótica de mercancías. Cogió un juego de té plateado deslucido, su superficie antaño brillante ahora opacada por la edad. Al dar la vuelta a la etiqueta del precio, ahogó una exclamación ante la escandalosa cifra. Lo volvió a colocar cuidadosamente, sus dedos rozando un marco de fotos cercano. Su superficie dorada se sentía sospechosamente ligera, probablemente solo latón barato bajo un fino lavado de oro.

Su atención se desplazó hacia un estante repleto de libros encuadernados en piel. Sacó uno, observando su exterior polvoriento pero sus páginas sospechosamente nítidas. La etiqueta de precio adjunta parecía más apropiada para una rara primera edición que para esta obvia reproducción.

Mientras examinaba una figurilla de porcelana astillada con un precio igualmente inflado, meditaba sobre la clientela de la tienda. ¿Cuántos clientes desprevenidos habrían sido atraídos por estas

antigüedades? Devolvió la figurilla a su lugar, su mente zumbando con preguntas sobre las prácticas comerciales del propietario.

Un joven se materializó desde detrás de una abarrotada vitrina. Su mirada recorrió a Elizabeth, sus ojos se ensancharon ligeramente al tomar conciencia de su pulcro aspecto. Se alisó el chaleco ligeramente arrugado y se aclaró la garganta. —Buenas tardes, señora. ¿Puedo ayudarla en algo? —preguntó, con un acento forzado de elegancia poco natural.

Los labios de Elizabeth se curvaron en una educada sonrisa. Su mirada se desplazó por la tienda, absorbiendo cada detalle. —Estoy buscando un... —Hizo una pausa, sus dedos rozando el borde de su bufanda de seda. Un destello dorado de una vitrina lejana llamó su atención—. Regalo... quizás un reloj de bolsillo... para mi prometido.

Las cejas del joven se elevaron ligeramente. Indicó hacia el mostrador, sus movimientos volviéndose más animados. —Por supuesto, señora. Poseemos una excelente colección. Si fuera tan amable de seguirme.

—¿Está disponible el señor Harry Thornton? Siempre ha sido tan paciente con mi indecisión. —Rió ligeramente, sus dedos jugueteando con su bufanda—. Me temo que suelo tardar una eternidad en deliberar sobre los dilemas más simples.

La sonrisa de Sam flaqueó. —Me temo que mi padre no está hoy. Está... recuperándose de un incidente reciente.

Elizabeth hizo una pausa, estudiando el rostro de Sam. —Claro. Ahora puedo ver el parecido familiar. Su padre siempre ha hablado tan cálidamente de usted en el pasado.

Las cejas de Sam se dispararon hacia arriba, con incredulidad grabada en sus facciones. —Esa sería la primera vez —murmuró, con un tono amargo en su voz.

Elizabeth observó cuidadosamente la reacción de Sam, notando la tensión en su mandíbula y el ligero entrecerrar de ojos. Rectificó suavemente. —Bueno, quizás exagero un poquito, pero estoy segura de que debe estar muy orgulloso de usted.

Sam resopló, con la mirada dura. —Si usted lo dice, señora.

Los dedos de Elizabeth se crisparon alrededor de su bolso de mano, sus uñas presionando contra el suave cuero. —Este incidente que ha mencionado... espero que no fuera demasiado grave y que el señor Thornton se esté recuperando rápidamente.

Los hombros de Sam se hundieron. —No es tan joven como antes... ya sabe cómo es.

—Desafortunadamente, lo sé. —Inclinó la cabeza, sopesando sus próximas palabras—. ¿Alguien vio lo que pasó?

—No el ataque. —La mirada de Sam revoloteó por la tienda, posándose en cualquier lugar menos en Elizabeth—. Pero fue una suerte que viniera a comprobar cómo estaba y viera al sinvergüenza huir.

—Afortunado, sin duda. —Ladeó ligeramente la cabeza, con tono casual pero curioso—. ¿Sabe qué se llevaron?

—Principalmente dinero en efectivo. Pero sin duda otras cosas saldrán a la luz en los próximos meses...

Elizabeth notó el brillo de sudor en la frente de Sam. —¿Hubo algún testigo?

Él dudó, su mano temblando mientras alcanzaba una vitrina de relojes de bolsillo. —Eh... solo yo.

—¿Le reconoció? —insistió, con tono deliberadamente ligero.

—Sí... un joven que trabaja en una de esas fincas elegantes. —Su garganta trabajó mientras tragaba saliva.

Los ojos de Elizabeth se ensancharon ligeramente. —¿No será el mismo joven que la policía ha detenido en relación con la muerte del señor Black?

Sam asintió, con la mirada fija en una grieta del suelo.

—Si tan solo la policía le hubiera detenido entonces, quizás... —Dejó que las palabras flotaran en el aire—. ¿Sabe por qué no lo hicieron... dado que usted le vio huir de la escena del crimen?

Un músculo saltó en la mejilla de Sam. —Su alteza de Rosewood le dio una coartada. Afirmó que estaba trabajando en los establos.

¿Georgia le dio una coartada a Alfie? La frente de Elizabeth se arrugó mientras procesaba esta nueva información. La omisión de su

conversación durante el desayuno adquiría ahora una peculiar importancia, alineándose incómodamente con la afirmación de Wainwright de haber recibido instrucciones desde arriba para abandonar el caso.

La disposición de Sam para culpar a Alfie planteaba más preguntas. La reciente llegada del joven y su tenue conexión con la tienda de Harry Thornton ciertamente lo convertían en un objetivo fácil.

Mientras consideraba las capas de este creciente misterio, algo en esta situación no acababa de encajar.

El tintineo de la campanilla de la puerta interrumpió sus reflexiones. Siguió la mirada de Sam hacia un corpulento hombre con un traje mal ajustado. Merodeaba en lugar de mirar, su presencia extrañamente fuera de lugar.

La atención de Sam se dispersó, su mirada desviándose repetidamente hacia el recién llegado. Elizabeth notó su creciente inquietud, sus dedos tamborileando nerviosamente sobre el mostrador.

—¿Qué hay de esos relojes de los que hablamos? —Cogió un reloj cercano del mostrador y lo sostuvo a la luz. El reflejo de su superficie cegó momentáneamente a Sam, obligándole a volver a prestarle atención.

Se sobresaltó. —En realidad, acabo de recordar —su voz se tensó mientras se alejaba de ella hacia el hombre—, estamos esperando una nueva remesa de relojes de bolsillo a finales de semana. Seguro que habrá algunas bellezas entre ellos. —Miró ansiosamente al hombre corpulento—. ¿Por qué no vuelve la semana que viene y echa un vistazo?

Los ojos de Elizabeth se entrecerraron ante su brusco despido. Abrió la boca, decidida a continuar con su sutil interrogatorio a pesar del evidente deseo de Sam de que se marchara.

La campanilla tintineó de nuevo, cortando la réplica de Elizabeth cuando Jonathan Ashcroft entró con desenvoltura, su mirada recorriendo la tienda antes de posarse en ella.

—Lady Elizabeth. —Los ojos de Jonathan se desviaron brevemente hacia Sam antes de volver a ella—. Qué sorpresa tan encantadora. Ha pasado tanto tiempo.

Elizabeth hizo una pausa, recordando su encuentro justo ayer. —Señor Ashcroft, es ciertamente... una sorpresa.

Jonathan se acercó, colocándose entre Elizabeth y el hombre corpulento. —Pura casualidad, se lo aseguro. —Sus ojos se desviaron brevemente hacia Sam antes de volver a Elizabeth—. ¿Espero no interrumpir nada? —Continuó sin esperar respuesta—. ¿Confío en que los Mayfield se encuentran bien?

La mirada de Elizabeth se desplazó entre Jonathan y Sam, notando el mal disimulado alivio del tendero ante la interrupción. —Los Mayfield están en plena forma, la última vez que hablé con Clemmi.

—¡Excelente! ¿Y los preparativos para la boda de la señorita Bella? ¿Progresan sin contratiempos, supongo?

Elizabeth se quedó inmóvil. ¿La boda de Bella? Jonathan sabía perfectamente que era Clemmi quien estaba comprometida para casarse, no su hermana menor. ¿Qué demonios se traía entre manos?

—Quizás podríamos continuar nuestra charla tomando un té —sugirió Jonathan, con una mirada suplicante.

Elizabeth hizo una pausa, considerando el peso tácito tras sus palabras. La oferta de Jonathan no era meramente para ponerse al día. De eso estaba segura. —Suena encantador. —Se volvió hacia Sam—. Me temo que estos relojes no han captado mi atención, señor Thornton. Quizás otro día, cuando tenga nuevo stock.

La tensión de Sam se disipó. —Por supuesto, señora. Vuelva cuando guste.

Al salir a la bulliciosa calle, Elizabeth miró hacia atrás, a la tienda. Sam se inclinaba cerca del hombre corpulento, su conversación en susurros engullida por el clamor de la calle.

Elizabeth arqueó una ceja. —¿Desde cuándo te interesan los pormenores matrimoniales, señor Ashcroft?

—Oh, a uno le gusta mantenerse al tanto de estas cosas —respondió Jonathan, con un brillo travieso en sus ojos verdes.

Elizabeth estudió el perfil de Jonathan mientras caminaban. Él había salvado su vida dos veces, arriesgando la suya sin dudar. Sin embargo, el secretismo le envolvía como una segunda piel. Su encanto la desarmaba, incluso cuando hacía saltar sus alarmas internas. Durante el asunto de Mayfield Manor, se había deslizado sin esfuerzo en el papel de investigador, revelando conexiones que aún la desconcertaban. Atisbos de su influencia en círculos gubernamentales solo profundizaban su misterio. Un leve suspiro escapó de sus labios. ¿Cómo podía confiar en un hombre cuya mera presencia a la vez la tranquilizaba y la inquietaba?



Capítulo Doce

LA PUERTA DE LA cafetería se abrió, haciendo tintinear su campana de latón mientras Elizabeth y Jonathan entraban. Conversaciones en voz baja y el susurro de las páginas de periódico llenaban el ambiente, mezclándose con el aroma de los pasteles recién horneados. Varios clientes levantaron la mirada brevemente antes de volver a inclinarse sobre los manteles blancos de lino, sorbiendo de sus humeantes tazas. Un mostrador de caoba pulida recorría una pared, con su vitrina de cristal mostrando una variedad de tartas y pasteles. Detrás, teteras de plata pulida y una ornamentada cafetera reflejaban la luz. Sillas de madera curvada rodeaban cada mesa, mientras paisajes enmarcados adornaban el papel pintado floral.

Una camarera con un pulcro uniforme blanco y negro se abría paso entre las mesas. Sus ojos se iluminaron al ver a Jonathan. —Le he guardado su mesa, señor Ashcroft —echó un vistazo a Elizabeth, alisándose el delantal con los dedos—. Y acabo de preparar una tetera fresca como me pidió.

Los ojos de Jonathan se arrugaron en las comisuras, una cálida sonrisa iluminando su rostro. —Gracias, es perfecto. Ha sido usted muy amable —su voz rica pareció envolver a la camarera, que bajó la cabeza con un intenso rubor en las mejillas.

Elizabeth frunció el ceño mientras intentaba comprender las acciones de Jonathan. Si había planeado volver a la cafetería tan pronto, ¿por qué se había molestado en marcharse? No tenía mucho sentido.

Condujo a Elizabeth hasta una mesa junto a la ventana, con las cortinas de encaje enmarcando la concurrida calle exterior.

Al tomar asiento, su mirada se posó en Jonathan, observando cómo sus ojos se dirigían repetidamente hacia la ventana. La posición estratégica de la mesa ofrecía una visión clara de la entrada principal de la calle, y resultaba evidente que Jonathan estaba vigilando atentamente. Pero, ¿qué o a quién vigilaba?

La camarera regresó, equilibrando su bandeja con facilidad. Colocó una tetera humeante, dispuso el servicio de té de Elizabeth y puso el café negro de Jonathan delante de él.

Elizabeth ofreció a la camarera una cálida sonrisa mientras dejaba sus bebidas, mientras que Jonathan apenas reconoció su presencia, con la atención fija en la ventana. La camarera se demoró un momento antes de retirarse silenciosamente, dejándolos en una burbuja de silencio.

Los ojos de Elizabeth iban de las bebidas humeantes al perfil de Jonathan y a la tienda de Thornton al otro lado de la calle. Las piezas encajaron: la presencia anterior de Jonathan, su apresurada salida de la tienda de Thornton, esta mesa en particular. Se enderezó en su silla, entrecerrando los ojos. Jonathan no estaba simplemente mirando la calle, estaba vigilando la tienda.

Se inclinó hacia adelante, entrecerrando los ojos. —Para alguien supuestamente interesado en discutir planes de boda, parece usted bastante obsesionado con esa tienda.

La atención de Jonathan volvió bruscamente hacia ella, con una sonrisa estudiada curvando sus labios. —Sólo admiro la arquitectura.

Ella arqueó una ceja, con escepticismo impregnando sus palabras. —Vamos, señor Ashcroft. Ambos sabemos que hay algo más que eso.

Jonathan se movió en su asiento, su mirada desviándose hacia la ventana antes de volver a Elizabeth. Se aclaró la garganta. —¿Encontró algo interesante en la tienda de Thornton?

Los dedos de Elizabeth juguetearon con el asa de su taza, su expresión repentinamente cautelosa.

Una sonrisa conocedora tiró de los labios de Jonathan. —Esa mirada dice mucho. ¿Quizás es usted quien guarda secretos, Lady Elizabeth?

Ella desvió la mirada y luego le miró con un suspiro. —Supongo que mi visita no fue enteramente por compras.

Jonathan se reclinó, con una ceja levantada en silenciosa interrogación.

Ella echó un rápido vistazo a la cafetería. —¿Sabía usted que la policía ha dictaminado que la muerte del señor Black fue un asesinato y no un desafortunado accidente?

La postura de Jonathan se tensó ligeramente. Asintió, con expresión grave. —Oí que arrestaron al joven Tanner.

—Sí, el Inspector Jefe parece decidido a culpar a Alfie del asesinato del señor Black por algún antiguo rencor.

—¿Y usted cree que es inocente?

—Por supuesto —asintió, sus dedos apretando la taza de té—. Los Tanner han trabajado en la finca Hawthorne durante años. Conocemos a Alfie desde que nació. Son buena gente, honesta.

—Entonces, ¿por qué está el Inspector Jefe tan decidido a culpar al muchacho? ¿Tiene alguna prueba?

—El testimonio de testigos que aparentemente vieron a Alfie empujar al señor Black de su caballo... pero usted estuvo allí. Vio cuán apretados iban los caballos, y yo misma vi cómo el señor Black empujaba y daba codazos a Alfie mientras se dirigían hacia la recta final.

Él se reclinó en su silla, con los dedos en forma de campanario. —¿Hay algo más? ¿Alguna otra prueba?

—Algunas fotografías de la prensa local, pero lo único que demostraban era lo errático que se comportaba el caballo del señor

Black.

—Pruebas escasas, ciertamente. Entonces, ¿por qué está el Inspector Jefe tan empeñado en conseguir una condena contra el muchacho?

Dejando escapar un lento suspiro frustrado, le contó la historia del ataque al señor Thornton y el resentimiento latente de Wainwright por no haber podido hacer que los cargos contra Alfie prosperaran.

—Y como la escena del supuesto delito estaba prácticamente al lado de la comisaría, pensé en hacer algunas... averiguaciones casuales. Para descubrir qué ocurrió realmente la noche del ataque al señor Thornton —añadió, midiendo sus palabras.

Los labios de Jonathan se curvaron en una sonrisa conocedora. —Lo sospeché... sabía que tenía que haber un motivo ulterior para la visita a la tienda de Thornton.

Ella dejó la taza, con la mirada fija en Jonathan. —Ahora que he revelado el verdadero propósito de mi visita a Thornton's, es su turno de iluminarme sobre la razón de su vigilancia encubierta.

Los dedos de Jonathan tamborilearon sobre la mesa mientras su mirada volvía a la ventana. Su mandíbula se tensó, revelando su lucha interna.

—Vamos, señor Ashcroft. Seguramente nuestras colaboraciones anteriores han demostrado que se puede confiar en mí —Elizabeth se enderezó en su silla, su voz llevando una nota de desafío.

—No tengo dudas sobre su capacidad para mantener la discreción, Lady Elizabeth. Es su seguridad lo que me preocupa.

Elizabeth arqueó una ceja. —No puedo imaginar que sea más peligroso que quedar atrapada en una ventisca con un agente extranjero decidido a derribar al gobierno y un asesino, ambos colaboradores alemanes durante la guerra.

Jonathan se rió, relajando los hombros. —Cierto —concedió, sacudiendo la cabeza—. Tiene usted una habilidad especial para encontrarse en situaciones precarias.

—Suena igual que mi hermano.

Los ojos de Jonathan se arrugaron en las comisuras ante la comparación de Elizabeth con su hermano. Suspiró, pasándose una mano por el pelo, despeinándolo ligeramente. El destello juguetón de sus ojos se desvaneció, reemplazado por un atisbo de incertidumbre. Miró alrededor de la cafetería, luego se inclinó, su aliento cálido contra su oído mientras susurraba: —Estoy investigando una red de amaño de carreras.

Los vellos de la nuca de Elizabeth se erizaron ante la proximidad de Jonathan. Luchó por mantener su voz firme mientras preguntaba: —¿Qué tienen que ver los Thornton con el amaño de carreras?

Su mirada se desvió hacia la ventana, escudriñando la calle antes de volver a Elizabeth. Su voz era baja. —Creo que están blanqueando dinero de la estafa a través de su tienda.

—Por lo que he oído sobre Sam Thornton, no me sorprendería lo más mínimo que estuviera involucrado en negocios turbios.

Un músculo se contrajo bajo su piel. —Sam es un tipo desagradable, sin duda —sus dedos tamborilearon sobre la mesa, delatando su tensión—. Pero no estoy seguro de si el señor Thornton padre está involucrado o no.

Su mente volvió al hombre corpulento que había entrado en la tienda, su presencia tan incongruente como un cañón en una biblioteca. —¿Y ese hombre que entró mientras yo estaba allí? ¿El grandullón?

Los ojos de Jonathan se estrecharon, su expresión oscureciéndose. —Es una especie de secuaz, por lo que podemos decir.

¿Podemos? La palabra quedó suspendida entre ellos, sin abordar. Ella la archivó, otra pieza del complejo rompecabezas que rodeaba a Jonathan Ashcroft. —¿Sabe quién está a cargo de esta estafa de amaño de carreras?

Sus labios se tensaron momentáneamente. —Es mejor que no lo sepa, Elizabeth. Por su propia seguridad.

Ella se enderezó, levantando la barbilla. Su mirada se encontró con la de él, desafiante. —Seguramente, soy yo la mejor juez de

eso, señor Ashcroft. Difícilmente soy una flor marchita que necesite un protector.

Los ojos de Jonathan recorrieron la cafetería como evaluando a los demás clientes. —Esto va mucho más allá de una simple estafa —bajó aún más la voz antes de continuar—. Estamos hablando de crimen organizado, y me niego a involucrarla más, Lady Elizabeth.

La mirada de Jonathan sostuvo la suya, una rara vulnerabilidad brillando en sus rasgos antes de que compusiera su expresión. —Creo que sería prudente que se mantuviera alejada de Thornton's... al menos por ahora.

—Agradezco su preocupación, señor Ashcroft —respondió ella, con tono frío—. Pero me temo que no puedo hacer tal promesa. Debo ir donde mi investigación me lleve.

Se levantó de la silla, alisándose la falda. El peso de la Baby Browning en su bolso era un recordatorio reconfortante de su autosuficiencia. —Y le agradecería que no interfiriera en mis investigaciones en el futuro con el pretexto de rescatarme. Soy perfectamente capaz de cuidarme sola.

La ceja de Jonathan se arqueó, con un familiar destello de diversión en sus ojos. —Como desee, Lady Elizabeth.

—Gracias por sus ideas, señor Ashcroft —los labios de Elizabeth se comprimieron en una fina línea mientras colocaba unas monedas sobre la mesa para cubrir su té. Encontró la mirada de Jonathan—. Ahora, si me disculpa, me esperan en Rosewood Park.

La campana de la cafetería tintineó cuando Elizabeth salió a la concurrida calle. Su conversación con Jonathan persistía en sus pensamientos mientras regresaba a la comisaría. Después de acomodarse en la suave tapicería de cuero del automóvil de Iggy, agarró el volante, respirando profundamente mientras el motor cobraba vida con un ronroneo.

Mientras guiaba el Aston Martin por los sinuosos caminos rurales de vuelta a Rosewood Park, sus pensamientos se desviaron hacia Jonathan Ashcroft.

No podía negar la emoción que recorría su cuerpo cada vez que sus caminos se cruzaban, la chispa de excitación que se encendía en su pecho. Sin embargo, junto a ella había un persistente malestar. Jonathan era un enigma envuelto en un misterio. Un rompecabezas que Elizabeth no estaba segura de querer resolver.

¿Quién era realmente Jonathan Ashcroft?

Esta pregunta la carcomía desde su primer encuentro, cuando él había afirmado ser un suscriptor de seguros. Pero Elizabeth sospechaba desde hacía tiempo que había algo más en él de lo que se veía a simple vista. Su confianza, el aire de tranquila autoridad que emanaba, la amplitud de sus conexiones... todo apuntaba a algo... oficial.

Agarrando el volante, intentó concentrarse en el camino por delante. Pero había algo en sus revelaciones anteriores que seguía inquietándola.

Alfie, amaño de carreras, blanqueo de dinero... todo tenía algo en común. La casa de empeños Thornton.

Le cortó la respiración como si hubiera recibido un golpe físico.

¿Se habría metido Alfie sin saberlo en el crimen organizado?



Capítulo Trece

ELIZABETH SE DESLIZÓ EN Rosewood Park, con sus pensamientos en un torbellino. Acababa de devolver el Aston Martin de Iggy al garaje, retrasada por un encuentro inesperado con Jonathan Ashcroft. El tañido del reloj de pared le recordó lo poco que quedaba antes de la cena.

Subió apresuradamente las escaleras, con la mente todavía dándole vueltas a los acontecimientos del día. La visita a Alfie, las revelaciones en casa de Thornton, la inesperada aparición de Jonathan y sus preocupantes confesiones – había pasado tanto, y necesitaba tiempo para procesarlo todo. Pero primero, tenía que cambiarse para la cena.

Meli se giró desde el tocador cuando ella entró apresuradamente en el dormitorio, con un alfiler de perla suspendido sobre su falso bob. —¡Aquí estás! Empezaba a pensar que habías cambiado de opinión y habías seguido a William y Caroline de vuelta a Londres.

—Me retrasé inesperadamente —respondió Elizabeth, mientras sus dedos trabajaban en el nudo de su pañuelo de cuello mientras cruzaba hacia el armario.

Meli dejó su horquilla. —¿Por fin te permitió ese terrible Inspector Jefe ver a Alfie?

Elizabeth asintió, alcanzando una percha. —Sí.

—¿Y? —Meli se inclinó hacia delante, olvidando su peinado a medio terminar—. ¿Cómo estaba?

—Te pondré al día mientras me cambio —dijo Elizabeth, mirando el reloj—. Tenemos muy poco tiempo antes de que nos esperen abajo.

Mientras Elizabeth relataba la versión de Alfie sobre los acontecimientos la noche en que atacaron al Sr. Thornton, apartó las perchas, posando su mirada en un vestido de noche azul medianoche. Su corpiño de cuentas captaba la luz, pequeños cristales que brillaban como estrellas contra la sedosa tinta. —Oh, Meli, deberías haberlo visto. En ese lugar horrible, parecía... parecía terriblemente joven.

Meli deslizó el último alfiler con punta de perla en su falso bob, admirando el estilo terminado en el espejo. —Apenas es un año menor que yo. Ni siquiera puedo imaginar lo asustado que debe estar, con semejante destino pendiendo sobre él.

Pasando detrás del biombo, Elizabeth suspiró. —Intenta ser valiente, pero sus ojos... cuentan una historia diferente. Jura que no empujó al Sr. Black, pero Wainwright parece decidido a culparlo, sin importar qué.

Emergió de detrás del biombo, con el fleco del vestido como una bruma brillante que relucía a media pantorrilla. Se situó junto al tocador, sus dedos abrochando hábilmente un delicado collar de plata en su garganta. —Después de la comisaría, fui directamente a la tienda de Thornton. Esperaba hablar con el Sr. Thornton sobre la noche del ataque, para ver si había conseguido vislumbrar a su agresor.

Meli hizo una pausa, con el pintalabios a medio camino, y miró a Elizabeth. —¿Tuviste suerte?

—El Sr. Thornton no estaba allí, todavía recuperándose de su ataque según su hijo, Sam —respondió Elizabeth, con la mirada fija en su reflejo mientras se aplicaba un toque de colorete—. Un pez escurridizo, si es que alguna vez he conocido uno. Afirmó que Alfie era responsable tanto del robo como del ataque a su padre, aunque

no presenció ninguno de los dos. —Hizo una pausa, alcanzando su rímel—. Pero dejó escapar algo bastante intrigante.

Meli se inclinó hacia delante, equilibrándose precariamente mientras abrochaba la correa de su zapato de noche plateado con adornos de perlas. —¿Ah, sí?

—Al parecer, Georgia proporcionó la coartada de Alfie para el momento del robo. Por eso se retiraron los cargos.

Las cejas de Meli se dispararon hacia arriba, olvidando su zapato. —Qué extraño que Georgia nunca lo mencionara esta mañana. Pensarías que lo habría hecho, dada su importancia.

—Ciertamente —murmuró Elizabeth, con un tono de escepticismo. Inclinó la cabeza, aplicando perfume detrás de cada oreja con un toque delicado.

Meli se enderezó, con el ceño fruncido, pensativa. —¿Quizás, dado todo lo que ha pasado —la caída del Sr. Black, la detención de Alfie— simplemente se le olvidó?

—Supongo que es posible. —Elizabeth alcanzó una peineta de plata en el tocador, la deslizó en su lugar y ajustó los mechones lisos de su bob negro azabache.

Meli ajustó el fleco oscilante de su deslumbrante vestido de charlestón color coral, con su dobladillo rozando atrevidamente sus rodillas. —¿Conseguiste averiguar algo más?

Elizabeth negó con la cabeza, drapeando un chal azul medianoche, fino como la gasa, sobre sus hombros. —Mi investigación se vio interrumpida... por el Sr. Jonathan Ashcroft. Llegó justo cuando estaba interrogando a Sam Thornton.

Un destello travieso brilló en los ojos color caramelo de Meli. —Ah, ¿así que por eso llegas tarde? Una cita con el misterioso Sr. Ashcroft.

—De verdad, Meli, tienes una imaginación tan vívida. —Dudó, con las inquietantes revelaciones de Jonathan sobre blanqueo de dinero y crimen organizado pesando en su mente. Decidiendo no compartir esta información con su prima, cambió rápidamente de tema—. ¿Qué tal te fue en tu clase de equitación con Georgia?

Las manos de Meli revolotearon emocionadas mientras hablaba, sus palabras saliendo en tropel. —¡Oh, Elizabeth, fue simplemente maravilloso! No puedo creer que nunca lo haya probado antes. Georgia es una amazona tan hábil. Juro que es mejor que la mayoría de los hombres que he visto, ¿y los terrenos de Rosewood? Sencillamente impresionantes. ¿Sabías que tienen un lago?

Mientras el animado relato de Meli continuaba, Elizabeth escuchaba atentamente, interiormente aliviada de haber alejado a su prima del tema del crimen organizado.

El gong de la cena sonó, silenciando a Meli a mitad de frase. —¡Cielos, nos hemos perdido los aperitivos por completo!

—¿Lista para enfrentarte a la música? —Elizabeth se enderezó, dando una última mirada a su reflejo. El espejo mostraba un rostro sereno, ocultando la tormenta de pensamientos bajo él.

Elizabeth entró con gracia en el comedor, con Meli pisándole los talones. Sus ojos recorrieron a los invitados reunidos. —Por favor, perdonad nuestro retraso. Es enteramente mi... —Las palabras se le quedaron atascadas en la garganta cuando vio a Jonathan Ashcroft, con un atisbo de diversión en su expresión. Su presencia era inesperada; no había mencionado que cenaría en Rosewood Park cuando lo había visto antes. Aunque, dada la naturaleza de su conversación y su precipitada partida, había habido pocas oportunidades para hablar de tales cortesías sociales como los planes para cenar.

Los tonos melosos de Georgia perforaron las reflexiones de Elizabeth. —No te preocupes, cariño. Acabamos de empezar. —Señaló hacia las sillas vacantes, su pulsera de diamantes captando la luz de la araña de cristal sobre sus cabezas.

Elizabeth examinó los dos asientos vacíos —uno al lado de Enzo, el otro junto a Jonathan. Se movió hacia Enzo Bellini, muy consciente de la mirada de Jonathan siguiendo cada uno de sus pasos mientras Meli tomaba asiento junto a él.

—Ya conoces a Dolores, Cecil y Enzo —dijo Georgia con una sonrisa cómplice—. Aunque el Sr. Ashcroft podría ser una cara

nueva. Es amigo de Enzo.

—El Sr. Ashcroft y yo ya nos conocemos —respondió Elizabeth, su mirada encontrándose brevemente con la de Jonathan a través de la mesa, pero no ofreció más detalles.

Las cejas de Georgia se arquearon, con una sonrisa juguetona tirando de sus labios. —Vaya, vaya, Jonathan. ¿No nos estarás ocultando algo? —Se volvió hacia él, con picardía bailando en sus ojos—. Viejo astuto, nunca mencionaste que conocías a Elizabeth.

—Resolvieron un asesinato juntos —intervino Meli, sus palabras saliendo precipitadamente.

—¿Un asesinato? —repitió Dolores, su voz elevándose mientras levantaba su copa. Dio un generoso sorbo antes de continuar—. Oh, debes referirte a una de esas novelas donde todos apuestan a quién adivinará primero al asesino. ¿Cómo se llama la autora? ¿Algo Christie, no es así?

—Agatha Christie —suministró Meli, su admiración por la autora inconfundible en su voz—. Pero no, Sra. Bentley, fue bastante real, se lo aseguro.

El murmurado "Santo cielo" de Cecil casi se perdió en el gorgoteo del vino mientras un lacayo rellenaba su copa.

La mirada de Enzo se posó en Elizabeth, sus ojos oscuros brillando con un interés recién descubierto. —Cerebro además de belleza, Lady Elizabeth. Parece que es usted una mujer de muchos talentos.

—¿Verdad que sí? —asintió Georgia, levantando su copa en un gesto que parecía tanto un brindis como un desafío.

Ansiosa por desviar la conversación de sus supuestos talentos y su conocimiento de Jonathan Ashcroft, Elizabeth inclinó la cabeza hacia las sillas vacías restantes. —¿Alguien más cenará con nosotros esta noche?

La expresión de Georgia cambió, con un atisbo de exasperación apareciendo. —Amelia y Dominic iban a unirse a nosotros, pero se han disculpado. Algún drama u otro —dijo, encontrando la mirada de

Dolores Bentley con una mueca propia. El gesto compartido hablaba volúmenes sobre la frecuencia de tales ocurrencias.

Los labios de Cecil Bentley se estrecharon ante la mención de sus invitados. —Siempre hay algo con esos dos. Me alegraré cuando se marchen para que podamos tener algo de paz y tranquilidad.

—Ya sabes lo que dicen sobre los peces y los invitados —comentó Iggy, alcanzando su copa de vino. Lanzó una mirada de soslayo a su amigo antes de asentir sutilmente hacia el Sr. Bellini—. Ambos empiezan a apestar después de un tiempo.

La llegada del primer plato trajo una distracción bienvenida, su tentador aroma de trufa y sopa de setas silvestres flotando en el aire. Mientras la conversación fluía y refluía, Elizabeth observó las diversas corrientes subterráneas en juego. El comentario de Iggy sobre los peces y los invitados parecía, en la superficie, dirigido a Cecil con respecto a Amelia y Dominic. Pero Elizabeth captó la mirada de reojo de Iggy hacia Enzo Bellini. La pulla sutil la sorprendió; siempre había conocido a Iggy como afable y despreocupado, especialmente hacia los invitados.

Recordó haber escuchado palabras acaloradas entre Iggy y Georgia sobre la frecuente presencia de Enzo en Rosewood. ¿Por qué insistía Georgia en tener a Enzo cerca tan a menudo, cuando claramente molestaba a su marido?

—Lady Elizabeth —comenzó Enzo, con un tono ligero, los dedos tamborileando en el borde de su copa—. Siento curiosidad, ¿cómo se ve envuelta una mujer como usted en algo tan macabro como un asesinato?

—Es una larga historia, no quisiera aburrirle.

Él se inclinó ligeramente, con una mirada juguetona. —La mayoría de las mujeres que conozco están más preocupadas por conseguir propuestas de matrimonio que por resolver crímenes.

—No soy como la mayoría de las mujeres, Sr. Bellini, para frustración de mi tía, quien cree que mi tiempo estaría mejor empleado en la búsqueda de un marido.

Enzo se rió, un sonido rico y cálido. —Ah, puedo simpatizar, Lady Elizabeth. Mi nonna en Sicilia es muy parecida. Cada carta suya termina con un recordatorio de que no estoy rejuveneciendo y que le gustaría ver bisnietos antes de morir. —Su voz bajó confidencialmente—. Sin importarle que esté fuerte como un roble y probablemente sobreviva a todos nosotros.

Aunque se rió del comentario de Enzo, un escalofrío de conciencia recorrió su columna. Resistió el impulso de mirar a través de la mesa, manteniendo su atención en su compañero de cena. Sin embargo, la sensación persistió, una corriente subyacente bajo su sonrisa.

Cuando los últimos platos del postre fueron retirados rápidamente, Enzo se aclaró la garganta. —Me gustaría hacer un brindis —dijo, atrayendo todas las miradas hacia él—. Me complace anunciar que Lady Fairfax —Georgia— y yo pronto embarcaremos en una nueva empresa comercial aquí en Rosewood Park. —Levantó su copa, girándose ligeramente hacia ella—. Por Georgia.

Elizabeth observó atentamente a Georgia mientras se levantaban las copas. Aunque una sonrisa jugaba en sus labios, flaqueó en las esquinas, sin llegar nunca a sus ojos. Al levantar su copa, un leve temblor pasó por su mano. Su mirada parpadeó brevemente hacia Iggy antes de tomar rápidamente un sorbo como para calmarse.

Desde el otro lado de la mesa, Elizabeth observó cómo la copa de Iggy era rellenada silenciosamente, su agarre apretándose alrededor del tallo. Bebió profundamente, con la mirada fija firmemente en la mesa, sin mirar ni una vez en dirección a Georgia. Elizabeth notó la manera en que la sonrisa de Georgia flaqueaba, sus dedos agarrando su copa un poco demasiado fuerte. El aire entre ellos estaba cargado de tensión no expresada, aunque los otros invitados parecían ajenos, sus risas y charlas continuando sin perturbarse. Georgia se movió en su asiento, sus ojos parpadeando brevemente hacia Iggy, pero él no respondió. Elizabeth podía ver la tensión bajo su exterior compuesto.

La silla de Iggy raspó contra el suelo. Agarró su bastón, los músculos tensándose mientras se ponía de pie con un ligero bamboleo.

Georgia se levantó de un salto, su mano extendiéndose instintivamente para estabilizarlo.

Él apartó bruscamente su brazo. —Por el amor de Dios, no soy un inválido —espetó, sus palabras lo suficientemente afiladas como para hacer que Georgia retrocediera—. Puedo arreglármelas solo.

Iggy se volvió, su bastón golpeando el suelo con cada paso desigual mientras se dirigía a la puerta, dejando un pesado silencio a su paso.



Capítulo Catorce

ELIZABETH CERRÓ CON CUIDADO la puerta de su dormitorio, dejando a Meli con sus sueños. El intercambio entre Georgia e Iggy de la noche anterior resonaba en su mente, ahuyentando cualquier esperanza de conciliar el sueño.

La casa estaba en silencio mientras bajaba por la escalera. A pesar de la luminosa mañana primaveral, el recibidor parecía sombrío, con los oscuros paneles de madera y los muebles pesados absorbiendo la poca luz que se filtraba a través de las ventanas.

Pritchard se materializó como de la nada, con un sobre sencillo en su mano extendida.

—Mi señora —Pritchard le tendió el sobre—. Esto estaba en la mesa del vestíbulo a primera hora, pero me temo que nadie puede dar cuenta de su entrega.

Elizabeth tomó el sobre y pasó el pulgar por el papel sin marcas.

—Qué intrigante. Gracias, Pritchard.

El aire fresco de la mañana le mordió las mejillas en cuanto salió, conservando aún el frío del inicio de la primavera en los terrenos. Encontrando un lugar apartado, rompió el sello y extrajo el contenido.

Se le cortó la respiración cuando su mirada se posó en el nombre y el contenido. Los resultados de la autopsia de Reggie Black.

Dio la vuelta al sobre, escudriñándolo por dentro y por fuera en busca de alguna señal de su procedencia. Pero no revelaba nada.

Elizabeth desdobló el informe y leyó, abriendo los ojos con sorpresa. La autopsia revelaba que Reggie llevaba varios minutos muerto antes de su caída, como evidenciaba la distribución de la lividez postural.

Los hallazgos del patólogo eran igualmente sorprendentes: no había hematomas compatibles con una caída, pero sí una pequeña herida punzante en la parte superior del muslo izquierdo. Más condenatorio aún, el informe toxicológico revelaba una concentración letal de morfina en su organismo.

La conclusión era tan impactante como indiscutible: Reggie Black había muerto por una dosis letal de morfina, no por su caída.

Aunque esta información podría exonerar a Alfie, Elizabeth sabía que se enfrentaba a una batalla cuesta arriba. Convencer al terco inspector jefe Wainwright requeriría más que este documento.

Si se quería llevar al verdadero asesino ante la justicia, tendría que encontrarlo ella misma.

Un destello de movimiento en la distancia captó la atención de Elizabeth. Los rizos cobrizos de Georgia se agitaban con el viento mientras galopaba a través de los campos, los cascos de su caballo levantando terrones de tierra con cada potente zancada. Sus dedos se crisparon alrededor del papel mientras observaba a Georgia cargar hacia el imponente seto.

—Seguro que no va a... —susurró Elizabeth, dando un paso involuntario hacia delante. El seto se alzaba amenazador, su denso follaje formaba una infranqueable muralla verde. Georgia se inclinó hacia delante en la silla, animando a su montura. El corazón de Elizabeth martilleaba contra sus costillas.

Entonces, en el último momento posible, el caballo se espantó, desviándose bruscamente alrededor del formidable obstáculo. Los hombros de Elizabeth se hundieron mientras la tensión abandonaba su cuerpo, dejándola extrañamente aturdida.

Guardó el informe de la autopsia en el bolsillo de su falda. Necesitaba hablar con Georgia sobre la noche en que atacaron al señor Thornton. Las cuadras parecían el lugar más obvio para empezar, pero al doblar la esquina, solo encontró a Tommy, encorvado sobre un caballo herido.

—Asunto desagradable, este —murmuró Tommy, con los ojos fijos en su trabajo. Sus manos callosas se movían con sorprendente delicadeza mientras llenaba una jeringa de un pequeño frasco.

Elizabeth se acercó al establo, frunciendo el ceño.

—¿Qué ha ocurrido?

La mandíbula de Tommy se tensó.

—Tendón distendido. El muy necio de animal intentó saltar cuando no estaba preparado —sus palabras eran duras, pero su suave tacto al administrar la inyección delataba su preocupación.

Elizabeth extendió la mano y la pasó por el hocico aterciopelado del caballo.

—¿Cuánto tardará en recuperarse?

Tommy se enderezó, girando los hombros para aliviar la tensión.

—Días, si tenemos suerte —su mirada se desvió hacia Elizabeth, entrecerrando los ojos—. Pero supongo que no ha venido usted por este animal. ¿Cómo está el muchacho?

La mano de Elizabeth se apartó del caballo, con los dedos enroscándose en un puño flojo.

—Está... aguantando. Asustado, aunque nunca lo admitirá.

Los labios de Tommy se apretaron en una fina línea, su expresión sombría. Se ocupó en recoger los suministros médicos.

—He oído que su señoría ha salido pitando para Londres.

—Algunos asuntos que no podía evitar, desafortunadamente —respondió Elizabeth, con la columna vertebral rígida. Respiró hondo, obligando a su voz a serenarse—. Pero le doy mi palabra, ninguno de nosotros abandonará a Alfie.

El viejo entrenador hizo una pausa en su trabajo, con el escepticismo grabado en cada línea de su rostro curtido. Pero Elizabeth le sostuvo la mirada sin pestañear.

Pasó un momento, el silencio roto solo por el suave relincho de los caballos en los establos cercanos. La mano de Elizabeth rozó el sobre doblado en su bolsillo.

—Tommy —comenzó, con voz baja—, no he podido evitar notar cierta tensión entre Alfie y el señor Black. ¿Sabe por qué no se llevaban bien?

Las manos de Tommy se detuvieron en el flanco del caballo. Sus hombros se hundieron como bajo un peso invisible.

—Estaba tan lleno de sí mismo, ese —murmuró, sin volverse para mirarla—. Se enemistaba con la mayoría de la gente.

Se detuvo, pasándose una mano por la cara antes de continuar.

—Como su antiguo entrenador, Bucky. Fue como un padre para Reggie y, en cuanto empezó a ganar, lo echó a un lado como una silla desgastada.

—¿Sabe dónde podría encontrar ahora a ese Bucky?

La risa de Tommy fue áspera y sin humor.

—Por aquí y por allá. Principalmente en el fondo de una botella, me atrevería a decir —sus ojos se encontraron con los de Elizabeth, con un destello de comprensión pasando por ellos—. Le doy trabajo cuando puedo, pero...

Elizabeth asintió, tamborileando ligeramente con los dedos contra el establo.

—¿Puede pensar en alguien más?

Los labios de Tommy se torcieron en una sonrisa amarga.

—Reggie se creía un donjuán. Dejó tras de sí un rastro de corazones rotos y hombres enfadados —se volvió hacia el caballo—. Me atrevería a decir que había más de uno que habría pagado buen dinero por verle recibir lo que se merecía.

Las palabras de Tommy arrojaban nueva luz sobre el carácter de Reggie. Elizabeth sospechaba que Reggie y Amelia habían mantenido una aventura. De ser cierto, esto situaba a Dominic Archer bajo una luz intrigante. Quizás se encontraba entre aquellos dispuestos a ver a Reggie recibir lo que se merecía.

—Gracias, Tommy. Ha sido de gran ayuda.

Tommy asintió.

—Me alegro de haber sido útil, mi señora.

Mientras Elizabeth salía de las cuadras, reflexionaba sobre los chismes de la señora Bentley. La afición de Amelia Stanford por los hombres inadecuados y la reputación de Dominic Archer como cazafortunas de repente parecían mucho más significativas.

Recordó la noche en Rosewood Park: la furia de Dominic cuando golpeó a Reggie, dejándole un espectacular ojo morado.

Quizás era hora de visitar a los huéspedes de los Bentley.

Después de recoger su abrigo y su bolso de la casa, se deslizó en el Aston Martin de Iggy y partió hacia la casa de los Bentley. El motor ronroneaba mientras navegaba por las amplias curvas de su camino, robles antiguos flanqueando el sendero, sus ramas retorcidas extendiéndose hacia el cielo sobre los cuidados céspedes.

Al acercarse, emergió la elegancia discreta de la gran mansión. La hiedra se aferraba a su fachada gastada por el tiempo. Las altas ventanas de parteluz brillaban, su cristal ligeramente deformado era la única traición del paso del tiempo.

Deteniéndose ante los amplios escalones frontales, observó la escena, examinando los pulcros parterres que enmarcaban la entrada. Dos leones de piedra flanqueaban la puerta, sus feroces expresiones intactas a pesar de los años.

Saliendo del coche, llevaba un llamativo ramo, recogido apresuradamente de los jardines de Rosewood Park, una excusa, en realidad, para justificar su visita sin previo aviso. Inhaló profundamente, saboreando la embriagadora mezcla de flores primaverales: fragantes fresias, guisantes de olor y rosas tempranas.

Una fresca brisa le pinchaba las mejillas mientras subía los escalones de la entrada, trayendo consigo el inconfundible aroma de la lluvia que se aproximaba.

Llamó con firmeza a la puerta de roble envejecido. Momentos después, se abrió, enmarcando a un mayordomo con atuendo impecable que hacía juego con sus modales precisos. Sus ojos,

agudos y evaluadores, la recorrieron antes de ofrecer un respetuoso asentimiento.

—Buenas tardes, señora. ¿En qué puedo ayudarla?

—Buenas tardes. Esperaba poder hablar con la señora Bentley si se encuentra en casa.

—Por supuesto, señora. Pase, por favor —se hizo a un lado, revelando un espacioso vestíbulo—. ¿Puedo preguntarle su nombre, por favor?

—Lady Elizabeth Hawthorne.

El mayordomo inclinó ligeramente la cabeza.

—Gracias, Lady Elizabeth. Permítame un momento para preguntar si la señora Bentley está recibiendo visitas esta tarde.

Elizabeth esperó en el vestíbulo, con una sonrisa jugando en sus labios al imaginar la reacción de Meli ante los oscuros paneles de madera y los austeros retratos ancestrales. Su prima sin duda sugeriría reemplazarlos todos con algunos Étienne Laroche para darles un necesario toque de color.

El mayordomo apareció.

—La señora Bentley la recibirá ahora, Lady Elizabeth. Si es tan amable de seguirme.

Ella inclinó la cabeza.

—Gracias.

La condujo a través del vestíbulo hasta la sala de estar.

Dolores Bentley se levantó de su silla, con el rostro iluminándose.

—¡Lady Elizabeth! ¡Qué agradable sorpresa!

—Esto es para usted, señora Bentley —dijo Elizabeth, ofreciéndole el vibrante ramo—. Recién cortadas de los jardines de Rosewood Park —lanzó una rápida mirada a Amelia, que apenas había conseguido esbozar una sonrisa como saludo—. Recuerdo que mencionó que la señorita Stanford no se encontraba muy bien y pensé que estas podrían levantar su ánimo.

Dolores aceptó las flores con deleite, inhalando su fragancia.

—¡Oh, qué hermosas! Huelen divinamente —se volvió hacia Amelia, suavizando la voz—. ¿No ha sido un detalle, Amelia?

La mirada de Amelia permaneció fija en algún punto distante más allá de la ventana, sus labios apenas se crisparon en respuesta.

Dolores llamó por encima de su hombro:

—Jenkins, ¿podría traernos un poco de té? —se volvió hacia Elizabeth—. ¿Te acompaña tu prima, querida?

Elizabeth negó con la cabeza mientras se acomodaba en un mullido sillón.

—Meli se ha quedado en Rosewood Park. Tiene planeada una clase de equitación con Georgia.

Un atisbo de diversión brilló en los ojos de Dolores.

—A veces juraría que Georgia ama más a los caballos que a las personas.

—Ciertamente tiene un don con ellos.

Dolores miró las flores.

—Si me disculpas, debo encontrar un jarrón para estas preciosas flores. No podemos dejar que se marchiten, ¿verdad? —al salir, Elizabeth captó un destello de alivio cruzando el rostro de la mujer mayor, dejándola a solas con la melancólica Amelia.

La criada entró con la bandeja del té y la dejó en silencio. Amelia ni siquiera la reconoció, continuando con el examen de sus perfectamente cuidadas uñas. Elizabeth agradeció a la muchacha, observándola retirarse antes de volverse expectante hacia su compañera. Amelia permaneció inmóvil, aparentemente por encima de tareas tan mundanas como servir el té. Elizabeth sintió un destello de irritación ante tal descarada grosería, tanto hacia la criada como hacia ella misma como invitada. Ocultando su desaprobación, alcanzó la tetera.

—El hogar de los señores Bentley es bastante encantador, ¿no cree? —preguntó Elizabeth, extendiendo una taza hacia su compañera—. ¿Los visita a menudo?

Amelia aceptó la taza, echando tres cucharadas de azúcar en su té.

—Una o dos veces al año. Dolores es prima de mi madre. Desde el fallecimiento de mis padres, supongo que se ha convertido en

algo así como una figura maternal para mí —hizo una pausa, con una chispa de diversión bailando en sus ojos—. Aunque estoy bastante segura de que soy una constante fuente de exasperación tanto para ella como para el pobre Cecil.

Elizabeth asintió, dando un sorbo a su propio té. Era casi como si Amelia sintiera algún tipo de perverso orgullo por la angustia que su comportamiento causaba.

Con la charla trivial pronto agotada, Elizabeth abordó hábilmente el tema del accidente de Reggie.

—¿No fue simplemente horrible lo de la caída del señor Black? Qué tragedia.

—Es un deporte peligroso —reflexionó, con voz nivelada—. Esa es una de las cosas que le encantaban, la emoción... la adrenalina cuando cruzaba la línea de meta —sus dedos encontraron el rubí tallado en su mano izquierda, girándolo distraídamente—. A Reggie le gusta... le gustaba vivir al límite.

Elizabeth dejó su taza.

—He oído rumores de que el señor Black estaba considerando retirarse de las carreras antes de su caída. ¿Algo sobre explorar nuevos horizontes?

Los labios de Amelia se torcieron en una media sonrisa, sus ojos brillando con diversión.

—¿Reggie? ¿Abandonar el centro de atención? —dejó escapar una risa corta y aguda—. Me temo que quien le contó eso claramente no le conocía muy bien.

—Me preguntaba si tal vez estaba pensando en sentar cabeza —sugirió Elizabeth, inclinándose ligeramente hacia delante, con la mirada fija en el rostro de Amelia.

Amelia se echó hacia atrás, su postura enderezándose como si le hubieran insertado una varilla de acero a lo largo de la columna vertebral.

—Puedo asegurarle, Lady Elizabeth, que la domesticidad era lo más alejado de la mente de Reggie.

Mientras hablaba, su pulgar continuaba girando el anillo alrededor de su dedo, un movimiento que contradecía la indiferencia que intentaba proyectar.

Las cejas de Elizabeth se arquearon, inclinando la cabeza hacia un lado.

—¿Oh? ¿Qué le hace estar tan segura?

—Porque el mundo de Reggie giraba en torno a una persona, y solo una: Reggie Black.

Elizabeth hizo una pausa, estudiando los mínimos cambios en la expresión de Amelia.

—Supongo que una vida familiar y las exigencias del mundo de las carreras no son exactamente compatibles, ¿verdad? Especialmente si lo que he oído sobre los... excesos es cierto —bajó la voz—. He oído rumores de que algunos jockeys recurren a ciertos... estimulantes para mantenerse al día. Para hacer frente a la presión.

La mandíbula de Amelia se tensó, con un músculo palpitando en su sien. Inhaló bruscamente y agarró el brazo de su silla.

—Reggie ciertamente le gustaba vivir al límite —respondió—. Pero nunca se dio a las drogas —dejó su taza con un suave tintineo —. Afirmaba que embotaban los sentidos, y para mantenerse en la cima, necesitaba tener la mente despierta y los reflejos agudos.

Amelia cruzó las piernas, sus dedos jugueteando distraídamente con el dobladillo de su vestido donde descansaba sobre su rodilla.

—¿Sabe? Solía bromear con Reggie sobre tener un deseo de muerte. Los riesgos que tomaba en la pista, la compañía que frecuentaba fuera de ella... —negó con la cabeza, una sonrisa de pesar tirando de sus labios—. Pero nunca soñé que terminaría así. Pensé... —su voz se suavizó, con un toque de nostalgia colándose en ella—. Supongo que pensé que teníamos más tiempo.

El tono nostálgico de Amelia solidificó las sospechas de Elizabeth, insinuando algo más que un conocido casual entre ella y Reggie. Reflexionó sobre la reputación del jockey como mujeriego, pero el comentario de Amelia sobre *la compañía que frecuentaba fuera de la*

pista le preocupaba. ¿Qué compañía había estado frecuentando que podría haber amenazado potencialmente su vida?

Sopesó cuidadosamente su siguiente movimiento. La relación de Amelia con Dominic Archer podría resultar crucial para entender las dinámicas en juego. Mantuvo su voz ligera pero inquisitiva.

—¿Y qué hay de sus propias perspectivas románticas, señorita Stanford? ¿Podríamos escuchar pronto campanas de boda para usted y el señor Archer?

Las cejas de Amelia se dispararon hacia arriba, con un toque de diversión curvándose en las comisuras de su boca.

—¿Con Dominic? Difícilmente —negó con la cabeza, con una pizca de pesar en su sonrisa—. Es guapo y encantador, se lo concedo —añadió, con un tono que adquiría un filo conocedor—. Pero ya he recorrido el camino matrimonial dos veces con hombres más interesados en mi cuenta bancaria que en mí. No volveré a cometer ese error.

Dolores se deslizó de nuevo en la habitación.

—Oh, lo siento terriblemente —dijo, alisándose el cabello—. La cocinera necesitaba mi atención urgente... Ya sabe cómo es —sus ojos se movieron entre Elizabeth y Amelia—. ¿Debo pedir más té fresco?

Elizabeth se levantó.

—Gracias, pero realmente debo volver a Rosewood. Quizás en otra ocasión.

—Por supuesto, querida —murmuró Dolores, con los labios adelgazándose mientras dirigía su mirada a Amelia—. Aunque eres más que bienvenida a quedarte.

Elizabeth negó con la cabeza.

—Gracias, pero realmente debo irme. He abusado de su hospitalidad el tiempo suficiente.

Dolores alcanzó el cordón de la campana. El suave repique resonó por la casa, y Jenkins apareció en la puerta.

—Lady Elizabeth se marcha —anunció Dolores—. Acompáñela a la salida, ¿quiere?

Amelia permaneció sentada, su atención aparentemente captada por las primeras gotas de lluvia que golpeaban la ventana.

La lluvia se intensificó cuando Elizabeth salió de la casa de los Bentley. El cielo grafito cumplía su promesa anterior mientras gruesas gotas golpeaban el camino de grava. Corrió hacia el Aston Martin de Iggy y se deslizó en el asiento del conductor justo cuando los cielos se abrieron.

Maniobró con cuidado el automóvil de Iggy alrededor de otra curva más, su motor ronroneando incluso a ese ritmo de tortuga. Sus nudillos se blanquearon al intensificar su agarre sobre el volante. La lluvia azotaba el parabrisas con furia implacable, y los limpiaparabrisas trabajaban a toda máquina, apenas pudiendo mantener el ritmo del diluvio. Entrecerrando los ojos a través de la cortina gris de agua, luchaba por distinguir los giros y vueltas del camino rural.

Más adelante, una figura solitaria se acurrucaba bajo las extensas ramas de un antiguo roble. Entrecerró los ojos al acercarse, la silueta definiéndose en la familiar forma de Dominic Archer, con los hombros encogidos contra el aguacero.

Aflojó el acelerador, deteniendo el coche frente a él. Bajando la ventanilla, exclamó:

—¡Señor Archer! ¿Le gustaría que le lleve?

Dominic levantó la mirada, con gotas de lluvia aferradas a sus oscuras pestañas.

—Gracias, Lady Elizabeth, pero estoy seguro de que pasará pronto.

—Vamos, señor Archer —insistió, sintiendo la fría neblina de la lluvia en su mejilla—. Entre y séquese. Cogerá la muerte ahí fuera.

Por un momento, él dudó. Luego, con un resignado asentimiento, abrió la puerta de un tirón y se deslizó en el asiento del pasajero.

—Vengo de casa de los Bentley —dijo Elizabeth, rompiendo el silencio que se había instalado entre ellos—. Son una pareja encantadora, ¿no cree?

Dominic se movió incómodamente, con la mirada fija en el parabrisas azotado por la lluvia.

—Supongo.

El constante golpeteo de la lluvia en el techo del coche llenó el silencio. La mirada de Elizabeth se desvió hacia Dominic antes de hablar.

—Qué tragedia lo del accidente del señor Black, ¿no cree?

La mandíbula de Dominic se tensó.

—Él conocía los riesgos.

Ella eligió sus palabras cuidadosamente, incluyendo deliberadamente la mención de Amelia en su pregunta.

—¿Usted y la señorita Stanford lo conocían bien?

Un músculo se crispó en la mejilla de Dominic.

—No tan bien como parecía conocerlo Amelia —respondió, con la mirada entrecerrada aún fija en el parabrisas azotado por la lluvia.

Los dedos de Dominic se curvaron en puños, sus nudillos blanqueándose contra la tela oscura de sus pantalones.

—Reggie Black era un canalla —espetó de repente, las palabras brotando de él como una presa que se rompe—. Recibió lo que merecía.

Las cejas de Elizabeth se arquearon, sus labios separándose en sorpresa. Este arrebato apasionado estaba muy lejos de las respuestas entrecortadas anteriores de Dominic.

Él se pasó una mano por el pelo húmedo, dejándolo erizado en mechones despeinados.

—Yo... no debería... —se interrumpió, negando con la cabeza. Cuando se volvió para mirar a Elizabeth, sus ojos ardían con una intensidad que la tomó por sorpresa—. Sé lo que dicen de mí. Que solo voy tras el dinero de Amelia. Pero no es cierto —su voz bajó, cruda de emoción—. La amo. Haría cualquier cosa por ella.

Ella se reclinó ligeramente, abriendo los ojos ante el inesperado arrebato de Dominic.

Su mirada se desvió hacia la ventana, donde la lluvia había amainado hasta convertirse en un suave golpeteo contra el cristal.

—Debería irme —dijo abruptamente, con la mano ya en el tirador de la puerta—. Gracias por el cobijo.

Elizabeth lo observó marcharse, su apasionada declaración permaneciendo en el espacio vacío a su lado.

Haría cualquier cosa por ella. Las palabras giraban en su mente, cada repetición desvelaba nuevas y perturbadoras posibilidades. Sus dedos se apretaron en el volante, sus nudillos palideciendo mientras lidiaba con las implicaciones de la confesión de Dominic.

¿Había asesinado Dominic Archer a Reggie Black?

Y si él era el asesino, ¿había sido su motivo el amor... o los celos?



Capítulo Quince

ELIZABETH CRUZÓ EL UMBRAL de Rosewood Park, con el cansancio asentándose en sus huesos. El día había sido un torbellino: su visita a los Bentley, una conversación con Amelia y el inesperado encuentro con Dominic Archer. Lo único que deseaba ahora era un baño caliente y el consuelo de acostarse temprano.

—¡Aquí estás! —Meli apareció en la puerta con un libro en la mano—. Te he estado buscando todo el día —dijo, acercándose a donde Elizabeth estaba parada.

—Lo siento muchísimo, Meli —respondió Elizabeth, dejando su bolso—. ¿No recibiste mi mensaje? Dejé dicho con Iggy cuando recogí las llaves del automóvil.

Meli negó con la cabeza. —Pritchard mencionó que habías ido a visitar a los Bentley, pero no he visto a Iggy en todo el día. ¿Cómo estaba?

—Arrepentido. ¿Qué tal tu clase de equitación con Georgia? —preguntó mientras colgaba su abrigo.

Meli se encogió de hombros. —Estuvo bien, pero Georgia la acortó cuando llegó el señor Bellini. Dijo que tenían algunos asuntos que atender.

Elizabeth arqueó las cejas. —¿El señor Bellini estuvo aquí? —Enzo Bellini de vuelta en Rosewood Park, después del disgusto de

anoche... no tenía sentido. ¿Por qué demonios Georgia aceptaría su presencia, sabiendo lo que Iggy sentía por él?

—Así es —asintió Meli—. Y parecía decepcionado de que no estuvieras aquí. Yo diría que está bastante prendado de ti. Nos ha invitado a todos a su club esta noche. Espero que no te importe, pero ya he aceptado.

El deseo de retirarse a pasar una velada tranquila tiraba de Elizabeth, pero el entusiasmo de Meli hacía difícil negarse.

—Es que... es tan terriblemente aburrido aquí. Sé que tenemos que quedarnos hasta que liberen a Alfie —añadió rápidamente—. Pero...

Elizabeth sintió una punzada de culpa. Solo habían planeado quedarse unos días para el Gran Nacional, pero el arresto de Alfie y la repentina llamada de William a Londres habían prolongado su visita indefinidamente. Y había dejado a Meli sola todo el día.

—Está bien —concedió.

El rostro de Meli se iluminó. —¡Maravilloso! Ya he elegido mi atuendo.

Pasando su brazo por el de Elizabeth, Meli la condujo escaleras arriba hacia su dormitorio.

—¿Qué te llevó a casa de los Bentley hoy? —preguntó Meli en cuanto estuvieron dentro—. Habría aprovechado la oportunidad de acompañarte... cualquier cosa para escapar de la monotonía de aquí.

—No había planeado ir allí, pero una cosa llevó a la otra, y antes de darme cuenta, el día se me había escapado.

—¿A qué te refieres?

Metió la mano en su bolsillo y le entregó a Meli el sobre.

Los ojos de Meli se agrandaron mientras examinaba el documento. —¿Los resultados de la autopsia? ¿Dónde los has conseguido?

Elizabeth se apoyó contra el armario con los brazos cruzados. —Eso es lo más extraño. Pritchard me lo dio esta mañana, pero nadie parece saber de dónde vino.

—¿Crees que William lo envió? ¿O el Inspector Jefe? —Meli se sentó en el borde de su cama, aún sujetando el papel.

—Si William hubiera conseguido una copia, habría telefoneado —respondió Elizabeth, negando con la cabeza—. Y dudo mucho que el Inspector Jefe hubiera proporcionado esta información, especialmente porque demuestra que el señor Black ya estaba muerto antes de caer.

Meli se enderezó, sus ojos volviendo al documento. —Pero si el señor Black ya estaba muerto antes de caer... aunque Alfie lo hubiera empujado, no lo mató. Seguramente esto significa que ese malvado Inspector Jefe tendrá que liberarlo, ¿no?

Elizabeth se apartó del armario, paseándose por la habitación. —Ojalá fuera tan sencillo. Pero el rencor de Wainwright contra Alfie es tan profundo que probablemente tergiversará esto, alegando que Alfie podría haber administrado la inyección durante la carrera o alguna tontería similar.

Un pesado silencio cayó entre ellas. La mirada de Elizabeth se desvió hacia la ventana, su reflejo pálido contra el cielo oscurecido.

—¿Qué ocurre? —preguntó Meli suavemente.

Elizabeth se volvió, sus ojos encontrándose con los de Meli. —Yo... vi a Alfie, justo antes de la carrera. Estaba discutiendo con Reggie. Reconocí sus distintivas sedas de jinete.

La mano de Meli voló a su boca. —Seguramente no pensarás que Alfie fue responsable de inyectar a Reggie, ¿verdad?

—No, por supuesto que no —dijo Elizabeth con firmeza, pero su voz vaciló ligeramente. Se hundió en el borde de su cama—. Pero no tiene buena pinta, ¿verdad?

Meli se sentó a su lado. —¿Qué crees que estaba haciendo allí?

Elizabeth negó con la cabeza. —No lo sé, pero mientras huía, derribó uno de los caballetes de las carreras, atrayendo la atención de los demás.

—Y si el inspector se entera... —la voz de Meli se apagó.

—Exactamente —respondió Elizabeth, enderezándose—. Lo que significa que necesito encontrar al verdadero asesino antes de que el

Inspector Jefe descubra esta información.

—Sigo sin entender cómo se relaciona esto con los Bentley.

Elizabeth hizo una pausa frente al armario, su mirada alternando entre un vestido burdeos y un modelo de seda esmeralda. Eligió el segundo, cuyo bordado de cuentas de inspiración Art Decó captaba la luz eléctrica. —Es una historia bastante indirecta. El comentario de Tommy sobre el señor Black me llevó a los Bentley.

Mientras se vestían, Elizabeth le relató su visita, señalando cómo había sacado información del comportamiento de Amelia y sus señales no verbales. Meli escuchaba atentamente, poniéndose un vestido de gasa rosa pálido con cintura baja, cuyo dobladillo se balanceaba justo por debajo de sus rodillas.

Elizabeth cogió su máscara de pestañas. —Pero fue la declaración de amor del señor Archer lo que realmente me pilló desprevenida.

Meli aseguró la correa en forma de T de sus zapatos plateados de baile. —Elizabeth, ¿crees que el señor Archer podría estar involucrado en la muerte del señor Black?

Ella hizo una pausa, con el pintalabios suspendido cerca de sus labios mientras reflexionaba. —Es concebible. Ciertamente tiene motivos convincentes: amor y celos.

—Una combinación peligrosa, sin duda —murmuró Meli.

El reloj dio la hora, su campanada recordándoles el tiempo.

—¡Date prisa, Elizabeth! Vamos a llegar tarde, y me moriré si no escapo pronto de esta lúgubre vieja prisión y me divierto un poco.

—No seas tan melodramática. —Los labios de Elizabeth se contrajeron, luchando contra una sonrisa mientras negaba con la cabeza ante las teatralidades de su prima.

El entusiasmo de Meli era contagioso y, a pesar de sí misma, Elizabeth sintió una chispa de anticipación por la velada que les esperaba mientras bajaban las escaleras para reunirse con los demás.

Georgia las recibió al pie de las escaleras. Llevaba un impresionante vestido dorado, su cabello castaño rojizo recogido en

un elegante moño. —¡Aquí estáis! Pensé que tal vez habíais cambiado de opinión.

—Ni hablar —respondió Meli.

Elizabeth miró alrededor del vestíbulo. —¿Iggy se unirá a nosotros?

La sonrisa de Georgia vaciló por una fracción de segundo, una sombra pasando tras sus ojos. —Eh, no... no es realmente su tipo de evento.

—Nada lo es últimamente. —Su voz era baja, teñida de amargura.

Elizabeth parpadeó, insegura de si había oído correctamente. —Perdona, ¿qué has dicho?

Georgia se volvió rápidamente, con su sonrisa firmemente en su lugar una vez más. —Solo pensaba en voz alta, cariño. —Juntó las manos—. Ahora, ¿están listas, señoritas? No queremos perdernos toda la diversión, ¿verdad?

Georgia las guió hacia fuera, donde Simmons las esperaba.

Los caminos rurales pronto dieron paso al paisaje urbano de Liverpool. Las farolas de gas arrojaban charcos de luz sobre los adoquines mientras se acercaban a los muelles.

El automóvil redujo la velocidad y se detuvo frente a una puerta discreta. Salieron al aire nocturno. Un asentimiento del portero, y entraron en otro mundo.

Las sensuales notas de un saxofón de jazz se entrelazaban con el murmullo de los clientes de Adelina. Una risotada estalló desde un reservado en una esquina, atrayendo miradas curiosas. El humo de los cigarrillos colgaba en perezosos rizos bajo los apliques eléctricos, cuya luz se reflejaba en las garrafas de cristal y en el reluciente riel de latón de la barra de caoba.

Cuando Elizabeth, Meli y Georgia se acercaron a la mesa central, una anfitriona se les aproximó. —Buenas noches, Lady Fairfax, es un placer verla de nuevo. El señor Bellini la está esperando.

Elizabeth navegó por el laberinto de mesas que rodeaban la pista de baile de Adelina. Las parejas se balanceaban al ritmo sensual de

la banda de jazz, sus movimientos un hipnótico flujo y reflujo. A medida que avanzaban, la atmósfera del club cambiaba. Las mesas se espaciaban más, revelando lujosos reservados de terciopelo. Los diamantes brillaban en muñecas y cuellos, captando el resplandor de las arañas de cristal. Voces susurrantes reemplazaban las risas estridentes, secretos intercambiados sobre copas de champán. Habían cruzado un umbral invisible hacia el santuario interior de Adelina, donde el privilegio y la discreción se entrelazaban.

Enzo Bellini atraía la atención en el centro de una mesa concurrida. La conversación cesó cuando las damas se acercaron, miradas curiosas siguiendo cada uno de sus movimientos. Enzo se desplegó de su asiento, su traje a medida acentuando su altura. Su sonrisa, afilada como el filo de una navaja, destelló en la tenue luz.

—Georgia, fashionablemente tarde como siempre.

—Es la única manera de hacer una entrada, cariño.

La mirada de Enzo se deslizó hacia Elizabeth, demorándose un latido demasiado largo. Levantó su mano enguantada hasta sus labios. —Lady Elizabeth, un placer como siempre.

Su sonrisa se suavizó al girarse hacia Meli. —Señorita Diomaros, estoy encantado de que pudiera acompañarnos esta noche.

Enzo hizo rápidas presentaciones, su mano gesticulando hacia cada invitado por turno. —Creo que ya conoces a todo el mundo, Georgia.

Se volvió hacia Elizabeth, bajando la voz. —Le he reservado un asiento, Lady Elizabeth. Aquí mismo. —Señaló la silla a su lado.

Georgia se deslizó en un asiento frente a ellos, ya inmersa en una conversación con un apuesto joven y una impresionante morena.

Elizabeth se acomodó junto a Enzo, con Meli a su otro lado. El champán burbujeaba en las copas de cristal mientras la banda de jazz iniciaba una animada melodía, y la conversación se elevaba para acompañarla.

—Lady Elizabeth, tengo entendido que conduce un Duesenberg.

Elizabeth se reclinó, entrecerrando ligeramente los ojos. —¿Cómo demonios sabe usted eso? —No podía determinar si debía sentirse

halagada o preocupada.

—Digamos que tengo mis fuentes. —Los ojos de Enzo brillaron—. Pero, ¿sabe?, estoy convencido de que si probara un Fraschini, nunca volvería a mirar su automóvil americano de la misma manera.

—¿Ah, sí? ¿Qué le hace estar tan seguro?

—Porque los italianos hacemos todo mejor —dijo con una sonrisa confiada—. Permítame llevarla a dar una vuelta y demostrárselo.

—Suena como todo un desafío, señor Bellini.

—Bueno, he oído que usted no es de las que rehúyen un desafío, Lady Elizabeth.

Ella hizo una pausa, considerando sus palabras. —Aunque es intrigante, me temo que mi agenda deja poco espacio para tales diversiones en este momento.

—Soy un hombre paciente —replicó él, con la mirada fija—. Puedo esperar.

Las notas iniciales de "Black Bottom" llenaron el aire. Un joven se acercó, con los ojos fijos en Meli. —Señorita Diomaros, ¿le gustaría bailar?

Las cejas de Enzo se fruncieron mientras se dirigía a su primo, su voz manteniendo un tono de advertencia. —*Antonio, comportati bene. Porta rispetto alla signorina*.

Los ojos de Antonio se abrieron en fingida ofensa, su mano dramáticamente colocada sobre su corazón. —*Ma cugino, non lo faccio sempre?*

Satisfecho, Enzo se volvió hacia Elizabeth. —Mi primo menor, Antonio. Es un buen chico. Tratará a la señorita Diomaros con el respeto adecuado... o tendrá que responder ante mí.

Elizabeth inclinó ligeramente la cabeza. —Estoy segura de que lo hará, señor Bellini.

Mientras "Black Bottom" pulsaba a través del club, la atención de Elizabeth cambió hacia el hombre que se acercaba: una figura mediterránea en un traje perfectamente a medida, su expresión severa fuera de lugar en la animada escena. La sonrisa de Enzo se

desvaneció instantáneamente, su comportamiento juguetón cediendo ante una tensa contención.

El recién llegado se inclinó y susurró rápidamente en italiano al oído de Enzo. Elizabeth no pudo captar las palabras, pero el cuerpo de Enzo hablaba por sí solo. Sus hombros se tensaron, la mandíbula apretada, respondiendo solo con bruscos asentimientos. Fuera cual fuese el mensaje, no era bueno.

Los dedos de Enzo tamborilearon un ritmo rápido sobre el mantel mientras se giraba hacia Elizabeth, su expresión tensándose. —Lady Elizabeth, yo... —Hizo una pausa, suspirando—. Debo disculparme. Un asunto urgente requiere mi atención inmediata. —Hizo una señal a un camarero que pasaba—. Por favor, pida lo que desee. Volveré tan pronto como pueda.

Desapareció entre la multitud, todavía enfrascado en una conversación susurrada con el hombre del traje. Su mirada recorrió el interior de Adelina. Elegantes accesorios cromados y pulidos espejos Art Decó recubrían las paredes, sus superficies captando la bruma azul del humo de cigarrillo y el destello de lentejuelas resplandecientes. A lo largo de las paredes, banquetas bajas de cuero albergaban reuniones íntimas, sus ocupantes inclinándose cerca unos de otros, con voces inaudibles contra el animado telón de fondo.

Un destello de movimiento en la esquina lejana captó su atención. Parpadeó, enfocándose en lo que parecía ser un trozo de pared brillante. No, no la pared: una cortina, su rico terciopelo a juego con el papel tapiz perfectamente. Mientras observaba, un caballero en traje de noche se deslizó detrás de ella, la tela asentándose sin hacer ruido.

Intrigada, Elizabeth se enderezó, su atención fija en esa esquina. Durante los siguientes minutos, observó a otros clientes acercarse al mismo lugar. Un caballero de cabello plateado hizo una pausa para encender un cigarro antes de desaparecer. Un hombre más joven tiró de su cuello, mirando alrededor antes de que él también

desapareciera tras la cortina. Cada uno se movía con facilidad practicada, sugiriendo familiaridad.

La música aumentó, sacando a Elizabeth de sus observaciones. Se levantó, las cuentas de su vestido captando la luz mientras se movía. Su mirada se dirigió hacia la pista de baile donde Meli giraba entre las enérgicas notas de "Ain't We Got Fun". Con una última mirada a la forma de Enzo alejándose, ahora apenas visible entre la multitud, se abrió paso entre las mesas mientras cruzaba la sala, sus ojos parpadeando periódicamente hacia la esquina lejana donde ondulaba la cortina.

Se detuvo frente a una pintura de Etienne Laroche, sus colores audaces y formas abstractas un cambio llamativo respecto a la elegancia discreta de Adelina. Al pasar a la siguiente pieza, su mirada se deslizó hacia la cortina cercana. El hueco poco profundo detrás finalmente explicaba las desconcertantes desapariciones de los clientes.

Elizabeth se colocó para tener una mejor vista, fingiendo interés en otra de las obras de arte mientras un caballero se acercaba a la cortina. Se deslizó detrás de los pliegues de terciopelo, desapareciendo completamente de la vista. Un momento después, sonó una serie de golpes: dos rápidos, una pausa y luego tres más.

Observó cómo otros repetían el ritual. Sus ojos se estrecharon al hacer la conexión: cada cliente llevaba un pequeño alfiler plateado con una A pulida. El alfiler no era mera decoración; era una llave para lo que fuera que hubiera más allá de esa cortina.

Memorizando cada detalle, Elizabeth esperó su oportunidad. Su chance llegó cuando un hombre salió tambaleándose de detrás de la cortina, inestable sobre sus pies. Interponiéndose en su camino, dejó escapar un suave jadeo cuando chocaron. —Oh, le ruego me disculpe —murmuró, con una mano estabilizándolo mientras la otra hábilmente cogía el alfiler de su solapa.

—No hay daño, querida —balbuceó, alejándose tambaleante, ajeno al robo.

Sujetó el alfiler a su vestido y escaneó la habitación. Segura de que nadie la observaba, se deslizó detrás de la cortina, desapareciendo en las sombras.

Levantó la mano y llamó: dos golpes rápidos, una pausa, tres más. La escotilla se abrió. Unos ojos oscuros se encontraron con los suyos, luego bajaron hasta el alfiler plateado mientras la puerta se abría con un gemido.

La anticipación se entrelazó con la incertidumbre mientras su corazón latía con fuerza. Cualquier cosa que la aguardara más allá de la puerta, era demasiado tarde para dar marcha atrás ahora.



Capítulo Dieciséis

HUMO Y SECRETOS. ELIZABETH inhaló ambos mientras se deslizaba en el sanctasanctórum de Adelina. El jazz se desvaneció, reemplazado por el susurro de las cartas y el murmullo bajo de apuestas discretas.

Hombres en traje de noche se inclinaban sobre el paño verde, sus rostros oscurecidos por espirales de humo de cigarro. Mientras tanto, mujeres envueltas en seda y joyas observaban con calculado interés. Las fichas chasqueaban y las cartas restallaban, un ritmo constante puntuado por inspiraciones bruscas y maldiciones murmuradas.

La mirada de Elizabeth saltaba de un rostro a otro, buscando cualquier señal de Enzo Bellini. Un camarero se deslizó junto a ella, con copas de cristal tintineando en su bandeja plateada. Agarró una copa de champán y la usó para disimular su escrutinio de este santuario interior.

Una anfitriona de figura imponente con cabello negro azabache se acercó, su sonrisa cálida pero sus oscuros ojos escaneando el atuendo de Elizabeth con familiaridad, su mirada deteniéndose en el broche plateado.

—Buenas noches, señora. Bienvenida a Adelina —dijo, con una voz tan suave como la seda de su vestido negro de cóctel—. No creo

haberla visto antes por aquí. ¿Es esta su primera visita?

Los dedos de Elizabeth se tensaron alrededor de su copa de champán.

—Sí, lo es. Estoy visitando a unos amigos por la zona.

La sonrisa de la anfitriona se ensanchó, pero sus ojos permanecieron fríos.

—¿Me permitiría ser tan atrevida como para preguntar quiénes son… para poder agradecérselo?

Elizabeth abrió la boca y luego la cerró, su mente en blanco. Los ojos de la anfitriona se estrecharon ligeramente, inclinando la cabeza hacia un lado.

—¡Lady Elizabeth! —Una voz familiar cortó la tensión como un cuchillo—. ¡Qué sorpresa!

Amelia Stanford cruzó la habitación con elegancia, su vestido carmesí arremolinándose alrededor de sus pies. Besó al aire cerca de la mejilla de Elizabeth, el olor del alcohol penetrante en su aliento.

—No hace falta interrogar a la pobre mujer —espetó a la anfitriona, agitando una mano enjoyada.

La postura de la mujer se tensó, su sonrisa congelada.

—Por supuesto, señorita Stanford —Con una ligera reverencia, se retiró entre la multitud.

La mirada de Amelia se posó en la solapa de Elizabeth, arqueando su perfectamente delineada ceja.

—Eres toda una caja de sorpresas, Lady Elizabeth. Nunca pensé que te vería en un lugar como este.

La barbilla de Elizabeth se elevó ligeramente.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué es eso?

La risa de Amelia tintineó como hielo en un vaso mientras cogía una nueva copa de champán de un camarero que pasaba.

—Oh, ya sabes... —Hizo una pausa para dar un sorbo antes de continuar—. Supongo que pensaba que eras un poco... rígida. Todo reglas y nada de diversión.

Mientras hablaba, sus ojos recorrían la sala con la facilidad de la familiaridad, asintiendo a algunos clientes al otro lado.

—Aunque esta pueda ser mi primera vez en Adelina —respondió Elizabeth con una sonrisa despreocupada diseñada para tranquilizar a Amelia—, no soy completamente ajena a establecimientos como este.

Un destello de sorpresa brilló en los ojos de Amelia. Miró alrededor de la sala otra vez, esta vez con más intención.

—Supongo que Calamity Jane está contigo.

¿Calamity Jane? ¿Se refería a Georgia? ¿Era Georgia miembro del clandestino establecimiento de juego? Dio un rápido sorbo a su champán para ocultar su confusión.

—Está en el club principal.

Una sombra cruzó el rostro de Amelia, con su labio curvándose ligeramente.

—Sin duda nos honrará con su presencia antes de que acabe la noche.

Las cejas de Elizabeth se elevaron ligeramente ante la amargura en la voz de Amelia. Claramente no había amor entre ellas, pero la cuestión era por qué.

Elizabeth miró a su alrededor, su curiosidad ganándole.

—¿El señor Archer no está con usted esta noche?

El rostro de Amelia se ensombreció.

—¿Dominic? No, se ha vuelto tan aburrido, tan pegajoso. Simplemente tenía que alejarme.

Su estado de ánimo cambió repentinamente, con la emoción encendiéndose en sus ojos.

—Elizabeth, ven, las mesas nos están llamando —Sin esperar respuesta, enganchó su brazo con el de Elizabeth, guiándolas a ambas entre la multitud.

Se acercaron a una larga mesa verde rodeada por un grupo bullicioso. Amelia se abrió paso a codazos hasta el frente, arrastrando a Elizabeth junto a ella.

La multitud se apartó, revelando un juego en progreso. Dos dados de marfil repiquetearon a través de la mesa, deteniéndose

contra la pared lejana. Un vitoreo se elevó de la mitad de los espectadores, mientras otros gemían de decepción.

—¿No es emocionante? —exclamó Amelia, con los ojos brillantes —. Se llama Craps, directamente de Estados Unidos. Es deliciosamente impredecible.

Elizabeth observó cómo Amelia sacaba un puñado de fichas de alto valor de su bolso y las arrojaba sobre la mesa.

—¡Hagan sus apuestas, damas y caballeros! —gritó el crupier.

—El truco está en apostar fuerte y con frecuencia —La mirada de Amelia se detuvo en el apuesto caballero a su lado, quien inclinó su copa con una sonrisa cómplice.

Los dados pasaron al siguiente lanzador, y Elizabeth sintió la carga eléctrica en el aire. La tensión y emoción crepitaban a su alrededor, aumentando con cada uno de los gritos escalados de Amelia. La multitud se acercó más, conteniendo el aliento colectivo en anticipación.

—Simplemente debes probar —instó Amelia, sus ojos brillando mientras ponía una pila de fichas en la mano de Elizabeth—. Una pequeña apuesta y quedarás enganchada. Es positivamente estimulante.

Elizabeth dudó, el peso de las fichas pesado en su palma. Miró alrededor de la mesa, notando las caras sonrojadas y los ojos febriles de los otros jugadores. ¿Era esta realmente la mejor manera de usar su tiempo? Pero, por otra parte, quizás le ayudaría a llegar al fondo de la antipatía de Amelia hacia Georgia. Decidiendo seguir el juego por ahora, tomó una respiración profunda y realizó una apuesta.

Mientras los dados rodaban, se volvió hacia Amelia.

—Tengo curiosidad... ¿por qué llamas a Georgia Calamity Jane?

Amelia resopló, sus ojos fijos en los dados que caían.

—Oh, ya sabes. Es tan... americana. Toda ruda y preparada, como si acabara de bajar de la diligencia —Tomó un largo trago de champán—. Simplemente no puedo entender qué vio Reggie en ella.

Elizabeth se quedó paralizada, su mente dando vueltas.

—¿Reggie? ¿Te refieres a Reggie Black?

Los dados se detuvieron con un golpe, pero Elizabeth apenas registró los vítores que estallaban a su alrededor. Miraba a Amelia, aturdida por la revelación.

¿Georgia y Reggie?

Parecía imposible, y sin embargo...

Las palabras de Amelia resonaban en sus oídos, ahogando el repiqueteo de los dados y los gritos de emoción a su alrededor.

—¿Se siente afortunada, Lady Elizabeth?

Su voz cortó sus pensamientos, desplazando momentáneamente la conmoción de la revelación de Amelia. Inhaló bruscamente, controlando rápidamente sus rasgos para enmascarar el tumulto de emociones que él siempre parecía agitar dentro de ella.

Se giró, arqueando una ceja mientras encontraba su mirada.

—Señor Ashcroft. Qué placer inesperado.

—El placer, como siempre, es mío —La calidez inicial en los ojos de Jonathan se enfrió cuando su mirada se posó en el broche plateado en su hombro—. No la habría imaginado como miembro del... exclusivo pequeño club de Adelina.

—Quizás no me conoce tan bien como pensaba —Encontró la mirada de Jonathan, con la suya firme y sin pestañear—. ¿Y qué hay de su presencia, señor Ashcroft...?

—¡Me encanta este juego! —Amelia prácticamente vibraba mientras el crupier le empujaba una pila de fichas—. Señor Ashcroft, qué maravilloso verlo de nuevo. Insisto en que pruebe suerte. Es tan emocionante.

—La Dama Fortuna parece estar favoreciéndola esta noche, señorita Stanford, pero quizás en otra ocasión —dijo Jonathan suavemente. Se volvió hacia Amelia—. ¿Podría pedirle prestada a Lady Elizabeth un momento? Tenemos que ponernos al día.

Los ojos de Amelia parpadearon entre ellos, notando el pequeño espacio entre Jonathan y Elizabeth. Inclinó la cabeza, una sonrisa astuta curvando sus labios.

—Por favor —ronroneó, agitando su champán—. Disfrutad de vuestra pequeña... charla.

Jonathan guió a Elizabeth a una esquina más tranquila, aflojando su agarre en su codo al detenerse. Su voz bajó, urgente.

—¿Qué está haciendo aquí, Elizabeth?

Elizabeth le sostuvo la mirada firmemente.

—Podría preguntarle lo mismo —Mientras las palabras salían de sus labios, las piezas encajaron. La mención anterior de Jonathan sobre arreglos en las carreras, su presencia inesperada aquí en el antro de Bellini... todo estaba conectado. Se inclinó hacia delante, su voz baja—. Esto no es sobre póker, ¿verdad? Está aquí por Bellini.

La apariencia casual de Jonathan se deslizó por un momento antes de que se controlara.

—Elizabeth...

—El escándalo de arreglos en las carreras —presionó, observando su reacción atentamente—. Es por eso que está realmente aquí, ¿verdad?

Jonathan se enderezó, acortando la distancia entre ellos. Su voz bajó a un susurro urgente.

—Elizabeth, escúcheme. Necesita mantenerse alejada de Enzo Bellini. No es quien usted cree que es. Él es...

Las palabras murieron en sus labios cuando su mirada se disparó hacia el extremo lejano de la sala. Elizabeth siguió su línea de visión, notando un panel en la pared deslizándose para abrirse. Una figura emergió, silueteada contra la luz del más allá.

La mano de Jonathan encontró la parte baja de su espalda, instándola a moverse.

—Necesitamos irnos. Ahora —murmuró, sus labios apenas moviéndose.

Elizabeth echó una última mirada por encima de su hombro mientras se acercaban a la salida. La figura silueteada ahora era visible. Enzo Bellini observaba la sala, sus ojos oscuros recorriendo su dominio. Por un momento que detuvo el corazón, su mirada

pareció fijarse con la de ella antes de que Jonathan la arrastrara a través de la puerta, y Bellini desapareció de vista.

Deslizándose de vuelta a través del telón de terciopelo, Jonathan condujo a Elizabeth directamente a la pista de baile justo cuando la banda iniciaba un animado Charleston. Su mano se posó en su cintura mientras seguían el paso de las otras parejas.

Se inclinó cerca, su aliento cálido contra su oído.

—Necesitamos algo que explique su ausencia.

Elizabeth inclinó la cabeza, sus ojos cuestionando.

—Bailar. La coartada perfecta para su desaparición.

Las lentejuelas brillaban bajo la luz eléctrica mientras los bailarines pateaban y se retorcían. Elizabeth reflejó cada movimiento de Jonathan, sus pasos precisos y sincronizados. La música se hinchó, ofreciendo un velo de privacidad.

—Enzo Bellini no es quien usted cree que es, Elizabeth —Su respiración se enganchó—. Haría bien en mantener las distancias.

Sus ojos se estrecharon.

—¿Eso es todo lo que va a decirme?

—Confíe en mí. Cuanto menos sepa, mejor.

Quería confiar en él... cielos, sí que quería. Había algo en Jonathan que la atraía, una profundidad de carácter que la intrigaba. Pero, ¿cómo podía confiar plenamente en alguien que parecía existir en un mundo de medias verdades y personalidades cuidadosamente elaboradas?

Sus apariciones inesperadas, siempre acompañadas de explicaciones plausibles pero vagas, la desconcertaban. Sus conexiones abarcaban desde la alta sociedad hasta el submundo criminal, pero nunca revelaba cómo navegaba por estas esferas.

Sus encuentros la fascinaban y frustraban a la vez. Su ingenio rápido y encanto la atraían, mientras que su evasividad la alejaba.

Buscó en su rostro cualquier grieta en su armadura.

Sin encontrar ninguna, tomó aire, dirigiendo la conversación lejos del señor Bellini y sus dudosos negocios y de vuelta a la preocupación más apremiante del encarcelamiento de Alfie.

—Quizás tenga razón, señor Ashcroft, y es oportuno un cambio de tema —Hizo una pausa como si añadiera peso a su comentario—. ¿Sabe si el señor Black era un habitual por aquí?

Los ojos de Jonathan parpadearon brevemente hacia el telón de terciopelo.

—El señor Black era habitual dondequiera que las apuestas fueran altas. Adelina's era solo uno de muchos.

—¿Qué quiere decir?

La mirada de Jonathan recorrió la sala antes de volver a ella.

—Se dice que Reggie Black perdía más a menudo de lo que ganaba y debía dinero por toda la ciudad.

—¿Incluyendo a Enzo Bellini?

—Entre otros.

Sus pensamientos se agitaban, cada nueva revelación añadiendo otra pieza a un rompecabezas cada vez más complejo. Las conexiones sombrías de Bellini, el antro de juego clandestino de Adelina, las deudas en espiral de Reggie... ¿cómo encajaban todos? Y acechando en el corazón de todo ello, ¿podría Enzo Bellini ser el orquestador de la muerte de Reggie Black?

—Me pregunto qué otros secretos se llevó Reggie a la tumba.

Jonathan se inclinó más cerca, sus labios casi rozando su oído.

—Los secretos siempre dejan rastros... marcas, incluso, si uno sabe dónde buscar.

Los ojos de Elizabeth se ensancharon.

—Eso es... bastante específico, señor Ashcroft.

—¿Lo es? En mi experiencia, el diablo a menudo se esconde en tales detalles. Especialmente cuando las apariencias engañan.

La mente de Elizabeth corría. ¿Cómo podría Jonathan saber sobre las marcas mencionadas en el informe post-mortem? A menos que... ¿fuera él quien lo había dejado para ella?

El animado ritmo se desvaneció, reemplazado por el murmullo bajo de la conversación. Elizabeth sintió a Jonathan tensarse a su lado, con la mirada fija en un punto al otro lado de la sala. Se giró,

su respiración conteniéndose al ver a Enzo y su acompañante trajeado emergiendo de detrás del telón de terciopelo.

Su mirada volvió rápidamente a Jonathan.

—Creo que me ha visto... en la sala de juego.

La máscara de Jonathan se deslizó, solo por un latido pero lo suficiente para traicionar su preocupación.

—Solo actúe con naturalidad —dijo, sus ojos disparándose hacia la mesa de Enzo—. Volveremos con los otros como si nada pasara.

Se entrelazaron entre la multitud, cada paso deliberado y sin prisa.

—Bellini no es un hombre al que convenga ofender —susurró Jonathan, sus labios apenas moviéndose mientras la mesa de Enzo se acercaba—. Manténgase alejada de él, Elizabeth.

Enzo se levantó cuando se acercaron, todo sonrisas fáciles y encanto pulido.

—Lady Elizabeth, debo disculparme por mi prolongada ausencia, pero veo que encontró otras formas de entretenerse —Su mirada se deslizó hacia Jonathan, con un toque de desafío en su tono—. Ashcroft, has conseguido conservar tu camisa esta noche. Quizás la fortuna estuvo de tu lado... esta vez.

La mirada de Enzo persistió en ella mientras reclamaba su asiento.

—Lady Elizabeth, esa excursión que discutimos, ¿cuándo podemos organizarla? Estoy ansioso por enfrentar mi Isotta Fraschini contra su Duesenberg.

«Bellini no es un hombre al que convenga ofender». Las palabras de Jonathan resonaban en su mente. Jonathan no era un hombre dado a exageraciones fantasiosas según su experiencia, así que no tenía razón para dudar de sus palabras.

Pero, ¿y si Bellini era, en efecto, el hombre responsable de la muerte de Reggie? ¿Podría dejar pasar esta oportunidad de reunir evidencia que pudiera exonerar a Alfie?

—Eso suena mucho a un desafío, señor Bellini... y me encantan los desafíos.

—Excelente —Los labios de Enzo se curvaron en una sonrisa de autosatisfacción, su mirada dirigiéndose brevemente hacia Jonathan —. Y por favor, mis amigos me llaman Enzo.

Elizabeth encontró la mirada de Enzo, sus labios curvándose en una sonrisa invitadora mientras ignoraba deliberadamente el peso de la mirada de Jonathan.

—En ese caso, debes llamarme Elizabeth.



Capítulo Diecisiete

ELIZABETH ESTABA DE PIE junto a la ventana del dormitorio, con la mirada recorriendo los céspedes perfectamente recortados y el jardín de rosas más allá, donde flores carmesí y rosadas se mecían con la brisa matutina. Los acontecimientos de la noche anterior en casa de Adelina ocupaban sus pensamientos —un enredo de revelaciones y preguntas que exigían respuestas. Los sorprendentes comentarios de Amelia sobre Georgia y Reggie, las advertencias de Jonathan sobre Enzo Bellini, y el calculado encanto de Bellini competían por su atención.

—No me sorprende que Georgia haya faltado al desayuno —comentó Meli, ahogando un bostezo mientras estiraba los brazos por encima de su cabeza—. Perdí la cuenta de cuántos gin rickeys se bebió.

Elizabeth se volvió desde la ventana, con el ceño fruncido mientras reflexionaba sobre los acontecimientos de la noche anterior. Recordó la risa cada vez más estridente de Georgia a medida que avanzaba la noche, la forma en que sus mejillas se habían sonrojado más profundamente con cada hora que pasaba.

—Ciertamente. Aunque debo decir que Iggy no parecía él mismo esta mañana. Apenas tocó su desayuno.

Meli bajó los brazos, su expresión tornándose seria mientras captaba el reflejo de Elizabeth en el espejo.

—Elizabeth, ¿crees que estaba disgustado por el estado de Georgia cuando regresamos anoche?

—Me pareció más preocupado que disgustado. Como si algo más le molestara.

—¿Crees que podría haber algo de verdad en lo que dijo la señorita Stanford? ¿Sobre Georgia y Reggie? —preguntó Meli—. Georgia parece tan devota de Iggy. Y Reggie, bueno... —hizo una pausa, arrugando la nariz—. Ambas vimos cómo se comportó durante la cena aquella primera noche.

Elizabeth asintió, recordando el descarado comportamiento de Reggie —su desvergonzado coqueteo con Amelia y el tenso intercambio con Dominic Archer que siguió.

—Tienes razón. Parece improbable. —Sin embargo, incluso mientras hablaba, una voz insistente le recordaba que incluso los escenarios más inverosímiles a veces contenían granos de verdad.

—Hablando de hombres de carácter cuestionable —dijo Meli, con un tono juguetón—, ¿qué hay del señor Ashcroft? Parecía bastante atento anoche.

Elizabeth sintió que el calor le subía a las mejillas.

—Oh, Meli, no seas absurda. Jonathan y yo somos meramente... conocidos.

—Conocidos que bailan bastante juntos —bromeó Meli—. Y no olvidemos al señor Bellini. Su mirada apenas se apartó de ti en toda la noche. Dios mío, Elizabeth, pareces tenerlos a todos rendidos a tus pies.

La mención de Bellini volvió a Elizabeth más sobria, sus pensamientos girando hacia Alfie, solo en su celda. Su sonrisa se desvaneció mientras consideraba la posibilidad de que Bellini estuviera involucrado en la muerte de Reggie.

Su mirada se desvió hacia el jardín de rosas.

—Necesito hablar con Alfie de nuevo. Hay algo en su relato... —hizo una pausa, frunciendo ligeramente el ceño—. No puedo evitar

sentir que no está siendo completamente sincero conmigo. Pero primero, creo que deberíamos volver a la escena del crimen.

Los ojos de Meli se abrieron como platos.

—¿El hipódromo? ¿Crees que la policía podría haber pasado algo por alto?

Elizabeth lo consideró por un momento.

—Podríamos notar algo que la policía pasó por alto.

—¿Cuándo nos vamos? —preguntó, juntando sus manos.

—¿Nos? No había... —comenzó Elizabeth, pero Meli rápidamente la interrumpió.

—Oh, por favor, no me hagas quedarme aquí, Elizabeth. —Los hombros de Meli se hundieron mientras miraba implorante a su prima—. No hay absolutamente nada que hacer aquí.

Elizabeth observó a su prima por un momento, luego asintió.

—Muy bien, puedes venir. Pero recuerda, estamos allí para investigar, no para socializar.

Meli sonrió radiante, ya recogiendo su bolso y abrigo.

—Me comportaré lo mejor posible, lo prometo.

La ya familiar ruta hacia el hipódromo pasó rápidamente, un borrón de campos verdes y sinuosos caminos rurales. Al llegar, aparcó detrás de un viejo cobertizo deteriorado, asegurándose de que el Aston Martin no fuera visible desde el hipódromo.

—Bien —dijo, volviéndose hacia Meli—. Recuerda por qué estamos aquí.

Meli asintió, con expresión seria.

—Para buscar cualquier cosa que pueda ayudar a Alfie.

—Exactamente. Y si alguien pregunta...

—¿Estamos perdidas y buscando el tocador de señoras?

—Perfecto. —Elizabeth sonrió—. ¿Vamos?

Sin esperar una respuesta, salió del automóvil. Meli la siguió, cerrando su puerta con un suave clic.

Se acercaron sigilosamente a los establos, con los sentidos en alerta máxima. A medida que se acercaban, el penetrante olor a heno, caballos y estiércol asaltó sus sentidos. Justo cuando llegaron

a los establos, Elizabeth se detuvo, captando el débil murmullo de voces desde uno de los compartimentos.

El brazo de Elizabeth se disparó, deteniendo a Meli en seco. Presionando un dedo contra sus labios, hizo un gesto hacia una pila cercana de fardos de heno. Se agacharon detrás, acurrucándose, y la paja áspera les rascaba la piel.

Elizabeth se acercó más a su prima.

—¿Puedes entender lo que están diciendo? —susurró.

Meli negó con la cabeza, esforzándose por oír. Las voces seguían siendo frustradamente indistintas, apenas audibles por encima del suave relincho de los caballos y el crujido del heno.

La mirada de Elizabeth recorrió el patio del establo, buscando cobertura.

—Necesitamos acercarnos más —susurró, ya planeando la ruta.

Mirando a través de una rendija en la puerta del compartimento, divisó al doctor Franklin inclinado sobre un semental castaño, con una jeringa brillando en su mano. Un mozo de cuadra se encontraba cerca, retorciendo nerviosamente su gorra entre los dedos.

—Ya está —dijo Franklin, con un tono bajo y satisfecho mientras retiraba la aguja del cuello del caballo. El semental resopló suavemente, sacudiendo su crin.

Franklin se enderezó, volviéndose hacia el mozo.

—Llévalo al paddock. —Miró su reloj—. Espera diez minutos, luego ponlo a prueba. Quiero ver cómo responde.

El mozo asintió, alcanzando la brida del caballo.

—Sí, señor —murmuró, conduciendo al animal hacia la puerta.

Elizabeth tiró de Meli hacia atrás, ambas aplastándose contra la áspera pared del establo mientras el clip-clop de los cascos del caballo se acercaba. Contuvieron la respiración, observando a un mozo conducir a un caballo castaño más allá de su escondite.

Una sombra cayó sobre la entrada del establo cuando Antonio Bellini apareció. Su traje a medida parecía absurdamente fuera de lugar entre el heno y los arreos de caballo.

El reconocimiento centelleó en los ojos de Meli y abrió la boca para llamar a Antonio, pero Elizabeth le apretó el brazo, instándola a permanecer callada.

—¡Franklin! —El grito resonó en las paredes del establo.

El doctor Franklin salió de un compartimento cercano, limpiándose las manos con un trapo.

—Antonio... no te esperaba.

La mirada de Antonio recorrió el establo antes de posarse en Franklin.

—El jefe está preocupado por los recientes... acontecimientos. La muerte de Black ha traído un escrutinio no deseado a nuestras operaciones.

Los dedos de Franklin se enredaron en el trapo, retorciéndolo mientras hablaba.

—Antonio... te aseguro que no tuve parte en...

Antonio lo interrumpió con un gesto de la mano.

—El jefe quiere asegurarse de que sus intereses sigan... protegidos. —El tono de Antonio se mantuvo nivelado, pero sus ojos se endurecieron—. ¿Comprendes?

Franklin tragó saliva y asintió.

—Por supuesto. Estaré atento.

—Asegúrate de hacerlo —dijo Antonio—. El señor Bellini valora la lealtad por encima de todo. Si notas a alguien husmeando o haciendo preguntas, házmelo saber. ¿Capisci?

—Puedes contar conmigo, Antonio —gritó Franklin, sus palabras persiguiendo la espalda en retirada de Antonio.

Solo, Franklin se desplomó contra la pared del establo, secándose la frente con el trapo sucio arrugado en su puño.

—¿Doc? —El mozo de cuadra reapareció—. El caballo necesita...

La cabeza de Franklin giró, sus ojos desorbitados.

—¡Ahora no! —ladró, esquivando un cubo de pienso en su prisa por alejarse.

El mozo lo vio irse, luego se volvió hacia un hombre fornido que limpiaba un compartimento cercano.

—Oye, Bucky, ¿qué le pasa al doc?

Las orejas de Elizabeth se aguzaron al escuchar el nombre. Bucky, el antiguo entrenador de Reggie.

Bucky se detuvo, apoyándose en su horca mientras miraba hacia donde se había ido Franklin.

—Iré a hablar con él —dijo, con su voz grave y baja. Dejó la herramienta a un lado con un suave tintineo y siguió el camino de Franklin.

Observaron cómo Bucky se limpiaba las manos sucias en sus pantalones de trabajo gastados antes de abrir la puerta sin llamar.

—¿Franklin? ¿Estás aquí?

Elizabeth se volvió hacia Meli, con voz baja.

—Intentaré acercarme más y escuchar. Mantente alerta, y si alguien viene...

—Lo sé —respondió Meli con un juguetón aleteo de pestañas—. Fingiré estar desesperadamente perdida buscando el tocador.

Elizabeth se acercó a la oficina, mirando a través del espacio entre el marco y la puerta parcialmente abierta.

La cabeza de Franklin se levantó de golpe cuando Bucky se acomodó en una de las sillas, sus dedos trabajando apresuradamente para bajarse la manga de la camisa.

—Por el amor de Dios, Bucky, ¿no has oído hablar de llamar a la puerta?

Elizabeth estiró el cuello para tener una mejor vista, captando un vistazo de un pequeño vial de cristal sobre el escritorio de Franklin antes de que su mano lo apartara de la vista.

—No pude evitar escuchar tu charla con el chico de Bellini —dijo Bucky, con tono áspero.

—¿Espiar ahora forma parte de tu trabajo? —gruñó Franklin, deslizando su mano en el bolsillo del pantalón—. Reggie Black... incluso desde la tumba, todavía consigue causar problemas.

Bucky se sentó en una silla cercana, frotándose la barbilla con barba incipiente.

—Siempre fue una mala pieza. Solo miraba por sí mismo.

—Es su culpa que acabara en este lío. Black me vendió a Bellini para ganar tiempo con sus deudas de juego. Estoy atrapado bajo el pulgar de Bellini como el resto de ellos... sin salida. —Su mano se hundió en su bolsillo, tensándose sus hombros—. Y ahora Bellini no está contento. —Se volvió para mirar por la ventana, dando la espalda a Bucky—. Cree que la muerte de Reggie ha atraído demasiada atención... y de alguna manera todo es culpa mía.

Un músculo se crispó en la mandíbula de Bucky mientras observaba a Franklin, el peso de las implicaciones tácitas flotando entre ellos.

—No me malinterpretes. Había pensado en hacerlo... eliminarle. —Franklin hizo una pausa, su mano suspendida cerca del cajón del escritorio. Tras un momento de vacilación, lo abrió y sacó una botella de whisky. La sostuvo hacia Bucky, quien asintió—. Pero, ¿qué propósito habría servido? El daño ya estaba hecho.

—Podría haberte hecho sentir mejor. —Bucky sonrió, revelando una fila de dientes manchados e irregulares—. Podría haber hecho sentir mejor a bastante gente, me atrevería a decir.

Franklin sirvió dos medidas en un par de tazas desportilladas. Deslizó una a través del escritorio hacia Bucky, derramando unas gotas en el proceso.

—Aun así, al final recibió lo que se merecía —dijo Franklin con una sonrisa torcida.

Bucky gruñó, con la mano temblando ligeramente mientras levantaba su taza.

—Por Reggie. —Tomó un largo trago, haciendo una mueca por la quemazón.

—Por Reggie. —Franklin terminó, bebiendo el resto de su whisky de un solo trago.

Bucky levantó su taza de nuevo, con la mirada fija en Franklin mientras apuraba las últimas gotas.

—Sabes, he estado pensando en el... accidente de Reggie. —Dejó la taza vacía con un golpe sordo—. Se dice que no fue la caída lo que lo mató.

Los dedos de Franklin se tensaron alrededor de su propia taza, un músculo crispándose en su mandíbula.

—¿Es así?

—Mm. —Bucky empujó su taza vacía a través del escritorio—. Se dice que murió por una sobredosis de morfina.

La mano de Franklin tembló ligeramente mientras rellenaba la taza de Bucky.

—Cuidado, Bucky. Eso es hablar peligrosamente.

—¿Lo es? —El tono de Bucky siguió siendo ligero, pero sus ojos nunca dejaron la cara de Franklin—. Solo digo... si alguien hubiera decidido tomar el asunto en sus propias manos... bueno, ¿quién los culparía?

La habitación quedó en silencio. Elizabeth contuvo la respiración, esforzándose por oír más, pero los dos hombres simplemente se miraban fijamente, el aire entre ellos espeso con acusaciones no expresadas.

Su mente trabajaba rápidamente, uniendo las implicaciones de lo que acababa de oír. Cualquiera de estos hombres podría haber sido responsable de la muerte de Reggie. Ambos tenían acceso sin restricciones a los establos, su presencia allí era completamente normal. Y Dios sabe que cada uno tenía motivos suficientes para hacerlo.

—¡Ay, Dios mío, parece que me he perdido buscando el tocador! —La voz de Meli, con un tono anormalmente agudo, atravesó el aire.

Elizabeth se apresuró hacia donde Meli estaba con el mozo.

—Aquí estás. —Negó con la cabeza, con una cariñosa exasperación en su voz—. Tienes el peor sentido de la orientación. Te dije claramente que giraras a la izquierda, no a la derecha.

Deslizó su mano por el brazo de su prima.

—Vamos, te mostraré el camino. —Con un giro rápido, las dirigió por el sendero, dejando al desconcertado mozo mirándolas alejarse.



Capítulo Dieciocho

ELIZABETH ACELERÓ EL MOTOR, impulsando el automóvil por el estrecho sendero lejos de Aintree. El hipódromo desapareció tras una curva, pero la adrenalina de su apresurada partida seguía palpitando en sus venas.

Exhaló lentamente, relajando los hombros mientras lanzaba una rápida mirada hacia Meli antes de volver a centrar su atención en el camino. —Eso estuvo demasiado cerca. Si alguien más que ese mozo de cuadra nos hubiera visto...

La mirada de Meli se dirigió al espejo retrovisor. —Casi espero ver una cuadrilla de furiosos mozos de cuadra persiguiéndonos a caballo. Aunque lamento que nuestra investigación se haya visto interrumpida.

—Ciertamente —convino Elizabeth, su mente ya clasificando la información que habían recopilado—. Aun así, he reunido lo suficiente para arrojar algo de luz sobre nuestra creciente lista de sospechosos.

Meli se acomodó en su asiento, girándose hacia Elizabeth. Sus dedos tamborilearon con un ritmo rápido e impaciente sobre la tapicería de cuero. —¿Y bien? No me dejes en ascuas.

Elizabeth le relató lo que había escuchado. —Parece que Reggie compartió algún secreto que había descubierto sobre el Dr. Franklin

con el Sr. Bellini. Ahora Bellini lo está utilizando para chantajearle.

—¡Dios mío! —exclamó Meli, abriendo mucho los ojos—. No es de extrañar que el doctor se comportara de esa manera con Reggie aquel día en Rosewood Park.

—En efecto —asintió Elizabeth, recordando su primer encuentro con el Dr. Franklin en los establos. Había algo extraño en su comportamiento hacia Reggie, algo más que simple animosidad. Su sudoración excesiva y su energía nerviosa cobraban ahora un nuevo significado. La imagen del frasco de vidrio sobre su escritorio en la pista resurgió en su mente. Hizo una pausa, uniendo todas las piezas antes de expresar sus sospechas—. Meli... creo que el Dr. Franklin podría ser adicto a los opiáceos.

Meli contuvo la respiración. —¿Estás segura?

Las manos de Elizabeth se tensaron sobre el volante. —Tan segura como puedo estar sin haberle pillado en el acto. ¿Recuerdas cuando lo encontré en su coche en Rosewood Park? Parecía... ausente, casi desconectado de la realidad. Y esas pequeñas manchas de sangre en la manga de su camisa... sospecho que acababa de administrarse una dosis.

—¿Y qué hay del comentario de Reggie sobre la dosis matutina del doctor? Pensé que se refería al café, pero... ¿Podría ser esto lo que el Sr. Bellini está utilizando contra él?

—Si Bellini sabe de la adicción de Franklin, sería una palanca de presión muy poderosa.

—Así que el doctor tenía un motivo para querer deshacerse de Reggie.

—Uno bastante convincente —la mirada de Elizabeth fue alternando entre la carretera y el espejo retrovisor—. Una adicción como esa podría arruinar su carrera y reputación en un instante.

—¿Y qué hay de Bucky? Has mencionado que había apostado su carrera por Reggie.

—No solo su carrera. Cuando Reggie se marchó, Bucky lo perdió todo —la presión de Elizabeth sobre el volante aumentó—. Ese tipo de traición podría empujar a cualquiera a extremos insospechados.

Había pasado años preparando a Reggie para el éxito, solo para que este le abandonara cuando triunfó.

Una sombra de tristeza cruzó el rostro de Meli. —Es difícil decir qué es peor: el miedo a perderlo todo o el dolor de haberlo perdido ya.

—Y la desesperación, ya sea por miedo o por pérdida, puede llevar a las personas a extremos peligrosos.

La mirada de Meli osciló entre Elizabeth y la carretera. —¿Y los demás? ¿Tenemos otros sospechosos creíbles?

Elizabeth tamborileó con los dedos sobre el volante. —Dominic Archer me viene a la mente. Afirma estar enamorado de la señorita Stanford, y su aventura con Reggie debe haberle dolido.

—Perdió los estribos aquella noche durante la cena —le recordó Meli a Elizabeth—. Pero seguramente eso no es suficiente para...

—Quizás no por sí solo —interrumpió Elizabeth—. Pero junto con el pasado cuestionable del Sr. Archer y su aparente naturaleza oportunista, dibuja un panorama preocupante.

Meli vaciló como si estuviera sopesando sus palabras. —¿Y la propia señorita Stanford? ¿Podría ella tal vez... haber cometido lo impensable?

Los ojos de Elizabeth se entrecerraron mientras consideraba la posibilidad. —Su afecto por Reggie parecía genuino. Pero si los rumores sobre su reputación con las mujeres tienen algo de verdad, bueno... como dice el refrán, no hay furia como la de una mujer despechada.

—Cierto... pero aun así, no puedo creerlo de la señorita Stanford —dijo Meli, formándose una arruga entre sus cejas—. Ahora bien, el Sr. Bellini, por otro lado... ¿Crees que podría estar involucrado en el asesinato de Reggie?

Elizabeth lo consideró por un momento. —Es posible, pero no cuadra del todo. Reggie podría haber sido una amenaza, pero su muerte ha traído un escrutinio no deseado al hipódromo y, por extensión, a los intereses comerciales de Bellini —frunció el ceño, armando el rompecabezas—. Es probable que Reggie haya vendido a

numerosas personas a Bellini para salvarse, no solo a Franklin. Esa información sería invaluable para un hombre como Bellini, una ventaja que probablemente podría utilizar para ampliar sus operaciones.

—El comentario de la señorita Stanford sobre Georgia y Reggie... no puedo dejar de pensar en ello.

Los ojos de Elizabeth se dirigieron brevemente hacia su prima antes de volver a la carretera. —¿Qué hay con eso?

Meli abrió la boca y luego la cerró de nuevo. Lo intentó otra vez, las palabras saliendo atropelladamente. —Si lo que dijo era cierto... ¿Crees que Iggy podría haber tenido algo que ver en la muerte de Reggie?

La pregunta quedó suspendida en el aire, pesada e incómoda. Elizabeth exhaló lentamente mientras reflexionaba sobre el matrimonio de los Fairfax.

Antes del accidente de Iggy, eran aventureros trotamundos, perfectamente complementados en su entusiasmo por la vida. Ahora, su mundo se había reducido a los límites de Rosewood Park. Se habían esfumado las emociones compartidas de la exploración, y la diferencia en sus edades y deseos parecía más pronunciada que nunca.

Recordó fragmentos de acalorados intercambios tras puertas cerradas. La insistencia de Georgia en hacer negocios con Enzo Bellini, a pesar de la clara desaprobación de Iggy, había alimentado más de una acalorada conversación.

Luego estaban las visitas en solitario de Georgia a Adelina.

—No lo sé, Meli —Elizabeth redujo la velocidad al aproximarse a una curva en la carretera—. Su matrimonio ciertamente ha estado bajo tensión. Pero ¿un asesinato? Eso es ir demasiado lejos.

Condujeron el resto del trayecto en silencio, cada una perdida en sus pensamientos, con el peso de las palabras de Elizabeth asentándose entre ellas.

Detuvo el automóvil frente a la comisaría de Aintree.

Meli observó el sombrío edificio mientras alcanzaba la puerta. —Es tan lúgubre como me lo imaginaba.

Elizabeth captó la mirada de Meli en el espejo retrovisor. —Probablemente sea prudente que esperes aquí. Ya sabes cómo se siente el Inspector Jefe respecto a Alfie... y a las mujeres, en general.

Meli cruzó los brazos, sus labios se apretaron formando una fina línea. Miró hacia la comisaría y luego de nuevo a Elizabeth. —Probablemente tengas razón.

Elizabeth agarró la manija de la puerta, sus ojos desviándose hacia la casa de empeños Thornton's calle abajo. —Meli, te quedarás en el coche, ¿verdad?

—Pensé que podría dar un paseo por la calle principal, quizás mirar algunas tiendas.

Elizabeth frunció el ceño. No podía arriesgarse a que Meli entrara en Thorntons y se enredara en cualquier asunto en el que Sam Thornton estuviera involucrado. —Preferiría que te quedaras aquí.

—¿Es necesario? —Meli dejó escapar un largo suspiro, sus hombros hundiéndose.

—Sí —insistió Elizabeth, con un tono que no admitía discusión. Comprendía el deseo de su joven prima de explorar, pero la insaciable curiosidad de Meli también era una fuente constante de preocupación—. No tardaré mucho.

Salió del automóvil. Cuadrando los hombros, subió los escalones de entrada, su mente concentrada en la tarea que tenía por delante.

La habitual cacofonía de sonidos asaltó sus oídos en cuanto entró en la comisaría. Se detuvo, tomando una respiración profunda antes de dirigirse hacia el mostrador de recepción. Un joven agente levantó la vista de su papeleo, su pluma quedando suspendida a media frase mientras la observaba.

—¿Puedo ayudarla, señorita? —El agente dejó su pluma mientras se ponía de pie.

Elizabeth ofreció una sonrisa educada. —Me gustaría hablar con Alfie Tanner sobre un asunto de gran importancia.

—Me temo que eso no es posible, señorita. El Inspector Jefe ha salido y dejó instrucciones estrictas de que nadie viera al muchacho durante su ausencia. Si le permitiese verlo, señorita, me haría trizas.

Elizabeth inclinó ligeramente la cabeza, sus ojos color avellana encontrándose con la mirada del agente. Mientras hablaba, su mano rozó levemente el brazo de él. —Entiendo su dilema. Sin embargo, el Sr. Tanner puede tener información crucial para el caso de Reggie Black. Seguramente el Inspector Jefe querría que siguiéramos todas las pistas, ¿no cree?

El agente cambió el peso de un pie a otro, sus ojos moviéndose entre Elizabeth y el oscuro pasillo. —Cinco minutos, señorita —murmuró, dando golpecitos en la esfera de su reloj de bolsillo—. Y contaré cada segundo.

Elizabeth esperó mientras él rodeaba el escritorio, sus llaves tintineando suavemente. Lo siguió, descendiendo por una estrecha escalera, el aire enfriándose con cada paso. El hedor de piedra húmeda y cuerpos sin lavar asaltó sus fosas nasales. Al llegar abajo, entrecerró los ojos bajo la tenue luz proyectada por una única bombilla, que apenas iluminaba la fila de celdas con barrotes de hierro.

Alfie alzó la mirada cuando Elizabeth se acercó a la celda. Las sombras acechaban bajo sus ojos, su rostro normalmente curtido ahora tan pálido como la tiza. Se incorporó lentamente hasta sentarse, haciendo una mueca por el esfuerzo. —¿Lady Elizabeth? —Una débil sonrisa tiró de sus labios—. No esperaba volver a verla tan pronto.

Su corazón se encogió al verlo. Componiendo una sonrisa serena, le preguntó: —¿Cómo lo estás llevando?

Sus labios se crisparon en un fantasma de su habitual sonrisa. —No puedo quejarme —dijo, con voz quebradiza—. ¿Hay alguna novedad?

Elizabeth se acercó más. —Estamos avanzando. Lord Hawthorne ha contratado a un abogado de primera, en caso de que el asunto llegue a los tribunales.

La nuez de Alfie subió y bajó al tragar saliva. —¿Qué será de mí... si me encuentran culpable?

—Debemos mantener una actitud positiva —insistió ella, tratando de evitar expresar lo inevitable—. Estamos haciendo todo lo posible para llegar al fondo de este asunto, pero no puedo evitar sentir que me estás ocultando algo... que no has sido completamente sincero conmigo.

—No lo empujé, Lady Elizabeth, lo juro... Puede que apartara su brazo, para impedir que me empujara a mí, pero no lo desmonté —las palabras salieron atropelladamente.

—Te creo... todos te creemos. Pero no es eso a lo que me refiero.

Alfie frunció el ceño.

—Hablo de la noche en que atacaron al Sr. Thornton.

—No entiendo —las arrugas en su frente se profundizaron, sus ojos recorriendo nerviosamente el espacio mal iluminado—. ¿Qué tiene eso que ver con la muerte de Reggie?

—No tengo mucho tiempo. El agente volverá en cualquier momento. Estoy haciendo todo lo posible para ayudarte, pero a menos que me cuentes todo, entonces... —Se detuvo, incapaz de poner en palabras su destino—. Creo que la razón por la que el Inspector Jefe está tan empeñado en culparte de este asesinato es porque piensa que eres responsable del ataque al Sr. Thornton. Ve esto como una forma de hacer justicia, por así decirlo.

Sus dedos se retorcieron en su regazo, con la mirada baja.

—Sé que no atacaste al Sr. Thornton... pero creo que sabes quién lo hizo.

El silencio se prolongó.

—Revelar al verdadero atacante al Inspector Jefe podría obligarle a dejar de lado sus prejuicios y buscar al auténtico asesino del Sr. Black.

Cuanto más se alargaba el silencio, más se daba cuenta de su miedo.

—Yo... no puedo —la voz de Alfie flaqueó, las palabras atascándose en su garganta.

Elizabeth dudó, con el estómago retorcido. —Alfie, escúchame —su voz bajó a un susurro—. Si no me cuentas lo que pasó, podrías... —Tragó saliva con dificultad—. Tienes que decírmelo.

El joven jinete se irguió de golpe, con los ojos desorbitados. —¿La horca? —Su susurro fue áspero, sus mejillas palidecieron—. Pero yo no...

—Necesito que confíes en mí, Alfie —Elizabeth se inclinó hacia delante, su mirada fija en la de él—. Lo que sea que viste, lo que sea que sepas, podría limpiar tu nombre. Pero no puedo ayudarte si no me lo cuentas.

Los ojos de Alfie revolotearon de un rincón a otro, con los hombros encorvados. Exhaló bruscamente.

Alfie se inclinó hacia delante, bajando la voz. —Sam Thornton y su padre estaban como el perro y el gato —dijo—. El Sr. Thornton estaba gritando que Sam había estado manipulando los libros y algo sobre el dinero sucio de Bellini. Dijo que tenía que parar.

Las manos de Alfie temblaban. —Entonces Sam... agarró algo. Se lo estampó en la cabeza a su padre cuando este le dio la espalda.

Tragó saliva con fuerza. —Había muchísima sangre. Intenté huir, pero Sam me atrapó. Me amenazó con contárselo a Bellini si yo cantaba —su voz se quebró—. Y todo el mundo sabe lo que Bellini les hace a los chivatos.

Enzo Bellini. La mente de Elizabeth daba vueltas. ¿Por qué todos los caminos conducían finalmente a él?

Su red criminal se extendía más allá de lo que jamás hubiera imaginado. No era de extrañar que Alfie hubiera tenido tanto miedo de hablar.

Y Sam Thornton... Los dedos de Elizabeth se cerraron en puños. ¿Qué clase de hombre atacaría a su propio padre y luego inculparía a un muchacho inocente, todo por unas cuantas libras mal habidas?

—Se acabó el tiempo, señorita —llamó el agente.

Los pensamientos de Elizabeth se arremolinaban. Revelar a Sam Thornton como el atacante expondría la conexión con Enzo, poniendo potencialmente en peligro a Alfie.

Necesitaba un plan, y rápido.

—Alfie, ni una palabra de esto a nadie, ¿entendido?

—¿Ni siquiera al Inspector Jefe?

—A él menos que a nadie —su tono se suavizó—. Confía en mí, arreglaré esto. ¿Puedes resistir un poco más?

El mentón de Alfie bajó en un débil asentimiento.

—Señorita, debo insistir —presionó el agente.

La mano de Elizabeth se demoró en los barrotes. Dejar a Alfie se sentía incorrecto, pero por ahora, estos fríos barrotes le ofrecían más protección de la que ella podría darle.



Capítulo Diecinueve

ELIZABETH SALIÓ DE LA comisaría, con la confesión de Alfie dando vueltas en su cabeza. Se acercó al Aston Martin, donde Meli la esperaba, con cara de absoluto aburrimiento.

Cuando Elizabeth se deslizó en el asiento del conductor, Meli se animó. —¡Ya era hora! Empezaba a pensar que te habías mudado allí. ¿Cómo está Alfie?

—Intenta mostrar valentía, pero pude ver la tensión en sus ojos. El pobre chico parece que no ha dormido en días.

—¿Has descubierto algo nuevo? —Los ojos de Meli escudriñaron el rostro de Elizabeth mientras el motor del Aston Martin ronroneaba al cobrar vida. Elizabeth asintió mientras introducía el automóvil en la calle.

Meli escuchó atentamente mientras Elizabeth relataba la revelación de Alfie, su expresión pasando de la sorpresa a la preocupación. Cuando Elizabeth terminó, Meli negó con la cabeza incrédula. —Pobre Alfie. No es de extrañar que esté tan asustado.

—Ciertamente. —La mandíbula de Elizabeth se tensó mientras sorteaba el tráfico—. Parece que los intereses comerciales del señor Bellini son amplios y variados, y la mayoría de ellos son ilegales.

La mano de Meli voló a su boca, con los ojos abiertos por la impresión. —¡Válgame Dios! Y el pobre Alfie, atrapado en medio,

demasiado temeroso de la ira de Bellini para hablar.

Asintiendo gravemente, Elizabeth encontró la mirada de Meli en el espejo retrovisor. —Por eso necesitaré la ayuda del señor Ashcroft.

—Ah, el apuesto señor Ashcroft. ¿Y dónde piensas encontrarlo?

—En Adelina's.

Sentándose más erguida, la expresión de Meli se iluminó. —Espléndida idea. Quizás pueda probar suerte en el garito clandestino de Adelina.

Cuando Elizabeth abrió la boca para protestar, Meli levantó una mano. —Relájate, solo bromeo. Bueno, sobre el juego, pero insisto en ir contigo. Puedo vigilar, o quizás distraer a Antonio, si está allí.

—De acuerdo —dijo Elizabeth, tamborileando con los dedos sobre el volante—. Pero prométeme que tendrás cuidado. Enzo Bellini es tan peligroso como encantador.

Meli se giró en su asiento para mirar a Elizabeth. —¿Crees que deberíamos invitar a Georgia a unirse a nosotras?

El ceño de Elizabeth se frunció mientras tomaba una curva. —Probablemente sea mejor que no. Iggy no estaba muy contento la última vez que ella fue a Adelina's. No queremos causar más tensión entre ellos.

—Tienes razón. —Meli se recostó—. Lo último que queremos es complicar más las cosas.

Los setos pasaban velozmente mientras Elizabeth conducía por la sinuosa carretera rural. Al doblar una curva, divisó el Vauxhall marfil de Georgia a un lado del camino.

Elizabeth levantó el pie del acelerador. —Hablando del rey de Roma.

Mientras se detenían junto al Vauxhall, la cabeza de Georgia asomó desde detrás del coche.

Elizabeth se inclinó por la ventanilla. —Georgia, ¿qué haces? ¿Está todo bien?

Georgia se irguió, limpiándose las manos grasientas con un trapo. —Nada grave, solo un pequeño pinchazo.

—Sube, volvemos a Rosewood Park. —Elizabeth señaló hacia el asiento trasero—. Podemos mandar a alguien para que venga a arreglarlo.

Georgia hizo un gesto desdeñoso con la mano. —No hace falta, cariño. Ya está todo arreglado.

Meli se inclinó hacia adelante, con los ojos muy abiertos. —¿Lo has cambiado tú misma?

—Facilísimo, cariño. —Georgia se agachó para asegurar los cierres de la cubierta de la rueda de repuesto. Un destello de seda dorada y turquesa captó la atención de Elizabeth. Observó cómo Georgia lo metía precipitadamente de nuevo dentro de la cubierta.

La mente de Elizabeth comenzó a dar vueltas. La seda era inconfundible: los colores de carreras de Alfie.

Pero, ¿qué demonios hacía escondida en la cubierta de la rueda de Georgia?

Georgia se sacudió las manos. —Bueno, será mejor que me vaya.

—¿De vuelta a Rosewood Park?

—Ahora no. Tengo que recoger algunos suministros veterinarios del doctor Franklin.

—¿Espero que ninguno de los caballos esté enfermo? —preguntó Meli.

—Oh, nada de qué preocuparse, cariño. Solo suministros rutinarios. —La sonrisa de Georgia no llegó a sus ojos mientras subía a su Vauxhall—. Me reuniré con vosotras más tarde en Rosewood. —El motor rugió y se alejó a toda velocidad, dejando una nube de polvo a su paso.

Elizabeth observó cómo el Vauxhall de Georgia desaparecía tras la curva, su mente trabajando a toda velocidad. Volvió a poner en marcha el Aston Martin.

—¿Viste esa tela en la cubierta de la rueda de Georgia?

—¿Y qué? —Meli se encogió de hombros—. Probablemente solo sea un trozo de tela que usa como trapo.

—Se parecía exactamente a los colores de monta de Alfie, Meli.

—Podría haber sido cualquier cosa. ¿Una bandera o algún adorno quizás? —La mirada de Meli iba de Elizabeth al paisaje que pasaba —. Ya sabes cuánto adora Georgia el turquesa y el dorado.

Probablemente Meli tenía razón. Sacudió la cabeza, intentando aclarar sus pensamientos. Quizás estaba dando demasiada importancia a las cosas. Desde su visita a Alfie, había estado muy desconcertada. ¿O era la idea de ver a Jonathan Ashcroft de nuevo lo que causaba su inquietud?

El Aston Martin se pegaba a la sinuosa carretera, con la fachada de Rosewood Park surgiendo en la distancia.

Meli suspiró mientras se acercaban. —Debo confesar, Elizabeth, que no me entristecerá volver a Londres y estar lejos de este lúgubre y viejo lugar.

Elizabeth condujo el Aston Martin hasta el garaje de Rosewood Park, apagando el motor. Salió, su mirada recorriendo la casa. Sus ventanas estaban oscuras, la fachada silenciosa en la luz menguante.

Meli la siguió, ciñéndose más el abrigo mientras cruzaban el camino de grava.

El calor las envolvió en cuanto entraron en la casa, ahuyentando el frío del atardecer. Elizabeth hizo una pausa, inclinando la cabeza. El habitual bullicio de la casa estaba ausente.

Pritchard apareció desde el salón, su habitual compostura ligeramente alterada.

—Buenas noches, Pritchard. —La mirada de Elizabeth recorrió los espacios vacíos—. Está muy tranquilo esta noche. ¿No está Lord Fairfax en casa?

—Está en su habitación, mi lady. Un poco indispuesto hoy — respondió, con la preocupación asomando brevemente en su rostro.

Los hombros de Elizabeth se relajaron. Iggy podría tener un espíritu joven, pero ese accidente de coche había dejado huella. Quién sabe qué efectos persistentes podría haber tenido. —Por favor, transmítale mis mejores deseos para una pronta recuperación, Pritchard.

—Ciertamente, mi lady.

—Oh, y Pritchard, por favor informe a la señora Langley que la señorita Diomaros y yo no cenaremos en casa esta noche.

—Ciertamente, mi lady.

Mientras subían las escaleras, los pensamientos de Elizabeth se adelantaron hacia Adelina's. ¿Estaría allí Jonathan Ashcroft? No tenía forma de saberlo, pero la alternativa —preguntar al señor Bellini por la dirección de Jonathan— arriesgaba mostrar sus cartas.

Pero no tenía tiempo para reflexionar sobre si Jonathan estaría allí o no. Cruzaría ese puente si, y cuando, llegara a él.

Examinando el contenido del armario, seleccionó un vestido de Madeleine Vionnet en un tono ciruela. La seda ondulaba en sus manos, su profundo tono complementado por intrincadas cuentas plateadas a lo largo del escote y el dobladillo.

Al otro lado de la habitación, Meli sostenía un vestido color zafiro, con sus flecos de cuentas brillando bajo la luz eléctrica.

Mientras Elizabeth aseguraba un peine de marquesitas en sus oscuros cabellos, Meli luchaba con sus rizos oscuros para conseguir un falso bob.

Finalmente satisfecha con el resultado, Meli se puso un par de zapatos plateados estilo T-strap antes de cubrirse los hombros con un chal vaporoso.

Con un último toque de pintalabios, Elizabeth encontró los ojos de su prima en el espejo. —¿Vamos?

Meli asintió, cogiendo su bolso plateado.

Tras echar un último vistazo a su aspecto en el espejo, atravesaron la casa vacía, el silencio casi tan opresivo como la penumbra. —No puedo ni imaginar lo deprimente que debe ser esta casa en pleno invierno. —Meli se estremeció, deslizando su mano por el brazo de Elizabeth—. Seguro que resultaría bastante inquietante.

—Tú y tu imaginación —dijo Elizabeth con una risita mientras salían al fresco aire nocturno y se dirigían al garaje.

Se deslizó en el asiento del conductor y arrancó el motor, su mente ya corriendo con las implicaciones de lo que podría esperarles en Adelina's.

El paisaje rural se desvaneció en la expansión urbana de Liverpool. Elizabeth guio el automóvil por calles estrechas hasta que llegaron a su destino.

Bajaron a los adoquines frente a la discreta entrada de Adelina's. Dentro, las seductoras notas de un saxofón se mezclaban con el bajo murmullo de conversación y risas. El humo de cigarrillo colgaba en perezosos espirales, brevemente iluminados por los apliques eléctricos que adornaban las paredes de caoba. La anfitriona se acercó, su vestido de lentejuelas brillando como mercurio líquido.

—Buenas noches, señoras. —Los labios carmesí de la anfitriona se curvaron en una sonrisa ensayada—. ¿Mesa para dos?

La mirada de Elizabeth se desplazó del bullicioso bar a los rincones oscuros, para finalmente fijarse en la mesa VIP vacía. —Sí, solo nosotras dos esta noche.

La anfitriona las condujo más allá de la codiciada sección VIP y en su lugar las acomodó en un reservado discreto escondido en un rincón.

—¿Estará el señor Bellini esta noche?

—¿Quién sabe con el señor Bellini? —Se encogió de hombros, con una sonrisa presumida jugando en sus labios—. Pero podéis quedaros por aquí, a ver si aparece más tarde.

La espalda de Elizabeth se tensó, sus ojos encontrándose con los de la anfitriona con glacial compostura. La pequeña ofensa estaba destinada a perturbarla, a incluirla entre el séquito de admiradoras de Bellini. Pero Elizabeth no le daría a esta mujer el placer de verla incomodarse.

—Dos gin fizz, por favor —dijo, sus palabras tan nítidas y punzantes como carámbanos.

—Por supuesto. —La sonrisa de la anfitriona se tensó, sus ojos desviándose—. Haré que un camarero traiga su pedido. —Giró

bruscamente, con las lentejuelas destellando mientras se retiraba entre la multitud.

—Parece que el señor Bellini es muy popular entre las damas.

La ceja de Elizabeth se arqueó. —Eso parece. —Sus dedos tamborilearon ligeramente sobre la mesa mientras su mirada recorría el club, deteniéndose en cada alcoba sombría y mesa abarrotada.

Meli se inclinó, su susurro apenas audible. —¿Puedes verle?

Elizabeth negó con la cabeza. Su atención se desvió hacia el rincón lejano donde colgaba la cortina de terciopelo. Un caballero de pelo plateado se detuvo ante ella, ajustó su chaleco y se deslizó tras los pliegues.

Otro cliente se acercó a la cortina, más joven esta vez. Miró por encima de su hombro antes de desaparecer de la vista.

Elizabeth se volvió hacia Meli. —¿Estarás bien aquí si visito la otra área VIP de Adelina's?

—¿No puedo ir contigo?

—Solo tengo un alfiler. —Elizabeth sacó el alfiler plateado de su bolso.

Los ojos de Meli se iluminaron. —¿No podría decir simplemente que he perdido el mío?

—No podemos arriesgarnos a llamar la atención. Entraré rápidamente para buscar al señor Ashcroft.

—¿Pero y si te encuentras con la señorita Stanford? ¿O con alguien más?

—Entonces tendré que asegurarme de que eso no ocurra.

Meli se mordió el labio, la preocupación arrugando su frente. —Suena terriblemente arriesgado. ¿Estás segura de que no hay otra manera de localizar al señor Ashcroft?

—Ya te lo he dicho, Meli. El hombre es prácticamente un fantasma. Aparece cuando menos te lo esperas. Y no puedo preguntarle a Bellini por una dirección, ¿verdad?

—Supongo que no. —Los hombros de Meli cayeron.

El camarero se materializó y colocó dos gin fizz ante ellas con precisión practicada. Desapareció tan rápidamente como había

aparecido, dejando solo el leve aroma a enebro y lima.

Elizabeth se levantó, pero rápidamente volvió a sentarse.

—¿Qué ocurre? —preguntó Meli.

—Antonio. —Elizabeth señaló hacia la cortina de terciopelo donde estaba Antonio.

—Le distraeré mientras tú... haces lo que tengas que hacer. —Meli se puso de pie—. Pero ten cuidado.

—Tú también —respondió Elizabeth.

Observó por encima del borde de su copa cómo Meli se acercaba a Antonio. El encanto de su prima hizo su magia, y en cuestión de momentos, se abrían paso entre la multitud hacia la pista de baile, con toda la atención de Antonio capturada.

Elizabeth dejó su bebida a un lado y se dirigió con paso tranquilo hacia la obra de arte que flanqueaba la cortina. Sus dedos, firmes a pesar del riesgo, fijaron el alfiler plateado en su vestido. Echó una última mirada panorámica por la sala antes de deslizarse en la alcoba sombría.

Se coló tras la cortina, tomando un respiro para calmarse. Levantó la mano y llamó: dos golpes rápidos, una pausa, tres más. La trampilla se deslizó. Unos ojos oscuros se encontraron con los suyos, luego bajaron hasta el alfiler plateado en su vestido y la puerta se abrió con un quejido.

Elizabeth entró en la sala de juego, con postura relajada pero los sentidos alerta. La familiar neblina de humo de cigarro y el tintineo de fichas la recibieron. Examinó la habitación, observando las posiciones de las mesas y los clientes inclinados sobre sus juegos.

La anfitriona de su visita anterior la vio y ofreció un sutil gesto de reconocimiento. Elizabeth devolvió el gesto, agradecida por la discreción.

Su mirada recorrió la sala, buscando a Amelia o Jonathan. Sin encontrar a ninguno, continuó su inspección.

Un destello de movimiento captó su atención. El joven que había visto hablando con Enzo durante su última visita se deslizaba por una puerta en la pared —la misma que Enzo había usado antes. La

mantenía entreabierta, enfrascado en conversación con un hombre rubio vestido de manera similar.

Se acercó, cogiendo una copa de champán de la bandeja de un camarero que pasaba. Mientras se posicionaba al alcance de su oído, su mano se deslizó hacia una mesa cercana, sus dedos apoderándose sigilosamente de una ficha de alto valor.

—...acabo de oír del jefe —dijo el hombre de pelo más oscuro—. Estará aquí más tarde esta noche.

Con la ausencia de Bellini confirmada, Elizabeth aprovechó su oportunidad. Se balanceó ligeramente, sus movimientos exagerados mientras fingía estar algo ebria. Con un tropiezo calculado, chocó contra el hombre rubio. Su champán se derramó, salpicando gotas doradas sobre su camisa blanca impecable.

—¡Oh, lo siento muchísimo! —balbuceó, manoseando la mancha. Su mirada pasó rápidamente por detrás del hombre, vislumbrando una oficina bien iluminada y vacía más allá de la puerta. Mientras se estabilizaba contra el marco, sus dedos hábilmente encajaron la ficha en la rendija.

—Ve a cambiarte esa camisa —ordenó el hombre de pelo más oscuro a su colega. A Elizabeth, añadió suavemente—: No hay problema, señorita. ¿Por qué no toma asiento hasta que se sienta más estable?

—Creo que he bebido demasiado champán —dijo, balanceándose ligeramente.

Elizabeth observó al hombre de pelo más oscuro desaparecer por la puerta principal. Una rápida mirada confirmó que la ficha, apenas visible, había cumplido su función, manteniendo la puerta lo suficientemente abierta para que pudiera deslizar sus dedos en la rendija. Con una última mirada alrededor de la sala, la abrió suavemente antes de desaparecer por ella.

Elizabeth cerró la puerta tras de sí, sorprendida por el brillo de la oficina. Escaneó la habitación, sus ojos ajustándose a la luz intensa que la hacía sentir expuesta.

Abrió con cuidado los cajones del escritorio, sin estar muy segura de lo que buscaba. Registros financieros, pruebas incriminatorias... cualquier cosa podría ser crucial.

Un cuaderno encuadernado en piel llamó su atención. Lo abrió, frunciendo el ceño ante la caligrafía italiana. Las cifras, sin embargo, hablaban por sí solas. Columna tras columna de números, demasiado grandes para cualquier negocio legítimo. Esto podría ser.

Unos pasos resonaron en el pasillo exterior.

Su mirada recorrió la habitación buscando alguna vía de escape. Ninguna.

¿Había regresado Bellini antes de tiempo?

Su mente corrió a través de posibles explicaciones, cada una menos plausible que la anterior.

Los pasos se acercaban.

Un reloj cercano hacía tic-tac, contando los segundos.

Su respiración se entrecortó mientras el picaporte giraba...



Capítulo Veinte

EL PICAPORTE TRAQUETEÓ MIENTRAS la puerta se abría lentamente. Su mirada se desvió hacia la ventana —demasiado alta, demasiado pequeña para escapar. Se preparó para lo peor.

Jonathan Ashcroft estaba en el umbral, sus ojos verdes se ensancharon al encontrarse con los suyos.

Se le cortó la respiración. —¿Jonathan?

Él se deslizó dentro y cerró la puerta suavemente. —¿Qué demonios estás haciendo aquí? —susurró, recorriendo la habitación con la mirada.

Elizabeth abrió la boca para hablar, pero Jonathan negó con la cabeza, interrumpiéndola. —Pensándolo mejor, dejemos eso para luego. Necesito sacarte de aquí. Ahora.

—¿Perdona? ¿Qué te hace estar tan seguro de que no puedo salir de aquí por mí misma?

—¿Puedes?

—Bueno... aún no he tenido la oportunidad de evaluar la situación.

—Por mucho que me encantaría quedarme aquí hablando de tus múltiples habilidades, no es el momento... si Enzo o alguno de sus matones te encuentran... o a mí, para el caso, aquí dentro... créeme, no se molestarán en preguntar por qué.

Jonathan señaló con la cabeza hacia la puerta por la que había entrado. —Vamos, por aquí.

—No me iré sin Meli. Está en el club principal.

Su mandíbula se tensó, un músculo palpitó bajo su piel mientras se volvía hacia la puerta del salón de juego. Sus dedos recorrieron la madera, encontrando un panel oculto. Con un suave clic, se deslizó para revelar una mirilla secreta.

Miró a través de la mirilla, sus hombros se tensaron. —Maldición.

—¿Qué ocurre?

—Uno de los matones de Bellini está vigilando la puerta.

—¿Y la otra puerta? ¿No podemos salir por ahí?

—Demasiado arriesgado. —Negó con la cabeza—. Estaríamos entrando directamente en el territorio de Bellini sin saber quién o qué podría estar esperándonos.

Elizabeth se dirigió hacia el escritorio y agarró el cuaderno encuadernado en piel.

—¿Qué estás haciendo? —la voz de Jonathan sonó cortante.

—Es una prueba —dijo Elizabeth, aferrando con más fuerza el cuaderno—. Estoy segura de que la policía lo encontrará muy útil.

—Déjalo. Cuando Bellini note que falta, destruirá todo lo que le vincule con cualquier operación ilegal.

Los dedos de Elizabeth se apretaron sobre el cuaderno. Si contenía información que vinculaba a Bellini con Sam Thornton, podría corroborar la historia de Alfie y limpiar su nombre. Sin embargo, llevárselo podría alertar a Bellini, poniendo potencialmente en peligro una investigación más amplia sobre su imperio criminal. Elizabeth dudó, sopesando el beneficio inmediato frente a las consecuencias más amplias.

—Elizabeth. —La voz de Jonathan bajó de tono.

Con un suspiro frustrado, colocó el cuaderno de nuevo en el cajón, captando un destello metálico que llamó su atención. Miró a Jonathan.

Antes de que ninguno pudiera hablar, voces llegaron desde el pasillo, seguidas por el inconfundible sonido de pasos que se

acercaban.

Jonathan la cogió de la mano. —Por aquí —murmuró, arrastrándola hacia lo que parecía una pared sólida. Con un suave empujón, un panel oculto se abrió, revelando otra habitación ligeramente más grande, apenas iluminada por apliques de pared tenuemente encendidos. Una gran mesa circular cubierta de bayeta verde dominaba el centro, rodeada de lujosos sillones de cuero. En una esquina, un pequeño pero bien surtido bar relucía con decantadores de cristal y copas pulidas.

—Habitaciones secretas, puertas ocultas... nada es lo que parece con Bellini, ¿verdad? Todo son cortinas de humo.

—Te lo dije, Enzo Bellini es un hombre peligroso —dijo Jonathan —. No se arriesga. Todo este lugar es como un laberinto, lleno de habitaciones secretas y rutas de escape.

—Un salón de juego privado para el círculo íntimo de Bellini, supongo —preguntó, observando la mesa.

—Podría decirse que... es donde Bellini entretiene a sus... socios de negocios de ideas afines, digamos.

—¿Cómo sabes tanto sobre Bellini y sus negocios?

—¡Shh! —Jonathan se llevó un dedo a los labios al oír que se abría la puerta de la oficina. Se agacharon detrás del bar, acurrucándose mientras las voces se hacían más fuertes y los pasos se acercaban.

Un escalofrío recorrió la piel de Elizabeth al reconocer la voz de Enzo Bellini a través de las paredes. Estaban atrapados, a escasos centímetros de ser descubiertos, con solo una fina barrera separándolos.

—Oí a los hombres de Bellini decir que no vendría hasta más tarde —susurró, sus palabras apenas perturbando el aire entre ellos.

Los labios de Jonathan se curvaron en una sonrisa sin humor. —Es el estilo de Bellini. Cultiva la incertidumbre. Mantiene a su gente en vilo, siempre al límite.

—La policía ha estado husmeando por el hipódromo —dijo una voz áspera—. Haciendo preguntas sobre la muerte de Reggie.

—¿Encontraron algo? —el tono de Bellini era afilado.

—No lo creo.

—¿Moviste todo como te dije?

—Sí, lo llevé todo a la propiedad de su señoría.

La mente de Elizabeth trabajaba a toda velocidad. Debían estar hablando de Georgia. ¿Era por eso que Enzo había estado tan interesado en hacer negocios con ella? ¿Para usar sus establos como tapadera de una de sus operaciones? Georgia no era tonta, ni mucho menos. Seguramente debía saber sobre Enzo y sus prácticas turbias. No era de extrañar que Iggy estuviera tan en contra. Pero la pregunta seguía siendo: ¿por qué había aceptado Georgia?

—Franklin se está convirtiendo en un lastre —continuó el otro hombre—. Está tan drogado la mayor parte del tiempo que no sabe por qué extremo de la aguja empezar.

—Que Antonio le mantenga vigilado —dijo Bellini, con voz baja—. La muerte de Reggie fue... desafortunada —dijo Bellini—. Aun así, tenía su utilidad. Su facilidad para perder a las cartas y las deudas que acumulaba le hacían bastante... manejable. Dispuesto a vender a cualquiera para salvar su pellejo.

Hubo una breve pausa antes de que Bellini continuara: —Sin la lengua suelta de Reggie, nunca habríamos descubierto el vicio de Franklin. O el... pequeño secreto de su señoría.

A Elizabeth se le cortó la respiración mientras procesaba las palabras de Bellini. ¿Qué secreto podría estar ocultando Georgia? Debía ser algo verdaderamente serio para que Bellini tuviera semejante poder sobre ella.

Sin querer, el comentario mordaz de Amelia le vino a la mente. «No sé qué vio Reggie en ella». ¿Podrían Georgia y Reggie haber tenido una aventura?

El estómago de Elizabeth se retorció ante la idea, pero incluso mientras se formaba la posibilidad, la descartó. No, un affaire no sería suficiente para forzar a Georgia a hacer negocios con un hombre como Enzo Bellini. Tenía que haber algo más, algo mucho más grave.

—Haz algunas averiguaciones —continuó Bellini—. Mira si hay alguien más con una boca tan grande como la de Reggie.

—Está Sam Thornton. Se dice que está metido hasta el cuello con Snowy Fitzgibbon.

—¿Thornton? —meditó Bellini—. ¿Por qué me suena ese nombre?

—Usamos la tienda de su padre para blanquear parte del dinero del hipódromo. Y ese negocio suyo de antigüedades falsas ha sido útil para nuestras importaciones.

—Ah, sí —dijo Bellini—. Vigila de cerca al joven Thornton. Puede que necesitemos... ajustar nuestro acuerdo.

Los músculos de Elizabeth se tensaron ante las palabras de Bellini, consciente de lo precaria que era su posición.

Sin previo aviso, la puerta de la oficina de Bellini se abrió de golpe.

—Jefe, acaba de llegar Darby Sabini, con un par de sus hombres. Está en el club.

La voz de Bellini cortó el aire, afilada como una navaja. —¿Sabini? ¿Aquí? —Un pesado silencio cayó, roto solo por el lento arrastre de una silla contra el suelo. Cuando Bellini habló de nuevo, su tono era frío y deliberado—. Reúne a todos los hombres que tengamos. Los quiero en el club, ahora. Asegúrate de que Sabini vea exactamente con quién está tratando mientras yo... entretengo a nuestro invitado inesperado.

Contuvo la respiración mientras la voz de Bellini se desvanecía, seguida por el arrastrar de múltiples pies. La puerta se cerró con un clic. Encontró los ojos de Jonathan en la tenue luz, esforzándose por escuchar cualquier presencia que quedara en la oficina. Los segundos se alargaron como horas hasta que, finalmente, el silencio se instaló sobre ellos.

La voz de Jonathan era apenas un susurro. —Ahora es nuestra oportunidad.

Abrió suavemente el panel secreto y su mirada recorrió la oficina vacía más allá. Asintió a Elizabeth y se deslizó fuera, luego ella le

siguió de cerca. En la puerta del salón de juego, Jonathan hizo una pausa, con el ojo pegado a la mirilla.

—Despejado —murmuró—. Actúa con naturalidad pero intenta no hacer contacto visual con nadie.

Entraron en el salón. El estruendo de voces y vasos les envolvió. Elizabeth escudriñó la multitud, su corazón se hundió al no localizar a Meli.

Dentro, el salón de juego funcionaba como siempre, el aire espeso con humo de cigarro y el repiqueteo de las fichas. Elizabeth notó que solo quedaban un puñado de hombres de Bellini, apostados cerca de la entrada. El resto, supuso, habían sido llamados para lidiar con la inesperada llegada de Sabini.

La mirada de Jonathan recorrió la sala, deteniéndose brevemente en una mesa de ruleta cercana. —Más despacio. No queremos llamar la atención.

Los ojos de Elizabeth se dirigieron hacia la salida. —Necesito volver con Meli, especialmente con este personaje, Sabini, ahí fuera.

—¿Sabes quién es?

—No, pero dudo que sea un monaguillo si tiene a Bellini tan asustado.

La mandíbula de Jonathan se tensó. —Darby Sabini tiene un control férreo sobre las apuestas en los hipódromos del sur. Ha estado empujando hacia Manchester y Liverpool, intentando expandir su territorio hacia el norte.

—¿Por qué crees que está aquí?

Jonathan escudriñó la sala antes de hablar. —Que Sabini aparezca aquí esta noche... no es casualidad.

Elizabeth le miró, reduciendo el paso. —¿Qué busca?

—Tantear a la competencia —murmuró Jonathan, con voz baja mientras pasaban junto a una mesa—. Bellini tiene el control aquí, pero Sabini ha estado observando. Venir a su club es la manera que tiene Sabini de probar las aguas. Comprobando si Bellini es realmente tan fuerte como sugiere su reputación.

Elizabeth echó un vistazo rápido alrededor. —¿Y si no lo es?

—Entonces Sabini hará su movimiento —dijo Jonathan, sus ojos desviándose hacia una mesa de la esquina—. No está aquí para una visita amistosa. Si Bellini tropieza, Sabini se le echará encima. Esto es más que una reunión, es una demostración de poder.

—¿No crees que habrá problemas, verdad?

—No aquí. Demasiado público. —Los ojos de Jonathan se dirigieron hacia la salida—. Pero prefiero no arriesgarme. Necesitamos encontrar a Meli y sacaros a las dos de aquí.

Elizabeth asintió, tragándose su instinto de argumentar que podía cuidar de sí misma. La seguridad de Meli estaba por encima de su orgullo.

El matón de Bellini les miró con recelo antes de apartarse para concederles acceso de vuelta al club principal. Tan pronto como cruzaron la cortina de terciopelo, sus ojos recorrieron la sala abarrotada, posándose en su mesa original. Un grupo de desconocidos la ocupaba ahora, riendo sobre cócteles.

Ella y Jonathan se abrieron paso entre la multitud, con las cabezas agachadas para evitar cruzar la mirada con Enzo. El tintineo de vasos y el murmullo de la conversación enmascararon su acercamiento al mostrador de la anfitriona.

Elizabeth se inclinó, manteniendo la voz baja. —Disculpe, ¿ha visto a mi prima? La joven que estaba conmigo antes.

La mirada de la anfitriona se detuvo en Jonathan, sus labios pintados curvándose en una sonrisa cómplice. Elizabeth se erizó, recordando las insinuaciones anteriores de la mujer sobre Bellini.

—Oh, ¿te refieres a la chica morena? Se marchó hace un rato.

La mirada de Elizabeth recorrió el club una vez más, su estómago se anuló. Ningún rastro de Antonio. No sabía si esto era buena señal o no. —¿Por casualidad notó si se marchó con alguien?

—Lo siento —dijo, examinando sus uñas carmesí—. He estado un poco ocupada.

Elizabeth se volvió hacia Jonathan, su voz baja y urgente. —Tenemos que encontrarla.

Salieron corriendo del club hacia el fresco aire nocturno. Los pensamientos de Elizabeth se agolpaban mientras se apresuraban hacia el automóvil de Iggy. Al doblar la esquina, divisó a Meli apoyada contra el capó.

—¡Meli! —llamó Elizabeth—. ¿Qué demonios haces aquí fuera? ¿Por qué te fuiste del club?

Meli puso los ojos en blanco. —Ese Antonio es todo músculo y nada de cerebro. Tuve que inventarme una excusa sobre irme solo para alejarme de él.

Elizabeth corrió hacia Meli, sus manos temblando mientras agarraba los brazos de su prima.

—Lo siento. —El tono de Meli estaba lejos de ser arrepentido—. Pero sinceramente, es un pesado. Lo único que hace es hablar de sí mismo. —Su mirada se desvió hacia Jonathan, con un brillo travieso en los ojos—. Veo que has encontrado a quien buscabas.

Las cejas de Jonathan se alzaron, su mirada pasando entre Meli y Elizabeth.

Elizabeth se volvió hacia Meli. —Te lo contaré todo de camino a casa. —Desvió su atención hacia Jonathan—. ¿Podemos dejarte en alguna parte, señor Ashcroft?

—Gracias, pero no. Creo que volveré a Adelina's. Me apetece una copa y tal vez probar suerte en las mesas.

Elizabeth cruzó su mirada con la de Jonathan. Un destello de comprensión pasó entre ellos. Él tenía la intención de volver y vigilar a Bellini y Sabini.

Tragó con dificultad. —Ten cuidado.

—La prudencia es mi lema, Lady Elizabeth. —Jonathan hizo una ligera reverencia, desplegando todo su encanto—. Ahora, si me disculpáis, os deseo a ambas una agradable velada.

Le observó marcharse, con un nudo de temor formándose en la boca del estómago. Jonathan estaba volviendo al nido de víboras, y ella no podía hacer nada para detenerle.

Se volvió hacia Meli. —Vamos, vayamos a casa. Tengo tanto que contarte.



Capítulo Veintiuno

ELIZABETH PISÓ A FONDO, y el Aston Martin se lanzó hacia delante como si compartiera su urgencia por escapar de la red de secretos de Adelina. Su pulso se aceleró, no por la velocidad, sino por la gravedad de sus descubrimientos.

Los ojos de Meli se ensancharon mientras Elizabeth le relataba todo lo que había descubierto en casa de Adelina. Cuando terminó, Meli dejó escapar un silbido bajo. —No puedo creer lo profundo que llega esto —dijo, sacudiendo la cabeza—. Bellini, el Dr. Franklin, incluso Georgia... es como una gigantesca telaraña, y el pobre Alfie está atrapado justo en el medio.

—Ciertamente. —Sus dedos se flexionaron y luego se tensaron sobre el volante—. Y tenemos que desenmarañarla antes de que él pague el precio por las fechorías de otra persona.

Condujo el Aston Martin hacia el garaje de Rosewood Park y apagó el motor. Mientras el ronroneo del motor se desvanecía, Meli se volvió hacia ella con un pliegue formándose entre sus cejas.

—¿A qué crees que se refería Bellini cuando mencionó trasladar algo aquí?

Elizabeth exhaló lentamente, permitiéndose un momento para ordenar sus pensamientos. —Dinero sucio, opiáceos, quién sabe.

—¿Opiáceos? —la voz de Meli se elevó—. ¿Crees que Bellini está traficando con opiáceos?

—Es posible. Ya sabemos que está involucrado en numerosas actividades ilegales, así que no me sorprendería lo más mínimo que también estuviera metido en el tráfico de drogas.

—¿Dónde crees que los escondería? —preguntó Meli.

Elizabeth hizo una pausa, su mente repasando las posibilidades. —Los establos. Hay actividad constante, y nadie cuestionaría suministros adicionales o paquetes que entren y salgan. Sin mencionar la cantidad de lugares para esconder cosas.

—Sigo sin entender por qué Georgia le permitiría hacer esto. ¿Crees que tuvo una aventura con el Sr. Black y Bellini lo descubrió?

Elizabeth frunció el ceño. —No lo creo. Sea lo que sea que Bellini tenga contra ella, debe ser algo mucho más grave que una aventura extramatrimonial.

—Entonces necesitamos registrar los establos. Lo que sea que Bellini esté escondiendo allí podría liberar a Georgia de su control y ayudar a Alfie.

Elizabeth asintió, alcanzando el contacto. —Necesitaremos una linterna.

Los faros parpadearon, iluminando un banco de trabajo desordenado y estanterías.

Meli señaló mientras salía del coche. —Allí.

Elizabeth apagó el motor mientras su prima recogía la linterna. Su haz de luz cortó la oscuridad.

—¿Preparada?

Salieron del garaje, la grava crujiendo bajo sus pies mientras se dirigían a los establos, con los sentidos alerta.

—Tenemos que estar atentas. Los hombres de Bellini podrían andar por aquí.

Los establos se materializaron en la oscuridad, una presencia amenazadora contra el cielo nocturno. Elizabeth dudó en el umbral.

Un caballo resopló suavemente en las sombras. —¿Por dónde empezamos? —susurró Meli.

—Empecemos por la oficina de Tommy.

Elizabeth barrió con el haz de la linterna el interior del establo, los caballos moviéndose inquietos ante su aproximación. Al fondo, una puerta sencilla marcaba el dominio del entrenador.

Manteniendo el haz bajo, Elizabeth probó el pomo. Giró con facilidad, concediéndoles acceso al pequeño espacio que había más allá.

Dirigió la linterna hacia el interior, revelando la habitación estrecha. Sillas de montar y bridas colgaban de ganchos en una pared, mientras un escritorio desordenado dominaba la otra. Pilas de papeles y horarios de entrenamiento se tambaleaban precariamente sobre él.

—¿Qué estamos buscando?

—Cualquier cosa sospechosa.

Meli abrió un armario y sostuvo en alto un pequeño vial de cristal. —¿Qué hay de la morfina?

Elizabeth miró dentro, observando media docena de viales. —Eso probablemente sea normal para un establo de este tamaño.

Meli tropezó en la penumbra, su pie enganchándose en un saco de pienso. El impacto provocó un tintineo amortiguado de cristal.

—Eso no suena a granos para mí. —Elizabeth le pasó la linterna a Meli antes de rasgar la parte superior del saco. Bajo la capa de grano, sus dedos rozaron algo inesperado: cristal liso y frío envuelto en tela.

Lo desenvolvió con cuidado, revelando un vial idéntico a los del armario. Elizabeth repitió la acción varias veces, obteniendo siempre el mismo resultado.

—Debe haber docenas ahí dentro —murmuró Meli, mirando por encima del hombro de Elizabeth mientras esta sacaba otro vial.

Elizabeth asintió con gravedad. —La pregunta es, ¿qué hacemos con ellos?

—Yo los pondría de vuelta donde los encontrasteis si sabéis lo que os conviene. —La voz áspera de Tommy cortó la oscuridad, sobresaltándolas a ambas—. Y luego olvidaros de ello.

Elizabeth se puso tensa. Se giró hacia la silueta sombría de Tommy. —¿Por qué, de dónde vienen? —Su voz se mantuvo firme a pesar de la repentina tensión.

Sus ojos se estrecharon. —Con todo respeto, Lady Elizabeth, tendrá que hablar eso con Lady Fairfax y el doctor. Yo solo estoy aquí para cuidar de los caballos, no para meter las narices en asuntos que no me conciernen.

Cambió su peso de un pie a otro, su postura incómoda. —No es seguro andar husmeando por los establos de noche. Hay toda clase de gente que podría estar por aquí. —Hizo un gesto hacia la puerta, su significado evidente—. Mejor que volváis a la casa ahora.

Elizabeth cruzó la mirada con Meli, un destello de comprensión pasando entre ellas. —Tienes toda la razón, por supuesto. Vamos, Meli.

Una vez fuera de la vista de los establos, Elizabeth redujo su paso y desenroscó parcialmente el compartimento de la batería de la linterna hasta que el haz se atenuó.

—Elizabeth, ¿qué demonios estás haciendo?

—Tommy parecía muy ansioso por deshacerse de nosotras, ¿no crees?

Meli asintió.

—Así que quiero averiguar por qué.

Volvieron sigilosamente hacia los establos. El rugido de un motor rompió el silencio, haciéndose más fuerte. Pero no sonaba como un coche.

Observaron cómo Tommy salía de los establos, su linterna balanceándose mientras se dirigía al granero. Los faros atravesaron la oscuridad cuando un camión se acercó.

—¿Una entrega a estas horas? ¿Qué demonios?

Elizabeth agarró la muñeca de Meli y tiró, guiándola hacia el granero.

Se colaron por un hueco en las desgastadas tablas del granero y se agacharon detrás de una pared de heno. Fuera, un camión de

plataforma se detuvo con un estruendo, su carga de pacas de heno apiladas en lo alto.

Los faros y las linternas iluminaron la oscuridad mientras los trabajadores comenzaban a descargar. Meli entrecerró los ojos mirando a uno de los jornaleros. —Le reconozco... pero no recuerdo de dónde.

Un destello de metal asomó de una paca de heno. Los dedos de Elizabeth se clavaron en el brazo de Meli. —¿Has visto eso? —siseó.

Meli se pellizcó la nariz, reprimiendo un estornudo. El haz de la linterna de Tommy cruzó el granero. Elizabeth se quedó inmóvil, segura de que su mirada había encontrado la suya. Pero la luz siguió adelante, y Tommy volvió a su tarea.

El estornudo de Meli explotó en el silencio.

—¿Qué ha sido eso? —espetó uno de los hombres.

El corazón de Elizabeth martilleaba mientras ella y Meli se quedaban inmóviles.

—Solo los caballos —dijo Tommy con voz arrastrada, sin perder el ritmo.

Los trabajadores volvieron a su labor. Elizabeth cruzó la mirada con Meli, y se escabulleron en la noche de vuelta a la casa.

Se colaron en Rosewood Park por la puerta trasera. Las revelaciones de la noche se agitaban en la mente de Elizabeth mientras entraban en el vestíbulo. Los dedos de Meli de repente agarraron su codo.

—Ese hombre con las pacas de heno. —La mano libre de Meli voló a su boca—. He recordado dónde le vi. Estaba en casa de Adelina, con Antonio.

Elizabeth se volvió, su mirada aguda. —¿Estás segura?

Meli asintió, con los ojos firmes. —Absolutamente.

Pasos resonaron desde el pasillo cuando apareció Pritchard, con los hombros caídos y los ojos somnolientos. Inclinó la cabeza en señal de saludo, su voz cansada al dirigirse a ellas. —Buenas noches, Lady Elizabeth, señorita Diomaros. ¿Han tenido una velada agradable?

Elizabeth y Meli intercambiaron una mirada antes de que Elizabeth respondiera. —Ciertamente fue... reveladora. —Hizo una pausa, cambiando su tono—. ¿Cómo se encuentra Lord Fairfax? ¿Ha mejorado su estado?

La expresión de Pritchard se oscureció. —Me temo que no, mi señora. Lady Fairfax ha estado a su lado toda la noche.

—¿Se ha llamado al médico?

—Aún no, mi señora. Lady Fairfax cree que es un caso grave de gripe y está vigilando la situación.

Elizabeth inhaló bruscamente. —Por favor, mantenme informada, y hazle saber a Lady Fairfax que estoy disponible para acompañar a Lord Fairfax si ella necesita descansar.

—Ciertamente, mi señora. ¿Puedo traerles algo? ¿Una cena ligera, quizás?

—No, gracias, Pritchard.

Subieron las escaleras en silencio, el peso de los descubrimientos de la noche aumentado por esta nueva preocupación. En lo alto, Meli se volvió hacia Elizabeth, su voz baja. —¿Y si es algo más que una simple gripe?

Elizabeth encontró la mirada de su prima, su expresión grave. —Esperemos que no lo sea.

Elizabeth cerró la puerta del dormitorio, sus hombros hundiéndose al ver su cama. Colocó su bolso de mano en el tocador y se hundió en el taburete, estudiando su reflejo. Su mano voló a su hombro, palpando frenéticamente.

Se levantó de un salto, volcando su bolso sobre el colchón. Monedas y pintalabios se esparcieron por la colcha. Ningún broche. Se giró para enfrentar a Meli, con el pecho apretándose. —Mi broche de plata. Ha desaparecido.

—¿Estás segura?

—Sí... debo haberlo perdido. —Elizabeth comenzó a caminar de un lado a otro, sus pasos rápidos y desiguales mientras mentalmente repasaba sus movimientos.

La voz de Meli era suave. —Quizás se cayó en el coche o en los establos.

Elizabeth se detuvo, con los ojos muy abiertos. —¿Pero y si no fue así? ¿Y si lo perdí en casa de Adelina? ¿O en la oficina de Enzo...? ¿O en esa habitación donde Jonathan y yo nos escondimos?

Meli guio a su prima hasta la cama, con el brazo rodeando los hombros de Elizabeth. —A primera hora de mañana, registraremos el coche de Iggy. Estoy segura de que aparecerá.

—¿Pero y si no? ¿Y si Bellini lo encuentra...? —La voz de Elizabeth tembló—. Sabrá que alguien ha estado en su santuario interior y que va tras él.

¿Y si lo había puesto todo en peligro? ¿La investigación de Jonathan? ¿La oportunidad de liberar a Georgia y posiblemente incontables otros del control de Bellini? ¿Alfie?

¿Cómo había podido ser tan descuidada?



Capítulo Veintidós

ELIZABETH CONTEMPLABA EL TECHO, con la mente negándose a aquietarse. El sueño la había eludido, reemplazado por un desfile incesante de preguntas y preocupaciones. Los acontecimientos en Adelina's se repetían en sus pensamientos —la habitación oculta, la conversación de Bellini, las advertencias de Jonathan. Se movió inquieta, incapaz de encontrar confort mientras su mente saltaba a los establos, a los viales de morfina escondidos en los sacos de pienso y a la entrega de balas de heno a altas horas de la noche.

Pero era la pérdida de su broche de plata lo que verdaderamente la atormentaba. Su ausencia era un recordatorio constante de su descuido y las potenciales consecuencias que provocaba —¿se habría caído en la oficina de Bellini, o peor, en aquella habitación oculta? Si alguien lo descubría, alertaría a Bellini de que alguien había estado husmeando en su sanctasanctórum, poniendo en peligro la investigación de Jonathan y su oportunidad de exculpar a Alfie de cualquier implicación en el ataque a Thornton.

Tenía que encontrar ese broche.

Elizabeth se levantó de la cama, el frío de la habitación provocándole piel de gallina. Se vistió rápidamente, con movimientos practicados y silenciosos. Meli seguía durmiendo profundamente, ajena a todo, mientras Elizabeth se deslizaba fuera de la habitación.

La casa estaba en silencio cuando Elizabeth bajó las escaleras. Se detuvo en la puerta principal, escuchando cualquier signo de movimiento antes de cruzar el camino de grava hacia el garaje.

Una vez dentro, comenzó a buscar en el automóvil de Iggy, examinando metódicamente cada centímetro del interior. Sus dedos recorrieron las costuras de la tapicería de cuero, tantearon bajo las alfombrillas y exploraron el espacio debajo de la columna de dirección. Pero el broche de plata seguía frustradamente ausente.

Su atención se dirigió al Vauxhall de Georgia aparcado junto al Aston Martin. El recuerdo de la noche anterior destelló en su mente —la tira de tela familiar que asomaba bajo la funda de la rueda de repuesto.

Quizás Meli tenía razón sobre que era una bandera o un banderín, pero tenía que estar segura. Elizabeth miró alrededor del garaje vacío, luego desenganchó la funda de la rueda de repuesto. Al levantarla, un bulto de tela cayó sobre el suelo de hormigón.

Lo recogió rápidamente y lo examinó de cerca. Era efectivamente un conjunto de seda para montar, idéntico al de Alfie. El perfume de Georgia impregnaba la tela, y una reveladora mancha de maquillaje manchaba el cuello. Rápidamente volvió a colocar la funda de la rueda y la seda, con la mente bullendo de implicaciones. ¿Era esta la seda de Alfie, o Georgia había encargado un conjunto idéntico? Necesitaba respuestas.

Se escabulló del garaje, un relincho distante rompiendo el silencio mientras corría a través del patio. Un puñado de mozos de cuadra con cara de sueño se movían por allí, comenzando sus rutinas matutinas. Se mantuvo en las sombras, pasando desapercibida, y alcanzó la estrecha escalera que conducía a los aposentos de Alfie.

En las habitaciones de Alfie, giró el picaporte de la puerta castigada por el tiempo. Se abrió con una queja ahogada. Se detuvo en el umbral, absorbiendo la sencillez de la habitación. Una cama estrecha, con su fina manta desordenada, pegada a una pared. Frente a ella, una cómoda desvencijada, con la pintura desconchada

y gastada. La luz tenue se filtraba por una ventana sucia, revelando apenas un conjunto de sedas para montar arrugado en el suelo.

Su mente volvió al relato de William sobre el atrevido engaño de Georgia años atrás, montando en lugar de su hermano. ¿Había sido ese el plan de Georgia, tomar el lugar de Alfie en el Grand National? Si era así, ¿por qué Alfie no se lo había contado? ¿Y qué había impedido a Georgia seguir adelante?

El recuerdo del día de la carrera emergió —el acalorado intercambio que había presenciado entre Alfie y Reggie, terminando con la furiosa partida de Alfie. Pero ahora, la duda se instaló en ella.

¿Era realmente Alfie a quien había visto discutir con Reggie?

Después de cerrar la puerta tras ella, bajó sigilosamente los escalones y salió de los establos, con los ojos recorriendo el patio. Al pasar por el granero, su mente divagó sobre la peculiar entrega de heno de la noche anterior. La hora tardía, la innecesaria adición a un granero ya lleno, y ese curioso destello que había visto a la luz de la antorcha —todo apestaba a sospecha.

Las palabras de Meli sobre la supuesta conexión del trabajador de la granja con Antonio inquietaban a Elizabeth. No podía ser una mera coincidencia.

Se detuvo, mirando hacia la casa. Lo sensato sería regresar e informar a la policía. Pero a pesar del riesgo, Elizabeth sintió una atracción irresistible hacia el granero. Sus pies parecían moverse por voluntad propia, llevándola más cerca, la necesidad de respuestas superando su cautela.

Elizabeth se deslizó en el granero, sus ojos encontrando rápidamente las balas de heno fresco que había visto entregar la noche anterior. Sus bordes crujientes destacaban entre las pilas más antiguas y asentadas.

Tomó una horquilla cercana y clavó sus púas en una de las nuevas balas. Un agudo ruido metálico resonó cuando el metal golpeó contra metal.

Metió la mano en la bala, y sus dedos se cerraron alrededor de algo frío y pesado. Una pistola.

El crujido de la grava afuera captó su atención hacia la puerta del granero. Alguien se acercaba.

Elizabeth devolvió el arma a su escondite mientras un «mozo de cuadra» aparecía. Lo reconoció al instante —el mismo hombre que Meli había identificado anoche.

Sus ojos se entrecerraron mientras se acercaba.

—¿Busca algo, señorita?

La mente de Elizabeth trabajaba a toda velocidad.

—He perdido un broche ayer. Pensé que podría haberlo dejado caer aquí.

La mentira sonaba endeble, incluso para sus propios oídos.

Él se cruzó de brazos.

—Mejor no quedarse aquí sola, señorita. Estas balas de heno pueden ser peligrosas si se derrumban.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire, cargadas de una amenaza implícita.

—Por supuesto —respondió Elizabeth, forzando una sonrisa—. Gracias por la advertencia.

El hombre se quedó mirando como si estuviera clavado al suelo.

—Supongo que será mejor que me vaya.

Asintió, su mirada taladrando la espalda de Elizabeth mientras se alejaba.

Elizabeth se apresuró desde el granero hasta la casa, sus pensamientos repasando las implicaciones. ¿Qué podría haber llevado a Georgia a alinearse con alguien tan peligroso como Bellini? Seguramente comprendía los riesgos que alguien como él suponía. A menos que... la influencia que él ejercía sobre ella fuera tan seria que la obediencia era su única opción.

Se estremeció al considerar las consecuencias de largo alcance de las operaciones de Bellini. Su influencia se extendía mucho más allá de estos establos, dejando un rastro de vidas arruinadas a su paso. Esos alijos ocultos de drogas y armas no prometían más que miseria y violencia.

Elizabeth se detuvo en la puerta lateral, el peso total de su descubrimiento hundiéndose en ella. Esto ya no se trataba solo de Georgia. La operación de Bellini en Rosewood amenazaba innumerables vidas.

Tenía que actuar ahora. La policía necesitaba ver esta evidencia de primera mano.

—Comisaría de Aintree, por favor —dijo tan pronto como la operadora respondió.

Momentos después, la línea conectó.

—Comisaría de Aintree, Agente Parker al habla.

—Soy Lady Elizabeth Hawthorne. Necesito hablar con el Inspector Jefe Wainwright inmediatamente. Es urgente.

—Un momento, Lady Elizabeth. —El silencio se alargó interminablemente—. Me temo que el Inspector Jefe no está disponible, mi lady. Le devolverá la llamada cuando pueda.

El agarre de Elizabeth se tensó en el auricular.

—No lo entiende. Este es un asunto de máxima urgencia...

—Se lo comunicaré, mi lady. —La línea quedó muerta.

Elizabeth golpeó con los dedos contra la mesita, deseando que el agente volviera. Finalmente, lo hizo.

—Lo siento, mi lady. El Inspector Jefe sigue sin estar disponible y se pondrá en contacto con usted cuando tenga tiempo.

—Muy bien. Gracias, Agente. —Volvió a colocar el auricular. La negativa de Wainwright a escuchar, aunque predecible, aún la irritaba. Sus pensamientos se dirigieron a Jonathan. Si tan solo tuviera alguna manera de contactar con él.

La preocupación la carcomía mientras los recuerdos de Adelina's volvían a ella. Jonathan podía cuidar de sí mismo, pero ¿contra Bellini y Sabini juntos? Sacudió la cabeza como tratando de eliminar los escenarios que se desarrollaban en su mente mientras cruzaba el vestíbulo, su frustración evidente en la postura de sus hombros. La señora Langley emergió del pasillo, bandeja de té en mano.

—Buenos días, señora Langley. —Forzó una sonrisa, apartando momentáneamente sus preocupaciones—. ¿Es eso para Lady

Fairfax?

La señora Langley asintió, su expresión cansada.

—Sí, mi lady. Ha estado sentada con Lord Fairfax toda la noche. No se encuentra nada bien.

Elizabeth dudó, la preocupación por Iggy luchando con la necesidad de hablar con Georgia.

—Podría llevar eso arriba si quiere. Quizás pueda convencer a Lady Fairfax para que descanse un rato.

Los hombros de la señora Langley se hundieron.

—Oh, ¿lo haría, mi lady? Lo he intentado, pero Lady Fairfax está bastante decidida a permanecer a su lado.

Elizabeth aceptó la bandeja, sus dedos apretándose en las asas. El momento estaba lejos de ser ideal, y odiaba presionar a Georgia por respuestas mientras Iggy estaba enfermo, pero la seda para montar podría ser crucial para desentrañar este misterio. Con el alcance de Bellini demostrando ser mucho más extenso de lo que había imaginado, no podía permitirse dejar ninguna piedra sin remover.

Fuera de la habitación de Iggy, Elizabeth se detuvo, el peso de la bandeja de repente pesado en sus manos. Tendría que pisar con cuidado, equilibrando su genuina preocupación por sus amigos con su necesidad de respuestas. La seda para montar, el alcance de Bellini, el secretismo de Georgia... ¿cómo encajaba todo?



Capítulo Veintitrés

ELIZABETH EMPUJÓ LIGERAMENTE LA pesada puerta de roble del dormitorio de Iggy, con la bandeja de té en precario equilibrio entre sus manos. Al entrar, el aire se apretó contra ella —denso, estancado e incómodamente cálido. Se adhería a su piel y llenaba sus pulmones, mientras la fresca promesa de la primavera se marchitaba en el umbral.

Las pesadas cortinas de terciopelo colgaban flácidas de sus rieles, permitiendo que solo los más finos rayos de luz matinal se infiltraran en la habitación. Estos haces de claridad solo servían para enfatizar la opresiva penumbra de la estancia, atravesando motas de polvo que giraban perezosamente en el aire estancado.

En la chimenea, las brasas ardían tenuemente, ocasionalmente avivándose con un débil pulso anaranjado. La débil luz del fuego apenas alcanzaba los paneles de madera oscura, dejando los rincones de la habitación velados en sombras.

Mientras sus ojos se adaptaban a la oscuridad, los detalles de la habitación emergían de la penumbra como una fotografía en revelado. La imponente cama con dosel dominaba el espacio, con sus pesadas cortinas color burdeos recogidas para revelar la pálida figura que yacía inmóvil bajo las mantas.

La mirada de Elizabeth recorrió la habitación, posándose finalmente en una figura junto a la cama. Georgia estaba sentada allí, su mano moviéndose suavemente a lo largo del brazo de Iggy. Al acercarse, el susurro de Georgia llegó a sus oídos.

—...no falta mucho, mi amor —las palabras, suaves como un suspiro, provocaron un escalofrío en Elizabeth.

—¿Georgia? —Elizabeth se acercó a la cama, bandeja de té en mano.

Georgia se volvió, su rostro una máscara de agotamiento. Había desaparecido aquella personalidad vivaz y extrovertida que normalmente llenaba cualquier habitación que ocupaba. Miró a Elizabeth con una expresión cansada, sin rastro de su habitual vivacidad.

—He traído algo de té —Elizabeth colocó la bandeja en una mesa cercana—. Quizás después de tomar una taza podrías descansar un poco. Me encantaría quedarme con Iggy.

Los ojos de Georgia, normalmente brillantes, ahora apagados y desenfocados, se encontraron con los de Elizabeth.

—No —su voz sonó ronca—. Tengo que estar aquí.

—¿Has llamado al médico?

Georgia negó con la cabeza, un movimiento brusco, casi mecánico.

—¿Quieres que le telefonee o que avise a Pritchard?

Georgia volvió a negar.

—No... es mejor así.

La inquietud de Elizabeth creció mientras estudiaba el rostro de Georgia. La luz parpadeante del fuego acentuaba los ángulos afilados de sus pómulos. Esta no era la Georgia que conocía. Era una extraña usando el rostro de su amiga.

Georgia se volvió hacia la bandeja de té.

—Elizabeth, cariño, ¿podrías traer una manta del armario? Creo que Iggy tiene un poco de frío. Yo serviré el té.

Elizabeth dudó, el calor del fuego hormigueando en su piel.

—Por supuesto —se levantó y cogió una fina colcha, colocándola sobre Iggy antes de sentarse en una de las sillas. Tomó su taza, inhalando el fragante vapor antes de sorber su té. La habitación estaba silenciosa excepto por el crepitar del fuego. Observó cómo la mirada de Georgia descansaba en Iggy.

—Ojalá lo hubieras visto en sus buenos tiempos, Elizabeth. La primera vez que lo vi, fue como si el mundo entero... se detuviera. Estaba allí de pie, tan alto y apuesto... todo un explorador intrépido —una sonrisa juvenil se extendió por el rostro de Georgia—. Supe en ese momento que me casaría con él.

Georgia sacudió la cabeza, dejando escapar un suave suspiro.

—A Iggy le costó convencerse. Se preocupaba por la diferencia de edad, y mis padres tampoco estaban entusiasmados. Pero cuando me propongo algo... Bueno, nos casamos seis semanas después.

Elizabeth escuchaba mientras bebía su té, las palabras de Georgia pintando una vívida imagen de su romance relámpago.

El fuego crepitó.

Iggy se agitó, sus párpados temblando.

—Tengo sed —murmuró.

Georgia inmediatamente se acercó a su lado.

—Aquí tienes, mi amor —sostuvo suavemente la taza contra sus labios, permitiéndole dar un pequeño sorbo.

Elizabeth dejó su taza.

—Georgia, realmente creo que deberíamos llamar al médico.

—No —espetó ella—. Es mi marido. Puedo cuidar de él.

Elizabeth reprimió un bostezo, parpadeando lentamente. La falta de sueño de la noche anterior le estaba pasando factura, amplificada por el calor opresivo de la habitación.

La voz de Georgia se suavizó mientras continuaba:

—¿Sabías que Iggy formó parte de la Expedición Discovery de Shackleton?

Ella asintió, sus párpados pesados mientras Georgia relataba la historia de las aventuras de Iggy en la Antártida y cómo le costó dos

dedos del pie.

—No dejes que se enfríe tu té, cariño.

Elizabeth se enderezó en su asiento, tratando de sacudirse la fatiga.

—¿Sabes que habíamos planeado ir a Kenia? —Sus ojos brillaron brevemente con el recuerdo, luego se apagaron—. Antes del accidente.

El cambio en el comportamiento de Georgia era palpable. Sus hombros se hundieron, y la amargura se coló en su voz.

—Pensé... estaba tan segura de que se recuperaría rápidamente. Iggy siempre fue tan fuerte, tan vital, nada lo mantenía abatido por mucho tiempo —negó con la cabeza, una sonrisa pesarosa jugando en sus labios—. Desestimé las palabras del médico cuando me advirtieron que su edad afectaría su recuperación. ¿Iggy? ¿Viejo? Parecía absurdo.

La mirada de Georgia se desvió hacia la forma inmóvil de Iggy.

—Pero tenían razón. Después de superar lo peor, todo se ralentizó hasta casi detenerse. Y ahora mírale —su voz se quebró ligeramente—. Se ha convertido en otro aburrido hombre de mediana edad.

Como si fuera una señal, Iggy volvió a agitarse. Georgia se levantó rápidamente, acercándose a su lado.

—Aquí, querido, toma un poco más de té —inclinó suavemente su cabeza hacia adelante, acercando la taza a sus labios. Elizabeth notó que la respiración de Iggy se volvía más superficial mientras bebía.

Georgia le persuadió a dar otro pequeño sorbo, su anterior amargura enmascarada por una tierna preocupación.

—Eso es, mi amor. Mejor, ¿verdad?

La cabeza de Elizabeth se sentía pesada, sus pensamientos cada vez más lentos. Parpadeó lentamente, intentando despejar la niebla que parecía estar asentándose sobre sus ideas.

—Georgia —comenzó, luchando por encontrar las palabras adecuadas—. Sobre Reggie... espero que no te importe que

pregunte, pero... he oído que era bastante encantador con las damas y...

—¿Reggie y yo? —La risa de Georgia fue aguda, quebradiza—. ¿Reggie? ¿Esa patética excusa de hombre sin carácter? —Negó con la cabeza, el disgusto retorciendo sus facciones.

La visión de Elizabeth nadaba, sus pensamientos se escurrían como agua entre sus dedos. Entrecerró los ojos mirando a Georgia, tratando de concentrarse.

—Enzo Bellini —murmuró, sintiendo el nombre espeso en su lengua—. Tú y él... ¿cómo...? —No pudo completar el pensamiento.

—Es culpa de Reggie Black que me involucrara con Bellini en primer lugar... —Georgia suspiró profundamente—. Oh, qué demonios... no recordarás nada cuando despiertes de todos modos. Reggie se ofreció a ocuparse de Iggy si yo pagaba sus deudas de juego con Bellini —dijo, con voz baja y amarga—. Pero una vez que saldé cuentas, se echó atrás. Dijo que no iba en serio —se rio, un sonido duro y feo—. Así que tuve que encargarme de él antes de que fuera a la policía. No sabía que ya le había ido con el cuento a Bellini.

—¿Intentaste que mataran a Iggy? —Los ojos de Elizabeth se ensancharon, su corazón latiendo con fuerza mientras trataba de procesar las palabras de Georgia—. Pero por qué... pensaba que amabas a Iggy.

—Le amo... por eso lo hice —Georgia saltó y comenzó a pasearse —. ¿Crees que Iggy quiere pasar el resto de su vida así? —Se giró para enfrentar a Elizabeth—. ¿Crees que disfruta siendo un inválido... atrapado en esta media vida? Le estoy salvando.

La mente de Elizabeth daba vueltas, el horror atravesando la niebla que nublaba sus pensamientos. La confesión de Georgia resonaba en sus oídos: el asesinato de Reggie, el intento de asesinato de Iggy.

Georgia observaba a Elizabeth, un destello de satisfacción brillando en sus ojos. Elizabeth luchaba contra la pesadez de sus extremidades, su visión borrosa. Mientras se esforzaba por

enfocarse, su mirada se desvió hacia la mesita de noche de Iggy. Un vial de cristal llamó su atención y, de repente, las piezas encajaron. El té. Georgia lo había mezclado con morfina.

La mirada de Elizabeth saltó entre la taza en la mano de Georgia y el rostro de Iggy. Su cuerpo se sentía como plomo, pero la adrenalina corrió por sus venas. Se abalanzó hacia delante, golpeando la taza de la mano de Georgia. Esta cayó al suelo con un crujido agudo, el té filtrándose en la alfombra.

Los ojos de Georgia destellaron peligrosamente. Con un movimiento rápido, sacó una jeringa de debajo de una servilleta doblada en la mesita de noche, su aguja brillando amenazadoramente a la luz del fuego.

Georgia se abalanzó, jeringa en mano. Elizabeth se retorció, apenas desviando el ataque. Chocaron, tambaleándose hacia atrás. Los dedos de Elizabeth se aferraron a las muñecas de Georgia, esforzándose por mantener la aguja alejada. La jeringa temblaba entre ellas, su punta a un pelo de la garganta de Elizabeth.

La fuerza de Elizabeth disminuía mientras forcejeaba con Georgia. Se tambalearon por la habitación, enredadas en una frenética pelea. El pie de Elizabeth se enganchó en la alfombra, haciéndoles perder el equilibrio. Se estrellaron contra una mesita auxiliar, volcándola, fragmentos de porcelana deslizándose por el suelo de madera.

El rostro de Georgia flotaba a centímetros del de Elizabeth, sus ojos ardiendo con maníaca determinación. La habitación giraba alrededor de Elizabeth, su visión borrosa mientras la morfina corría por sus venas. La aguja se acercaba. Los dedos de Elizabeth, resbaladizos por el sudor, se deslizaban en las muñecas de Georgia.

Elizabeth se retorció, su codo conectando con las costillas de Georgia. Esta gruñó, aflojando su agarre por una fracción de segundo. Elizabeth se liberó y se tambaleó lejos. Pero sus piernas la traicionaron, doblándose bajo su peso. Cayó con fuerza, sus palmas ardiendo al clavarse fragmentos de porcelana.

Georgia avanzó, jeringa en mano. Elizabeth se arrastró hacia atrás, fragmentos de porcelana cortando sus palmas. Sus

extremidades se sentían como plomo, su visión reduciéndose a un punto.

Se desplomó de espaldas, su pecho agitado. Georgia se arrodilló sobre ella, el rostro contorsionado. La jeringa brilló mientras la levantaba, la aguja suspendida sobre el cuello de Elizabeth.

Los párpados de Elizabeth temblaron, la oscuridad invadiendo su visión. La puerta explotó hacia dentro, las bisagras chirriando. Un torbellino de movimiento culminó en un golpe nauseabundo.

Georgia se desplomó.

La visión de Elizabeth se nubló y se desvaneció, dejando solo la borrosa imagen de Meli empuñando una abollada bandeja de té.



Capítulo Veinticuatro

EL TREN CON DESTINO a Liverpool aguardaba en la estación de Aintree, con grandes nubes de vapor emanando de su locomotora. Elizabeth se hundió en el lujoso asiento de terciopelo del compartimento de primera clase, con los dedos descansando sobre el periódico en su regazo. El titular en negrita proclamaba: *EL JOVEN JINETE ALFIE TANNER REIVINDICADO, DECLARADO LEGÍTIMO GANADOR DEL GRAND NATIONAL.*

Debajo, un titular más pequeño llamó su atención: "La trágica muerte del campeón de hípica Reggie Black conmociona al mundo de las carreras". No solo había presenciado estos acontecimientos, sino que se había visto arrojada al centro mismo de ellos.

Observó el bullicio de actividad en el andén, con sus pensamientos a kilómetros de distancia, en Hawthorne Hall. La reunión de mañana ofrecía una bienvenida distracción de los recientes sucesos. El regreso de Alfie, reivindicado y victorioso, era sin duda motivo de celebración.

Su mirada volvió al artículo que detallaba el fallecimiento de Reggie Black. El periódico tejía la historia de la trágica caída de un jinete campeón, alegando que una adicción a los opiáceos había provocado una sobredosis fatal y su mortal caída. Ella conocía la

verdad que se ocultaba tras aquellas palabras cuidadosamente elaboradas: no hubo adicción, ni sobredosis accidental.

La muerte de Reggie fue resultado de la desesperación de Georgia. Elizabeth se estremeció al recordar la mirada desquiciada en los ojos de Georgia aquel día en el dormitorio de Iggy, la desconexión entre sus acciones y la realidad. ¿Cómo había llegado la mente de su amiga a estar tan deformada, tan alejada de las consecuencias de sus decisiones?

Frente a ella, Meli se movía inquieta, con la mirada saltando entre la ventana y su prima. El brillo habitual en sus ojos se había apagado, reemplazado por un cansancio que parecía fuera de lugar en su rostro juvenil.

—No puedo creer cuánto ha ocurrido desde que llegamos a Aintree —Meli miró hacia la puerta del compartimento antes de continuar—. Y pensar que Georgia... intentó asesinar a Iggy. Y a ti.

Elizabeth dobló el periódico y lo dejó a un lado.

—Si no hubiera sido por tu rápida reacción con aquella bandeja de té, las cosas podrían haber terminado muy diferentes.

—No sigas —Meli hizo una mueca, cerrando los ojos con fuerza—. Si hubiera llegado unos momentos más tarde... —Exhaló bruscamente, y luego miró directamente a Elizabeth—. ¿Qué va a pasar con Georgia ahora?

Elizabeth suspiró, desviando la mirada hacia el bullicioso andén al otro lado de la ventana.

—Según William, no está en condiciones de ser juzgada. Probablemente permanecerá en el Manicomio de Broadmoor para criminales dementes.

—¿Crees que alguna vez... se recuperará? —preguntó Meli.

—Es poco probable —Elizabeth apartó la mirada—. Caroline me contó que cuando la visitó, Georgia estaba "esperando" a Iggy —añadió Elizabeth—. Estaba convencida de que él iba a recogerla para una aventura en Kenia. Algo sobre unirse a una expedición de safari en Masai Mara.

—¿No recuerda nada? ¿Ni siquiera...? —La voz de Meli se apagó, incapaz de expresar el acto horroroso.

—No —Elizabeth entrelazó las manos con fuerza sobre su regazo —. Según los médicos, la mente de Georgia ha retrocedido a un tiempo anterior al accidente de Iggy. Para ella, estos dos últimos años simplemente no existen.

—¿Qué hay de esas sedas de carreras que encontraste escondidas en la rueda de repuesto de Georgia? —preguntó Meli—. ¿Crees que se las puso para inculpar a Alfie del asesinato de Reggie?

Elizabeth suspiró, negando con la cabeza.

—Yo también me lo he preguntado. Con el estado actual de Georgia, dudo que alguna vez lo sepamos con certeza. Sus motivos, sus planes... todo está encerrado en una parte de su mente a la que no podemos acceder.

—Pensar lo cerca que estuvo de arruinar la vida de Alfie —reflexionó Meli—. No puedo comprenderlo. Georgia lo tenía todo: belleza, dinero, un marido que la adoraba —Su tono se suavizó—. ¿Cómo estaba Iggy esta mañana? ¿Alguna mejoría?

Elizabeth negó con la cabeza, con expresión sombría.

—Me temo que no. Si acaso, parecía más distante. Los médicos dicen que aún está en estado de shock.

—¿Crees que volverá a Rosewood cuando le den el alta?

Elizabeth negó con la cabeza.

—No. Se quedará con su viejo amigo Percy Fawcett en Devon. Su médico cree que el cambio de ambiente le sentará bien.

Meli se inclinó hacia delante en su asiento, frunciendo el ceño mientras miraba atentamente.

—¿No es ese tu señor Ashcroft?

La mirada de Elizabeth se dirigió rápidamente hacia el andén.

—Difícilmente es mi señor Ashcroft, Meli —Puso los ojos en blanco ante las bromas de su prima, pero no podía negar la aceleración de su pulso mientras afloraban recuerdos involuntarios. Al despertar después del ataque de Georgia, había encontrado a

Jonathan en su habitación, insólitamente desaliñado, con la corbata torcida y la chaqueta arrugada.

Meli había sido implacable con sus bromas después. "Tendrías que haberlo visto", había dicho, con ojos chispeantes. "Merodeando como un tigre enjaulado, acosando al médico. Estaba bastante alterado".

La puerta del compartimento se abrió con un traqueteo. Jonathan se agachó para entrar, sus ojos buscando los de Elizabeth.

—Me alegro de haber llegado a tiempo —dijo, hundiéndose en el asiento junto a Meli. Se inclinó hacia delante, bajando la voz—. Ha habido algunos acontecimientos que pensé que querríais conocer.

Las cejas de Meli se arquearon, con un destello travieso en sus ojos mientras miraba alternativamente a Elizabeth y a Jonathan. Elizabeth fingió no darse cuenta.

—¿Qué tipo de novedades?

Los ojos de Jonathan se dirigieron a la puerta del compartimento antes de volver a posarse en Elizabeth.

—Bellini ha desaparecido —dijo, manteniendo la voz baja—. El concesionario de coches, Adelina's... ambos vaciados de la noche a la mañana. Ni rastro, como si nunca hubieran existido.

Elizabeth sintió que se le cortaba la respiración.

—¿Cuándo ocurrió?

—En las últimas veinticuatro horas —respondió Jonathan—. La policía está desconcertada. Es como si supiera que se estaban acercando.

—¿Crees que podría ser la misma persona que ordenó a Wainwright cerrar la investigación sobre el ataque a Thornton? —preguntó Meli—. Pensábamos que era Georgia, pero fácilmente podría haber sido otra persona con influencia, alguien en la nómina de Bellini.

Él asintió lentamente.

—Es posible. Bellini tiene contactos en todas partes. Sin duda tendría los medios para interferir en una investigación policial.

Los dedos de Elizabeth se tensaron en el borde de su asiento.

—¿Tienen alguna idea de su paradero?

Los ojos de Jonathan se entrecerraron.

—La policía no tiene pistas sólidas. Se ha sugerido Italia, pero es demasiado obvio para alguien como Bellini. Es astuto, impredecible. Sospecho que sigue cerca, esperando su momento.

—¿Y Rosewood Park? —La mirada de Elizabeth permaneció fija en Jonathan—. ¿Registró la policía el granero?

Jonathan exhaló lentamente.

—Lo hicieron. No encontraron nada inusual. Si Bellini lo había estado utilizando, lo había limpiado todo mucho antes de que llegara la policía.

—¿Qué hay del doctor Franklin? —preguntó Meli—. Seguramente le habrán interrogado sobre toda la morfina que encontramos.

Jonathan negó con la cabeza.

—Franklin se compró un billete de ida a Australia, se marchó hace un par de días.

—¿Así que eso es todo? ¿Bellini se va a salir con la suya?

—Con Bellini desaparecido y nadie dispuesto a hablar, la policía no pudo acusarle de nada concreto.

—¿Y Sam Thornton? —Los dedos de Meli tamborileaban sobre su rodilla—. ¿No estaba blanqueando el dinero de Bellini a través de la tienda de su padre?

Una sombra cruzó el rostro de Jonathan.

—Nadie le ha visto el pelo. Se rumorea que su desaparición podría ser obra de Bellini. No tolera a los chivatos que van con el cuento a la policía.

Elizabeth estudió su rostro, buscando cualquier señal reveladora. ¿Había expuesto deliberadamente Jonathan a Sam como el chivato para proteger a Alfie?

El silbido del tren sonó, señalando su inminente partida.

—Debería irme —dijo Jonathan, levantándose. Sus ojos se encontraron con los de Elizabeth, sosteniendo su mirada un momento más de lo necesario—. Lady Elizabeth, un placer como

siempre —Se volvió hacia Meli—. Señorita Diomaros, ha sido un deleite.

El tren se sacudió hacia delante cuando Jonathan descendió al andén. Su figura se fue achicando en la distancia mientras el tren se alejaba, pero su mirada permaneció fija en Elizabeth.

—Bueno, mi querida prima —La voz de Meli interrumpió sus reflexiones—. Creo que es seguro decir que el señor Ashcroft es, efectivamente, tu señor Ashcroft, prima.

Elizabeth se apartó de la ventana, con un delator rubor subiendo por sus mejillas.

—Sinceramente, Meli, eres incorregible —Apretó los labios, conteniendo una sonrisa.

Mientras Aintree se desvanecía de vista, Elizabeth se encontró reflexionando sobre el enigma que Jonathan Ashcroft representaba.

Era encantador pero reservado, heroico pero evasivo.

Un caleidoscopio humano, cambiando constantemente.

Pero quizás algunos misterios simplemente no estaban destinados a resolverse.



Epílogo

ELIZABETH SE RECOSTÓ EN su silla, saboreando su té matutino. Al otro lado de la mesa, William hojeaba su periódico con el ceño fruncido mientras examinaba las páginas. Caroline estaba sentada a su lado, con la mirada perdida mientras removía su té con una cucharilla de plata. Meli, inusualmente callada, empujaba los restos de su desayuno por el plato con el tenedor.

Mientras bebía su té, sus pensamientos se desviaron hacia las recientes celebraciones en Hawthorne Hall, su finca familiar en Surrey, donde se habían reunido para honrar la victoria de Alfie en el Grand National. Una calidez se extendió por su pecho al recordar el rostro radiante de Alfie y el evidente orgullo de sus padres, pero el recuerdo se amargó al pensar en los acontecimientos que habían llevado a la injusta detención de Alfie.

Sus pensamientos se dirigieron a Iggy, aún recuperándose en Devon, y a Georgia, ahora paciente en el Hospital Broadmoor. Los médicos habían diagnosticado un trastorno mental, confinándola indefinidamente.

El papel de Georgia en el asesinato de Reggie y su intento contra la vida de Iggy les había dejado a todos conmocionados. Pero a pesar de los atroces actos de Georgia, Elizabeth se encontraba lidiando con una inesperada punzada de compasión. La mujer de

buen corazón que había conocido parecía irreconciliable con la asesina a sangre fría en que Georgia se había convertido.

La puerta del comedor se abrió y Dalton entró, con una bandeja de plata equilibrada en sus manos. Distribuyó el correo matutino, colocando las cartas de William junto a su plato antes de depositar dos sobres frente a Elizabeth.

—Su correspondencia, mi Lord, mi Lady.

—Gracias, Dalton —murmuraron William y Elizabeth, sus voces superponiéndose. Dalton asintió y abandonó silenciosamente la habitación.

Elizabeth deslizó el dedo bajo la solapa del primer sobre, desplegando la carta de su interior. Mientras sus ojos recorrían la página, una pequeña arruga apareció entre sus cejas. —Oh —dijo suavemente, con sorpresa en su voz—. Me había olvidado completamente de esto.

Caroline levantó la vista de su té. —¿No son malas noticias, espero?

—No, nada de eso. —Los labios de Elizabeth se curvaron en una pequeña sonrisa—. Me había olvidado de una subasta benéfica que gané hace meses. El premio es un fin de semana largo en la Isla Ingleby para observar el Cometa Aletheia.

William bajó su periódico. —¿La Isla Ingleby? ¿El lugar de Thomas Ingleby?

—Eso creo. ¿Por qué lo preguntas?

William dejó el periódico a un lado. —Apenas se ha visto a Ingleby desde el escándalo de hace un par de años, cuando su socio malversó fondos de los clientes de su banco y huyó a Sudamérica.

—Ah, sí —asintió Caroline, con el recuerdo aflorando en su rostro —. Recuerdo haber leído sobre eso en los periódicos. Fue todo un escándalo. —Se volvió hacia su marido—. Me pregunto qué le habrá impulsado a abrir su isla. Un evento como el Cometa Aletheia seguramente atraerá un interés considerable.

—Papá me habló de un cometa mencionado en unos pergaminos descubiertos en Delfos. Aparece cada pocos siglos y los antiguos

griegos creían que revelaba verdades ocultas. —Meli sonrió—. Pero papá dice que no es el cometa el que revela secretos, sino las personas.

William se reclinó en su silla, tamborileando ligeramente con los dedos sobre la mesa. —La perspicacia de tu padre le sirve bien. La naturaleza humana revelará sus verdaderos motivos, independientemente de cualquier evento celestial.

La expresión de Meli se tornó seria. —¿Crees que la Isla Ingleby guarda algún secreto propio?

Los hombros de Elizabeth se tensaron ligeramente. —Espero que no. Después de nuestra reciente aventura en Aintree, tengo muchas ganas de algo de paz y tranquilidad.

—No me sorprende. Asesinato, la detención de Alfie, garitos ilegales de apuestas, gánsteres... —Meli fue enumerando con los dedos—. Cuando lo enumeramos así, realmente suena bastante abrumador.

Las palabras de Meli quedaron suspendidas en el aire, un recordatorio sobrio de la gravedad de los acontecimientos recientes.

Caroline miró alrededor de la mesa antes de inclinarse ligeramente. —¿Y Bellini? —preguntó, con voz apenas por encima de un susurro—. ¿Alguna noticia sobre su paradero?

La mandíbula de William se tensó mientras encontraba la mirada de Elizabeth. —Hablé con Ashcroft ayer. —Hizo una pausa, bajando más la voz—. Es como si Bellini hubiera desaparecido sin dejar rastro.

Jonathan. Se le cortó la respiración, el nombre evocando un torbellino de emociones contradictorias.

Encontró la mirada de su hermano, temerosa de revelar demasiado. —¿Hablaste con el señor Ashcroft?

—Sí, me lo encontré en mi club.

Hizo una pausa, eligiendo sus palabras con cuidado. —¿Mencionó... algo más?

—Ya conoces a Ashcroft, se guarda sus cartas. Pero cree que solo es cuestión de tiempo antes de que Bellini reaparezca.

Elizabeth deslizó el dedo bajo la solapa del segundo sobre. Un alfiler plateado cayó junto con la nota, su letra A brillando hacia ella con burla.

Su estómago se contrajo mientras desdoblaba la nota.

Pensé que era hora de devolverte esto. Hasta la próxima, Lady Elizabeth.

Tragó saliva con dificultad, su mente trabajando a toda velocidad.

Bellini sabía lo que había hecho.

Y ahora se estaba burlando de ella.

Alardeando de su capacidad para alcanzarla en cualquier momento que quisiera.

¿Tienes curiosidad por saber cómo se conocieron Georgia e Iggy? Únete a mi boletín para acceder a esta escena extra exclusiva.

https://dl.bookfunnel.com/oldn48pg7n

Si disfrutaste de Asesinato en el Grand National, no te pierdas el Libro 5 de la serie de misterios de Lady Elizabeth Hawthorne,

Asesinato en el Observatorio

Cuando un raro evento celestial termina en tragedia, el retiro insular de Lady Elizabeth Hawthorne se convierte en un paraíso mortal.

Con el reloj cósmico corriendo y el peligro acechando en cada sombra, Elizabeth debe alinear las estrellas de la verdad antes de que el asesino golpee de nuevo. En este mortal juego de ajedrez celestial, ¿podrá superar en ingenio a un asesino que parece mapear la esfera con precisión letal? ¿O será eclipsada por sus maquinaciones homicidas?

https://www.amazon.es/dp/B0FBLZHQVJ

Boletín

Únete a mi boletín para recibir GRATIS tu copia de La sombra de la Reina del Desierto y mantenerte al día con todas las novedades sobre nuevos lanzamientos, sorteos, promociones y mucho más.

LA SOMBRA DE LA REINA DEL DESIERTO

ARTEFACTOS, LINAJE Y SECRETOS antiguos.

Cuando un valioso amuleto egipcio desaparece de una exposición en el Museo Británico, Lady Elizabeth Hawthorne se enfrenta a un misterio impregnado en el pasado de su propia familia. La antigua reliquia, que una vez llevó la mismísima reina Neferati, guarda secretos por los que matar —y alguien está vigilando cada movimiento de Elizabeth.

A través de las resplandecientes veladas de Londres y las galerías en penumbra del Museo, Elizabeth persigue a un ladrón fantasma que parece conocer el legado de su padre mejor que ella misma. Cada pista críptica la arrastra más profundamente en una red de engaños donde antiguas maldiciones susurran amenazas modernas, y cada aliado esconde su propia agenda oculta.

Con el tiempo desvaneciéndose como arena del desierto, Elizabeth debe descifrar enigmas de siglos de antigüedad antes de que el último regalo de su padre desaparezca para siempre. Pero en este peligroso juego donde los misterios egipcios se encuentran con la traición londinense, ¿la conducirá su determinación por descubrir la verdad directamente a una trampa mortal?

https://dl.bookfunnel.com/ig9yci3u7p

Para mi familia alocada, divertida, chiflada e intensa, que me saca de quicio, casi siempre.

Pero no lo querría de ninguna otra forma.

xxx



También de Olivia Rose

ASESINATO EN EL SS ANDRÓMEDA

Champán, caviar y un toque de asesinato.

Cuando la muerte se estrella en la fiesta a bordo del lujoso SS Andrómeda, la misión de Lady Elizabeth Hawthorne de escoltar un valioso artefacto griego hasta Londres da un giro siniestro. El misterioso fallecimiento del capitán sumerge a Elizabeth en un mortífero juego del gato y el ratón, donde cada pasajero es un sospechoso y cada sonrisa podría ocultar intenciones asesinas.

Haciendo equipo con su aliado de toda la vida, el Mayor Sinclair, Elizabeth se sumerge en un laberinto de secretos y mentiras. Mientras navegan entre veladas clandestinas y conspiraciones susurradas, la línea entre aliado y adversario se desdibuja. Con cada pista descubierta, el peligro aumenta, y la confianza se vuelve tan frágil como una copa de cristal.

Corriendo contra el tiempo y la astucia de un asesino, Elizabeth y el Mayor Sinclair deben desenmarañar la retorcida red de engaños antes de que el Andrómeda atraque en Liverpool. Pero en este mundo flotante de fachadas resplandecientes y agendas ocultas, un solo paso en falso podría convertir su investigación en algo mortal.

¿Podrá Elizabeth desenmascarar al asesino que acecha entre la élite, o se convertirá en la siguiente víctima de este peligroso juego de muerte en alta mar?

https://www.amazon.es/dp/B0FBL9DCSF



ASESINATO EN LA MANSIÓN MAYFIELD

Chantaje, traición y un cadáver en la bañera.

El alegre reencuentro de Lady Elizabeth Hawthorne con su amiga de la infancia Clemmi Mayfield toma un giro siniestro cuando descubre una escalofriante red de secretos: un matrimonio oculto, un cruel chantaje y la Condesa Magdalena von Habsfeld muerta en su baño.

Mientras una implacable ventisca sella la mansión, atrapando a los invitados y sus oscuros pasados dentro de sus heladas paredes, las sospechas recaen sobre todos, incluso sobre la propia Clemmi.

Nuevamente obligada a formar una incómoda alianza con el enigmático Jonathan Ashcroft, Elizabeth se sumerge en un laberinto de secretos antiguos y traiciones recientes. Con cada revelación, el peligro aumenta, y se da cuenta de que en esta casa de mentiras, hasta su amiga más cercana podría ser una enemiga mortal.

Corriendo contra el reloj y los elementos, Elizabeth debe desentrañar los retorcidos hilos del engaño antes de que el asesino ataque de nuevo.

Pero en esta mansión aislada por la nieve, llena de secretos y sombras, ¿podrá Elizabeth desenmascarar al asesino antes de convertirse en la víctima final?

https://www.amazon.es/dp/B0FBL8N85D



ASESINATO EN LA RIVIERA FRANCESA

Diamantes, engaño y una mascarada mortal.

Un escandaloso asesinato real destruye las vacaciones de la familia Hawthorne en la Riviera, aplastando las esperanzas de la tía Beatrice de que su sobrino sin recursos, Alexander, el Conde de Wexford, se case con la princesa italiana y salve su ruinosa propiedad.

Ante el escrutinio internacional, el Inspector Jefe apresuradamente culpa del horrible crimen al Conde, tachándolo de cazafortunas asesino.

Negándose a dejar que Alexander sea víctima de las maquinaciones del Inspector Jefe, Elizabeth y su audaz prima Meli se lanzan de cabeza a una investigación de alto riesgo. A medida que desvelan el resplandeciente barniz de la sociedad de la Riviera, descubren un siniestro tapiz de traición, chantaje y alianzas mortales. Con cada revelación, el peligro aumenta, y las primas se encuentran atrapadas en un juego peligroso donde un solo paso en falso podría costarles todo.

Con la libertad de Alexander en juego y un escándalo inminente que amenaza con arruinar la reputación de la familia, Elizabeth debe desenmascarar al verdadero asesino antes de que el destino del Conde quede sellado para siempre.

Pero en esta jaula dorada de lujo y vicio, ¿podrá confiar en alguien?

https://www.amazon.es/dp/B0FBL8C5B2

ASESINATO EN EL GRAND NATIONAL

Caballos, grandes apuestas y un homicidio en los obstáculos.

Cuando el Grand National de 1924 termina en tragedia, Lady Elizabeth Hawthorne se ve envuelta en una conspiración mortal que va mucho más allá del hipódromo.

Mientras el polvo se asienta en el sagrado césped de Aintree, el célebre jockey Reggie Blackwood yace muerto, y Alfie —un antiguo mozo de cuadras de Hawthorne Hall— es acusado de asesinato. Convencida de la inocencia de Alfie, Elizabeth está decidida a descubrir la verdad.

Con un Inspector Jefe ansioso por cerrar el caso y el enigmático Jonathan Ashcroft, cuyos verdaderos motivos resultan cada vez más sospechosos con cada encuentro, Elizabeth debe navegar por un peligroso camino. Cada paso la acerca más a una verdad que poderosas fuerzas quieren enterrar —y la coloca directamente en la mira de un asesino que no se detendrá ante nada para guardar sus secretos.

En un mundo donde las fortunas se ganan y se pierden al ritmo de un casco, Elizabeth está a punto de descubrir que las apuestas más mortíferas se hacen lejos de la línea de meta. ¿Podrá desenmascarar al verdadero culpable antes de que el asesino ataque de nuevo, o su búsqueda de justicia la llevará a un destino peor que el Becher's Brook?

https://www.amazon.es/dp/B0FBLXLNHG



ASESINATO EN EL OBSERVATORIO

Galaxias, astucia y un cielo nocturno mortal.

Cuando un raro evento celestial termina en tragedia, el retiro isleño de Lady Elizabeth Hawthorne se convierte en un paraíso mortal. El célebre astrónomo Profesor Magnus Whitaker es encontrado muerto —aparentemente un suicidio tras un humillante fracaso. Pero la constelación de pistas señala una verdad más siniestra.

Con cada invitado albergando su propia materia oscura, ella debe navegar por un traicionero laberinto de mentiras y traición. Mientras los susurros de chantaje y secretos enterrados hace tiempo orbitan la aislada isla, la línea entre aliado y adversario se difumina como una nebulosa distante.

Con el reloj cósmico avanzando y el peligro acechando en cada sombra, Elizabeth debe alinear las estrellas de la verdad antes de que el asesino ataque de nuevo. En este mortal juego de ajedrez celestial, ¿podrá superar a un asesino que parece mapear la esfera con precisión letal? ¿O será eclipsada por sus maquinaciones asesinas?

https://www.amazon.es/dp/B0FBLZHQVJ



ASESINATO EN EL PALACE PIER

Artistas, aristócratas y una clase magistral de asesinato.

Arrastrada al deslumbrante mundo de los estudios de artistas y las noches bohemias de Brighton por su prima de espíritu libre Gigi, el verano de Lady Elizabeth toma un giro oscuro cuando un reconocido artista es encontrado muerto en el Palace Pier. Peor aún, la amiga más cercana de Gigi —una célebre modelo a punto de conseguir un prestigioso compromiso— es acusada de su asesinato.

A medida que Elizabeth profundiza, descubre una obra maestra del engaño que abarca una década —un romance ilícito, un desesperado encubrimiento y una red de falsificaciones que enreda tanto al mundo criminal como a la sociedad aristocrática.

Con sospechosos que van desde un artista rival vengativo hasta un lord chantajeado, Elizabeth debe separar las pistas genuinas de las falsificaciones ingeniosas. Cada revelación pinta un cuadro más oscuro, y alguien está decidido a mantener la verdad oculta tras un lienzo cuidadosamente elaborado de mentiras.

En la brillante escena artística de Brighton, Elizabeth debe desenmascarar a un asesino impulsado al crimen por el pincel de un artista. Pero con cada sospechoso ocultando su propio lienzo oscuro, ¿descubrirá la firma del asesino o se convertirá en su obra maestra final?

https://www.amazon.es/dp/B0FBRDYGK2



LAS DESVENTURAS DE MELI

EL INFORTUNIO DE LA LÁGRIMA DE LA MAHARANÍ

Diamantes, deseo y la maldición de una Maharaní.

Cuando la Lágrima de la Maharaní —un diamante de incalculable valor impregnado de leyenda y tragedia— desaparece del Pabellón Indio de Wembley, las sospechas recaen sobre un joven inmigrante griego. Pero Meli sabe que no es así.

Reunida con Dimitri, un amigo de su propia desventura a bordo del SS Andromeda, está convencida de la inocencia de su amigo. Con su fiel compañero Winston a su lado, Meli se adentra en un mundo de príncipes indios, matrimonios concertados y antiguas maldiciones.

Mientras navega por las deslumbrantes exposiciones y los rincones sombríos de la Exhibición, comienza a sospechar que la verdad detrás del robo es mucho más compleja de lo que Scotland Yard cree.

Con los temperamentos reales encendidos y la amenaza de una falsa justicia en el horizonte, ¿podrá Meli descubrir la verdad antes de que un inocente se convierta en la última víctima de la maldición de la Maharaní?

https://www.amazon.es/dp/B0FBLYV56K



Sobre la autora

Nacida y criada en Gales, Olivia y su marido se trasladaron a la isla mediterránea de Chipre hace veinte años con sus dos hijos.

Compartir su hogar con cinco gatos, dos perros y una pequeña colonia de bichejos autóctonos significa que la vida nunca es aburrida.

La nueva serie de Olivia, Los misterios de Lady Elizabeth Hawthorne, transporta a los lectores al vibrante y sofisticado mundo de la Inglaterra de los años veinte a través de las cautivadoras historias de Lady Elizabeth Hawthorne. Hija de un lord inglés y una aventurera griega, el linaje de Elizabeth es tan rico como los misterios que descubre. Su pasión innata por la arqueología, un legado de sus padres, la impulsa a un ámbito lleno de secretos antiguos e intrigas de alta sociedad.